

Obras completas de Jorge Grasso by Jorge Grasso is licensed under [Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)

[Attribution 4.0 International](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)



C U E N T O S d e M U E R T E S ,

d e S U E Ñ O S

Y d e V I G I L I A S

Seudónimo: CLOVIS

ENCUENTRO	3
LA MUCHACHA QUE VOLABA	5
EL REGRESO	15
EL MEDALLÓN	19
UN JOVEN RUBIO PARECIDO A ALFREDO ALCÓN	23
FUE EN ÁVILA	29
UNA AVENTURA PARA LAS ALDAO	30
LA MUERTE DE VERÓNICA SWANSON	50
DE ACTRICES	57
EN EL ASCENSOR	58
SOLILOQUIO DE UN TORTURADOR BISOÑO	81
EL CACIQUE	110
VARIACIONES	119
PARA GANARLE A MARTÍNEZ	127
ANTIANÁLISIS	130
FRAGMENTO DE CONFESIÓN	138
HOMÚNCULUS	147
SUEÑO PARA REHENES	150
DEFINICIÓN DE DRINA	153

ENCUENTRO

Me llamó la atención la soltura con que contestó al policía grosero y violento que le preguntó cuál era su nombre.

-San Luis Gonzaga - dijo, y se quedó mirándolo, entre dulce y desafiante.

-¿No te parece un exceso de seguridad? ¿Una fanfarronada? - le pregunté en voz baja - Creo que para llegar a ser santo, tenés que morirte.

Sin que el policía lo advirtiera (aunque no hizo nada por disimular su acción), sacó un ajada estampita religiosa y me la entregó. Allí estaba él, más parecido a su presencia carnal que lo que se lo veía en la fotografía del documento de identidad que me había mostrado un rato antes en el café, y que ahora le daba al vigilante.

El policía miraba alternativamente al chico y el documento. Finalmente se lo llevó, después de ordenarme que esperase allí.

No le hice caso. Me fui caminando, sin apuro. La estampita quedó en el borde de la fuente - la del monumento de la Plaza del Congreso - donde había empezado nuestro diálogo. Al rato, volví a buscarla, pero ya no estaba. Alguien pudo recogerla,

pudo volarse con el viento. A él, no lo vi más. Les aseguro,
que no fue un sueño.

¿O es que ustedes no creen que los santos pueden cruzarse
con nosotros en la tierra?

LA MUCHACHA QUE VOLABA

María Luisa nunca se propuso seriamente aprender a volar; un día, supo hacerlo. Estamos hablando, por supuesto, de volar, de volar por sus propios medios, sin ayuda de ningún artilugio, que volar en pequeñas avionetas del Aeroclub del pueblo - ésas, que en otro tiempo creo se llamaban Pipers o Cessnas - en ésas hemos volado todos, hasta mi hermano, que jamás tuvo un libro en las manos, y pensaba que la poesía era sólo para marginales, gente rara, como solía calificarnos. Hasta las primas de María Luisa, otras que se burlaban de nosotros porque no compartíamos sus gustos vulgares, que sólo pensaban en bailar solas sobre las mesas del único club nocturno que funcionó en el pueblo (no más de tres meses: el cura, las Fuerza Vivas y el arzobispo de la vecina San Simenón - que es de donde depende nuestra parroquia - hicieron lo posible y lo imposible para que lo clausuraran, y por fin lo lograron), ambas primas, Mari Luz y Mari Pela hasta finalizaron los cursos y llegaron a tener su brevet de pilotos. Por otra parte, hoy, como todo el mundo lo sabe, para volar en alguno de esos enormes aviones que en pocas horas te llevan a Tahití o a Birmania (que ya no se llama Birmania, sino Myanmar), lo único que hace falta es tener el dinero para ir a la empresa de aviación y decir: - ¿Me da un pasaje para Myanmar? -, irse al

aeropuerto, meterse en el avión, ponerse el cinturón de seguridad, y dejarse llevar por las azafatas, que desde que uno sube hasta que baja lo convidan con bombones, cigarrillos - a los que fuman - y exquisitas cenas o almuerzos, según sea la hora en que uno está viajando. No es de ese tipo de vuelo de lo que estoy hablado. Nada de eso. Cuando decimos que María Luisa sabía volar, queremos decir que podía volar sola, sin necesidad de subirse a ningún avión grande o pequeño - ni a un globo aerostático, ni a un dirigible - y que no tenía tampoco necesidad de esconderse entre las plumas de un águila como Pulgarcita para volar - abrazada al cuello del ave - cuando el ave se levantaba de la tierra. A María Luisa le habían crecido unas alas cuya existencia no todos advertían, y había aprendido a volar por sí sola, y lo hacía cotidianamente.

Fue una de esas cosas que se aprenden sin que a uno nadie se las enseñe, como el respirar o el creer que hay Algo superior a nosotros; como el sentir que la vida es hermosa. Algunos dicen que también el saber que es mejor proceder bien que proceder mal entra dentro de esta categoría de conocimientos que no se estudian, de los cuales se tiene una noción innata, pero eso sería motivo de largas discusiones y éste no es el momento adecuado para que nos distraigamos en esas divagaciones. En fin, María Luisa aprendió a volar sin ayuda de nadie;

adquirió ese conocimiento como se adquiere toda esa serie de conocimientos acerca de los cuales la mayoría de la gente sabe son imprescindibles para vivir; o en todo caso, acepta que la vida sin ellos sería mucho más difícil, si no imposible. ¿Se imaginan ustedes qué le pasaría a un bebé que sacado del claustro materno no aprendiera de inmediato a respirar?

María Luisa no era precisamente hermosa - nunca lo había sido - pero desde que empezó a volar, a mucha gente empezó a parecerle que se había puesto más linda, especialmente a los buenos, a los que pensaban como ella que era mejor ser bueno (o por lo menos, intentar ser bueno). A todos ellos, les pareció que María Luisa se había puesto más linda desde que volaba. Y algunos pensaron que para calificarla podrían aplicarle el superlativo *lindísima*, sin temor a ser tildados de exagerados.

A otras gentes, en cambio, el aprendizaje de María Luisa los dejó totalmente indiferentes, y hasta hubo algunos a quienes - parecía - les molestaba. Éstos fueron, sin duda, los que anduvieron sembrando la voz de que María Luisa se había puesto más fea y más tonta de lo que había sido nunca. Y de entre estos, los más envidiosos, que eran también agudos e inteligentes pero malos, porque la envidia es una maldad muy grande, pero no impide que los envidiosos tengan otros méritos, por ejemplo ingenio y astucia, dijeron que era ridícula, que es

uno de los adjetivos más crueles que se han inventado para calificar - y para descalificar - a la gente que no se parece a uno. Esa palabra es un arma temible, uno de los medios más eficaces para dislocar las articulaciones de las alas de las personas que vuelan. Si alguna vez esta palabra da en el blanco, la persona que vuela puede estar definitivamente perdida, y este riesgo no es remoto, porque para abatir a una persona que vuela, lo mejor es golpear alguno de sus centros afectivos o nerviosos, que suelen estar localizados en algún punto relacionado con la raíz de sus alas. Esto, generalmente, no resulta demasiado difícil, porque esa clase de personas - las que vuelan - suelen tener los centros de esos sistemas muy a flor de piel.

Lanzaron la palabra, pero no la lanzaron en voz muy alta, porque temían que otra gente que los oyera pudiese no estar de acuerdo. Los envidiosos suelen ser cobardes. Algunos amigos de María Luisa llegaron a oírlas, y algunos salieron en su defensa y otros no - aunque sintieron vergüenza por no hacerlo - y fue así porque ya se sabe que no todos se atreven a salir a pelearse por Algo que creen justo, y que no son muchos los que tienen pasta de héroes, y para esas empresas - que algunos llaman quijotadas - hay que tener un poquito de pasta de héroes, aunque se trate de realizar una quijotada chiquita, casi doméstica, de

mínima trascendencia. Pero así es el Hombre, y hay que aceptarlo tal como es.

María Luisa - que antes se había llamado María Mercedes, pero que al empezar a volar había cambiado parte de su nombre, nunca nadie entendió muy bien porqué - se ponía una túnica y salía a volar. La gente decía que era una túnica blanca, pero la túnica no era exactamente blanca, como son blancas la nieve, la luna o la espuma del mar. Se decía que era blanca, como se dice que la gente blanca es blanca, y que la gente negra es negra, y que los amarillos son amarillos, calificaciones o clasificaciones que si tienen alguna base científica - lo ignoro - carecen totalmente de precisión cromática, porque ni el color de los negros es realmente negro, ni los amarillo son de verdad amarillos... La túnica blanca de María Luisa era más bien un poco rosada; tenía exactamente el color de su piel.

Y una tarde andaba María Luisa revoloteando con su túnica blanca - que ya sabemos no era blanca - cuando al pasar cerca de una pared altísima (de la cual la gente decía era de piedra blanca - aunque se podría haber dicho también, con mayor precisión, que era de piedra gris - una pared altísima, cribada de nichos, una pared que de algún modo hacia pensar en el Coliseo Romano o en el Acueducto de Segovia), vio en una de esas

hornacinas, habitualmente vacías, o a lo sumo habitadas por alguna pareja de pájaros que había hecho su nido allí, a un ser humano.

Sintió un sacudón, más o menos como los que deben sentir los aviones cuando pasan por eso que antes se llamaban pozos de aire y parece que ahora se llaman turbulencias - y pensó en las palabras 'por- primera -vez', pero no entendió muy bien porque estas palabras acudían a su memoria, o a su imaginación, o tal vez simplemente a su cerebro, justamente en este momento.

Él no era como ella; no era *exactamente* como ella. Para empezar, él era varón. Se le veía en la cara, de rasgos más duros, en los hombros anchos y en el pecho plano. Y tenía barba, por suerte no muy larga ni muy tupida, porque esto le hubiera dado un aspecto de excesiva madurez y sabiduría, y María Luisa no tenía ganas, todavía, de ponerse madura o sabia. Además, se diferenciaban porque el Hombre tenía una expresión un poco triste, mientras que María Luisa siempre había sido (y seguía siéndolo) más bien alegre. Pero tenía puesta una túnica parecida a la de ella, entre blanca y color carne, pero al principio María Luisa no estaba segura de que realmente ambas túnicas fuesen verdaderamente semejantes; como él estaba quieto, no se

podía ver si la suya tenía la magnitud, el vuelo - valga la redundancia - que mostraba la que ella desplegaba por el aire.

María Luisa tuvo ganas de conocerlo, y de algún modo adivinó que debía ser ella quien se acercara para entablar conversación. Se veía que él era muy serio; quizás, hasta un poco retraído. Le costó decidirse: había sido tímida, y aún no estaba acostumbrada al trato con la gente, pero desde que en alguna parte leyó que la gente es tímida porque tiene miedo de que otra gente pueda hacerle - a la gente tímida - lo que la gente tímida sabe que ella - la gente tímida - le haría a la otra gente si tuviera el valor para hacerlo, luchó por superar su timidez. ¿Por qué ser tímida, si ella no tenía la más mínima intención de hacer mal a nadie y - según ese artículo - el mal que ella debía temer sería proporcional y semejante al mal que ella planeaba hacer a los demás? Esta noción confusa, no muy claramente asimilada pero a la que reconoció autoridad de oráculo, le ayudó a luchar contra su timidez y ahora era casi atrevida; tal vez, hasta podría aceptarse que aquella lectura fue una de las causas, aunque remota, que la llevaron a volar.

Lo cierto es que desde que había adquirido la facultad de volar, se había hecho más decidida, y confiaba más en sí misma, y se animaba a hacer cosas que antes jamás se hubiera animado a intentar. Siempre revoloteando, como en un juego, se acercó al

desconocido, y le sonrió. Advirió entonces que él parecía unos años más joven que ella, y - por un segundo - se sintió de nuevo insegura. Recordó que su abuela le había contado - con un poco de maldad - de una pareja de su tiempo, un dentista inglés y su mujer gorda, que en las fiestas de beneficencia del pueblo cantaban a coro el Tipperary, y eran el hazmerreir del pueblo. Ella era gorda, se vestía de violeta, y él estaba siempre un poco borracho. La abuela decía que eran *ridículos*, y que ella era más vieja que él, mientras que ella, la abuela, podía jactarse de que ella tenía quince años cuando se había casado con el abuelo, que por ese entonces tenía ya más de treinta. Parecía que esa era la manera perfecta de constituir una pareja; en todo caso, lo había sido desde el punto de vista de la abuela, que una vez que se hizo fecundar once veces por su marido - anciano, pero no valetudinario - lo depositó en el panteón familiar, y disfrutó de muchos años de apacible viudez.

La duda no duró más que ese segundo. Maria Luisa olvidó de inmediato ése y muchos otros cuentos de la abuela, malévolos y anonadantes; se olvidó hasta de que alguna vez había sido tímida, se sobrepuso y se dijo: - Parece más joven simplemente porque todavía no ha volado tanto como lo que tengo volado yo.

Así se dijo María Luisa. Y decidió que él tendría que volar con ella, y siguió dando vueltas y vueltas por el aire, frente

al nicho que él ocupaba, siempre sonriéndole. Después de un rato que a ella le pareció eterno, él se decidió, desplegó un poco torpemente su túnica, y se lanzó al espacio, donde ella esperaba.

Desde la tierra, se los veía volar juntos por el cielo. Parecían dos pájaros - quizás un poco demasiado grandes, o un poco demasiado toscos - porque en realidad los que fueron hechos para volar son los pájaros, y Dios - que es Toda la Sabiduría - les dio a ellos, a los pájaros, la proporción, la agilidad y la gracia para que al volar hicieran una elegante figura. No hay pájaro - creo - que pueda sugerir ni en el más envidioso la idea de ridiculez o ilogicidad en su vuelo.

María Luisa y Antón - que así se llamaba el Hombre Silencioso de Mirada Triste - revolotearon como mejor pudieron durante más de treinta años por el cielo de campos y ciudades. Un día, el vuelo de él se extravió, y Antón desapareció - cielo arriba - ante la mirada un poco asombrada de María Luisa, que no se esperaba esta separación y que sabía todavía no era el momento de seguirlo.

Ella se volvió a su casa, se envolvió en su túnica apenas rosada (que ahora estaba un poco arrugada y se había puesto un poco amarillenta), y se puso a esperar. Sabía que algún día volvería a tener ganas de volar, y pensaba que tal vez cuando

esto sucediera, se iría hacia arriba, como siguiendo en el aire la estela invisible que había dejado la subida de Antón.

Mientras tanto - al fin de cuentas había sido criada en el seno de una familia burguesa, refinada, culta, donde había aprendido a estimar esos valores - vivió, discreta, silenciosamente, en medio de libros y objetos hermosos, algunos heredados, otros que habían encontrado con Antón en los muchos viajes que habían emprendido juntos. A veces, dejaba que flotara su túnica, y se elevaba, y recorría la sala, y la cocina, y el dormitorio donde habían sido felices ella y Antón, y se daba cuenta de que sus pies no tocaban el suelo. Alguna vez, hacía algún comentario en voz alta, y le parecía que él - desde alguna parte - le contestaba.

Y pasaron algunos años - que en realidad no fueron muchos, porque unos pocos miles de días son muy pocos para quienes viven intensamente cada instante, como son Nada a los ojos de Dios - y un día ella salió flotando, cielo arriba como lo había hecho él, a través del techo de su departamento, que era a la vez el piso del departamento de los bochincheros sordomudos del tercero, que se hicieron cruces, asombrados, boquiabiertos y escépticos, cuando la vieron pasar.

Hasta ese momento había vivido serena, casi en plenitud, casi feliz, y si alguna vez reflexionaba y se preguntaba cómo

podía ser así, ya que Antón no estaba con ella, y el haberlo encontrado había sido uno de los hechos más importantes de su vida - en realidad, el Hecho Más Importante de Su Vida - y ella había pensado que si alguna vez se separaban, ella no podría seguir viviendo lejos de él, en esas ocasiones, que no eran muchas - porque siempre estaba muy ocupada con sus libros y sus objetos, y con algunos amigos que la visitaban de tanto en tanto - cuando alguna vez tenía tiempo de preguntarse cómo era posible que su vida, ahora tan solitaria, no le resultase demasiado triste - llegaba a la conclusión de que era así porque sin proponérselo, sin que nunca después hubiera podido explicar cómo ni porqué lo había hecho - un día había aprendido a volar.

EL REGRESO

Después de más de veinte años (¿Veinte? A veces me digo que ya han pasado más de cincuenta... Otras - ahora - siento como si no hubiesen transcurrido sino unos pocos meses desde que se fue)... después de más de veinte años, decía, Nora ha vuelto. No tenemos demasiadas cosas para contarnos. Durante su ausencia, todos hemos continuado con nuestras rutinas. No he faltado un solo día al banco. Mi suegra, algún sirviente de buena voluntad, yo mismo, (cuando no hubo más remedio) nos hemos ocupado de los niños. Oigo a uno de ellos hablando por teléfono: desde el año pasado es Presidente de la Cámara de Comercio de Oslo, que ya no se llama Cristianía, como cuando Nora partió. La mujercita es hoy una física eminente. Se rumorea que el año próximo le otorgarán el Premio Nobel de su especialidad. Mi suegra, una viejecita silenciosa, no se ha dado cuenta de que su hija ha regresado.

Invito a Nora a dar un paseo por el fiordo. Tomamos el ferry de las dos de la tarde, para estar de vuelta antes de que anochezca. Son tan breves estas tardecitas de otoño, y - como a casi todos en nuestra ciudad - no me gusta andar por las calles sin necesidad una vez que cae el sol. Con nosotros se han embarcado algunos turistas, y una guía les cuenta que en una de

aquellas casas vive - más que octogenaria - una de nuestras compatriotas más famosas, Sonja Henie. No tengo idea de quién puede ser. Entre el trabajo, y la atención de la casa y de los niños... y de mi suegra, que al ir poniéndose cada vez más vieja va dejando de ser una ayuda para convertirse - Dios me perdone - en un estorbo, no dispongo de tiempo para estar al tanto de todo lo que sucede. Ignoro quienes son los seres de quienes hoy se habla. Muchos de ellos - la mayoría - ni siquiera habían nacido cuando yo ya había logrado forjarme una posición en nuestra pequeña sociedad.

No hace frío, pero más bien que instalarnos en la cubierta (como sin duda ella, siempre un poco romántica y tan poco práctica, hubiese propuesto), prefiero que nos sentemos en el salón a tomar el té, los dos frente a frente, para mirarnos a la cara, a los ojos, hondamente.

Antes de partir, Nora me dijo: - Tenemos que hablar. O :
-Quiero decirte algo. O tal vez: -Quiero que me escuches.

No sé. No recuerdo las palabras exactas, pero parece que fueron muy importantes. Me han contado que alguien escribió que con esas palabras nació el teatro moderno. ¡Nada menos! Y algo todavía, más increíble e insólito: que con esa frase nace la mujer nueva, la mujer persona... No entiendo. Voy poco al teatro y casi no leo. Cuando joven, estuve en el teatro Real la noche

que estrenaron el Hernani de Victor Hugo, que no levantó aquí tanta polvareda como dicen provocó cuando la presentaron en París. Habían pasado algunos años, y hasta los aldeanos de nuestra capital se habían acostumbrado a tolerar ciertas audacias.

Después, tras dos guerras mundiales, y la corrupción que ellas nos han dejado, y esas armas, que en minutos podrían aniquilar el planeta... Lo que hace cien años juzgábamos supersticiosas fantasías de crédulos lectores de la Biblia, a quienes todavía no había liberado la luz del positivismo, parecen hoy atroces posibilidades de que lleguemos a presenciar el fin del reinado del hombre sobre la tierra, provocado por su propia ceguera.

El mundo ha cambiado, Nora. Enormemente. Te hará sonreír saber que desde hace ya bastantes años en Roma, y en París y en Norteamérica, y hasta aquí, cerca de nosotros, en Estocolmo y en Copenhague, *fabrican* una especie de teatro que envasan en latas, como la carne enfriada que nos viene - ¿o que nos venía? - de Sudamérica, o como el dulce de arándanos que tu madre ya no prepara. Y he oído - te divertirá que te lo cuente - que algunas de esas latas de teatro envasado encierran nuestra historia.

Esperé tanto tu regreso, y malgasto nuestro tiempo hablando de cosas que no tienen ninguna importancia. Cosas que no tienen nada - o casi nada - que ver con nosotros. Hace tanto tiempo que te fuiste, y el mundo ha cambiado tanto... Casi podría decirse que este mundo ya no es nuestro mundo.

Sé que has llegado a ser importante. Que médicos y psicólogos; sociólogos y filósofos te eligen como objeto de sus estudios; supongo que también a mí: de algún modo constituímos un ente indisoluble - dos en una carne, como nos lo impuso el pastor en aquella ceremonia que acepté como una concesión a los prejuicios de nuestras familias, tan atadas a usos y costumbres de la época. Creciste y maduraste a mi sombra; llegaste a ser lo que yo ayudé - o permití - que fueras. No me parece injusto ni absurdo pretender que se nos considere una unidad.

Estás escuchándome, Nora. Sí, estás escuchándome, y mirándome, atentamente. Lo confieso: nunca antes me había detenido a reparar en tu mirada. Y aun ahora... Si cerraras los ojos, y alguien me preguntase por su color, no sabría qué contestar. Has dejado enfriar el té sin haberlo probado. ¡Te estás desvaneciendo! Tus rasgos se esfuman en el aire. ¿Nora..? Casi no te veo... Me pregunto si de verdad has estado conmigo esta hora en el ferry, o si la imagen que creí tener sentada frente a mí es sólo la sombra que a veces veo deslizarse por las

habitaciones (ahora vacías) de la que hace un siglo llamábamos
- ¿o era sólo yo quien así la llamaba? - nuestra '*casa de
muñecas*'...

EL MEDALLÓN

Seguramente jamás habría sabido de su existencia, si un medio día Carlos Olivetti no me la hace ver. -La vieja de la casa grande nos espía siempre que pasamos por aquí - (Una mano blanca, casi transparente, apartaba en ese momento la cortina de encaje, y tras el cristal se adivinaba un borroso perfil aquilino que parecía acecharnos) -Dicen que está loca. Una vez le atamos una lata a la cola de uno de sus gatos, y salió a la puerta con un cuchillo, amenazando con matarnos.

- Mercedes Bielsa siempre fue un poco chiflada - comentó mi madre, mientras me servía la leche, esa misma tarde, cuando le pregunté si la conocía. - Escribía versos y recitaba, acompañándose con el piano. Nació para solterona, y ahí no más se quedó.

No volví a hablar de ella, con nadie, pero cada día, cuando volvíamos de la escuela, procuraba - casi siempre con éxito - que nuestro camino pasara por la casa. De reojo, disimuladamente, trataba de ver si verdaderamente ella estaba *siempre* allí, vigilándonos. Por las tardes, cuando andaba solo, haciendo mandados o porque iba a visitar a algún amigo, me detenía junto a los barrotes de la verja, esperando... no sé, tal vez que Mercedes se asomara y me amenazara con su cuchillo.

Una de aquellas tardes - recuerdo que llovía - ella apareció en el porche; alta, erguida, espléndida, casi soberbia; creo que vestía de negro. En todo caso, la ropa era antigua, como la que mamá o mi abuela lucían en viejas fotos tomadas mucho tiempo antes de que yo naciera.

- ¿Qué pasa, joven? ¿Le gusta mi jardín? - me preguntó. No pude contestarle; tampoco, escapar. Fascinado, dejé que llegara hasta mí. - Tiene curiosidad de conocer mi casa. Mucha gente toca el timbre y me pide permiso para visitarla. Algunos piensan que es la casa más bonita del pueblo; será porque guardo aquí muchos recuerdos. Otros dicen que hay fantasmas, pero usted no tiene miedo de los fantasmas, ¿verdad?

- Avanzamos por un zaguán lúgubre. Vi un comedor, atiborrado de grandes muebles oscuros, que me hicieron pensar en velatorios y panteones; el dormitorio, con una cama enorme, solitaria, de respaldo dorado; un patio interior, donde empezaba a florecer una madreSelva. Creo que fue en el patio donde me preguntó cómo me llamaba.

- Aníbal.

- ¿Aníbal? - pareció decepcionada.

- Aníbal Julián de Matteis.

- ¡Ah! - suspiró. Julián de Matteis.

- - Aníbal Julián de Matteis - la corregí. - Aníbal de Matteis es mi papá.

- Nos sentamos en la sala. Me ofreció una copita de un licor muy dulce que me hizo toser. Empezó a tutearme: - ¿Te gusta? - Contesté que sí, sin saber si la pregunta se refería a la casa, al licor, al extraño momento que compartíamos.

- - ¿No estás apurado? - me preguntó. Y ante mi negativa: -¿No te retan en tu casa? ¿No se asusta tu mamá cuando llegás tarde?

- - Creen que estoy en clase de inglés. Nunca llego antes de las siete y media.

- Le agradó la noticia: - ¿ Are you a good boy?

- - Well... I think I am - contesté, idiotamente envanecido.

- De un alhajerito de porcelana que estaba sobre el piano, sacó una especie de colgante y dijo: - Mi abuela lo dividió con mi abuelo; mi padre, con mi madre. Yo di la mitad a alguien que prometió casarse conmigo; por terceros, me enteré de que se casaba con otra. Ni siquiera se tomó la molestia de devolverme la otra mitad.

Me pareció ver en el fondo de sus ojos una llamita perversa. - Te lo regalo, Julián de Matteis. Aníbal Julián de Matteis - rectificó. - Aquí, ya casi no sirve para nada. En tus manos... Cuando seas mayor, vas a tener mucho éxito con las

mujeres. A pesar de que los tiempos han cambiado, siempre se encuentran algunas que valoran estas cosas románticas.

Había metido el medallón en mi mano; me obligó a cerrar el puño sobre él, apretando mi mano con la suya, hasta que la presión del metal sobre la palma fue casi dolorosa. Me llevó hasta la puerta, me parece que me acarició la cabeza y que me dijo: - Dale un beso a tus padres - pero tal vez la memoria me engaña.

Enterré el medallón en el fondo del patio, y jamás hablé en casa de esta aventura. A papá no le hubiera hecho gracia, y a mamá... pienso que no le habría gustado ver que yo tenía este medallón idéntico - bueno, más bien simétrico - al que ella usaba poco, por antiguo e incompleto, pero que no podía dejar de ponerse de tanto en tanto, especialmente para sus aniversarios de boda, ya que era el primer regalo que le había hecho papá, antes del compromiso, la primera vez que hablaron como novios, el día que él le dijo que quería casarse con ella.

UN JOVEN RUBIO PARECIDO A ALFREDO ALCÓN

Cuando la señorita Amelia abrió la ventana aquella cálida noche de diciembre, y encontró, de pie en el alféizar, al joven rubio parecido a Alfredo Alcón que le sonreía, como disculpándose por su extemporánea aparición en lugar tan incómodo, no se alteró demasiado. Su imaginación de libretista de radio y de televisión, en diversos pasados ya remotos, había superado muchas veces la inverosimilitud del más extraordinario acontecimiento que la vida le deparaba.

Muchas veces había visto al actor; alguna vez en el teatro, más tarde en la pantalla del cine o en la de su viejo televisor en blanco y negro. Ciertos rasgos del carácter más que la situación patrimonial de la señorita Amelia hicieron que nunca se permitiera la costosa extravagancia que pensaba hubiera sido cambiarlo por uno '*a color*', aunque a veces se decía que atenta la actividad creadora que en un tiempo le había dado de comer, no habría sido una innecesaria frivolidad estar al tanto de los penúltimos adelantos logrados por la técnica en el medio y gratificarse con ellos. Aunque nunca había tenido la satisfacción de que el actor interpretase alguno de los textos pergeñados por ella, y su relación con él no había ido más allá de algún cruce fugaz en los pasillos de los canales, cuando ella le había dedicado alguna tímida sonrisa de admiradora anónima

que el actor - aparentemente siempre enfrascado en el análisis del personaje que se disponía a interpretar - contestaba con el esbozo de un saludo, el imprevisto hallazgo no provocó en ella la sensación de encontrarse con un total desconocido. La señorita Amelia había estado - como tantas - un poco enamorada de Freddy - como en sus sueños más secretos imaginaba podría llamarlo si alguna vez el Destino le concedía la gracia de ponérselo a tiro - y en esta cálida noche de verano se le ocurrió que por fin la Vida podía estar intentando pagarle, de este modo insólito y un poco tardío, una vieja deuda cuya cancelación ya no esperaba.

Con su fino olfato de creadora, la señorita Amelia captó un aroma - quizás puramente espiritual - difusamente perverso. Cuando advirió que el desconocido se envolvía en una larga, elegantísima capa de seda negra, ya no tuvo dudas acerca de cual era la naturaleza de su visitante. Por no más de un segundo pensó que no hubiera estado demás tener un crucifijo cerca, pero no se revocan setenta años de tozudo y racional escepticismo por la aparición - seguramente fugaz - de un personaje supuestamente sobrenatural. Tal vez si hubiera tenido - disimulado entre los gladiolos blancos del jarrón de Nancy, herencia de su abuela - un bastón de estoque (elemento al cual había recurrido en el último capítulo de 'Zíngaro ladrón, caballero por amor', para permitir al romántico protagonista, el vizconde de la Tour d

Árgent, repeler el ataque de dieciocho forajidos que al descubrir su identidad de noble disfrazado de gitano intentan asesinarlo, pero... Con ambigua resignación asumió que no había en la casa ni siquiera un palo con la punta suficientemente aguzada como para clavarla de un modo eficaz en el pecho del visitante, en el caso de que éste fuese verdaderamente peligroso, según lo prescribían varios libros y películas que animaban sus horas, cuando las fantasías propias le resultaban insuficientes y debía recurrir a las ajenas. No había más opción que intentar la coexistencia pacífica.

Sonrió amablemente: - Señor: ¿puedo preguntar qué hace usted en mi ventana?

El joven parecido a Alfredo Alcón sonrió a su vez:

-Hace muy poco que llegué a Buenos Aires. Salí a dar un paseo, y creo que me he perdido.

No habían sido muchas las oportunidades que la señorita Amelia tuvo para enriquecer su sensibilidad o su intelecto con experiencias inusuales. En estricta verdad, tampoco había disfrutado excesivamente de las que comunmente son otorgadas a la generalidad de los mortales. Últimamente le ha dado por observar que los días pasan cada vez más velozmente, y no por eso, menos vacíos. Es quizás por esta razón que en lugar de actuar con prudencia (como lo ha hecho siempre), y llamar por teléfono a su hermana (que vive en la otra cuadra), o intentar

comunicarse por el portero eléctrico con el encargado del edificio, dice:

-¿Por qué no pasa? Justamente, me estaba preparando un café.

-Encantado, señora - dijo él, y ágilmente saltó(casi mejor diría, voló) dentro de la habitación de la mujer.

-Usted no es de aquí - comentó ella, mientras colocaba sobre la mesita ratona las dos tacitas de porcelana de Indias, herencia de su madre, cuya exhibición la llenaba de orgullo las pocas veces que tenía oportunidad de lucirlas ante los escasísimos visitantes que toleraba su diminuto departamento.

-Acabo de llegar de Rumania - contestó él, afablemente.

-Habla muy bien el castellano - casi suspiró ella.

-Lo practico desde hace siglos. Viví una tierna historia con una sefarardí que debió dejar su tierra, víctima de una ley injusta... - Se interrumpió bruscamente. - Prefiero no hablar de eso. Fue algo muy triste...- Y luego, casi entre dientes, como para sí: - La historia es verdaderamente una gran maestra, pero nos muestra muchas cosas atroces, y sus enseñanzas generalmente sirven de muy poco.

-Gracias a Dios, ahora no pasan cosas tan terribles como las que pasaban antes - se solidarizó ella, desinformada y olvidando momentáneamente su muchas veces cacareado ateísmo.
- No ha tomado su café.

-No estoy acostumbrado a bebidas tan calientes, tan oscuras y tan amargas - se disculpó el joven.

-Ha de estar casi frío - casi lo interrumpió ella - Y un poco demasiado ansiosa por complacerlo: -¿Qué podría ofrecerle?

-No me atrevo a pedírselo - balbuceó él - Temo perturbarla. Una persona tan mayor...

-No soy tan mayor - dijo ella, un poco herida. Y como para poner definitivamente las cosas en su lugar: -Usted tampoco es tan joven.

-Es verdad - reconoció él - Y tengo ganas de descansar. Todo debe tener un fin. Sólo que... No me gustan los desenlaces violentos. Si uno pudiera tenderse simplemente, a esperar. Dicen que la luz del día es capaz de disolver algunas cosas.

-Puede ser verdad - susurró ella. Lo hace con los sueños.

-Yo podría quedarme aquí hasta que amanezca, pero usted tendría que estar de acuerdo. - Ella se puso insoportablemente formal: -Estimado señor. Podría decirle que yo jamás.... - pero él insinuó un gesto de protesta, y ella rectificó, simple y sincera: -Quiero que se quede aquí, hasta que salga el sol.

La encontraron varios días después. A nadie se le ocurrió investigar la causa de su muerte. Se dijo que era diabética, que tenía el corazón débil... Era bastante vieja, y no había mucha gente que la quisiera demasiado.

Murió con la ventana abierta. Junto a ella, en el suelo, había una gran hoja de árbol seca, que alguien pisó descuidadamente, reduciéndola a polvo.

Nadie me hace caso cuando digo que alguna vez, en las veredas y en las plazas de Buenos Aires, he visto murciélagos muertos. Parecen hojas secas.

FUE EN ÁVILA

Fue en Ávila. Cerca de aquellas murallas blancas, todo parece posible; es más, creo firmemente que aun lo más absurdo puede suceder. Por ejemplo, que una mujer encapuchada, una monja de hábito blanco, camine por el páramo, sola, no muy lejos de los altos muros blancos. Pero no es Santa Teresa.

Por un momento, creíste que iba a hablarte de la Santa. No. No era ella.

No puedo decirte quién era la pequeña figura blanca sobre la tierra blanca, recortada sobre una de las murallas almenadas.

Avanzaba con dificultad. Tal vez por el calor; tal vez por el frío. (Son tan duros los veranos y son tan duros los inviernos de Castilla...) Tal vez por el hambre, o por la enfermedad. O por la miseria, o por sus virtudes, o por sus pecados...

Avanza con dificultad, agobiada, casi doblada sobre sí misma, marchando contra el viento.

Y no es Santa Teresa, y tiene poco que ver con ella.

Pienso ahora que ni siquiera es una monja.

Más bien tengo la idea de que es una figura de mi muerte.

UNA AVENTURA PARA LAS ALDAO

Como todas las mañanas, invierno y verano, a las seis y media sonó el despertador; lo buscó a tientas, para silenciarlo. Ernestina Aldao tiene que dejar la cama ya, pero piensa que - gruesa pared por medio - Adela estará renegando contra ella en voz baja, mientras se tapa la cabeza con las almohadas, para defender otras cinco o seis horas de sueño.

Ernestina se acuesta cada vez más temprano, y enseguida se duerme. Rara vez oye a su hermana cuando vuelve de alguna conferencia, de alguna reunión social o de alguna timba, como las llama Adela, despreocupadamente, con una palabra que a Ernestina se le ocurre un tanto grosera. Ernestina piensa - y a veces lo dice - que Adela debe dormir con un solo ojo. Verdaderamente, el sueño de Adela es frágil y agitado. Aunque no lo diga, Ernestina piensa que también durante la vigilia, en la vida de relación, su hermana es más frágil y más débil que ella, aunque parece estar siempre más despierta que Ernestina. Adela es rápida, brillante, lúcida. Está atenta a todo lo que sucede a su alrededor; alerta, como los gatos que Ernestina recoge en la calle, y que - por mucho que puedan amansarse - parecen estar siempre un poco a la defensiva. Ernestina sufre el mundo como algo que le es ajeno, demasiado complejo y agitado, aunque para ella la vida consiste en muy poco más que la aceptada rutina de levantarse cada día, invierno y verano, a las seis y media, lavarse con agua fría, y salir - con sol o con lluvia - para

escuchar misa en la iglesia redonda a las siete o a las siete y media, según sea verano o invierno.

En los meses fríos, Ernestina se concede unos minutos más entre las sábanas, y reza uno o dos tercios del rosario. Adelantadas así sus devociones, tiene rescatado un tiempo para - por la tarde - visitar a alguna vieja enferma o para asistir a las reuniones de las Obras Pías. En verano, solía tomarse algún descanso de estas últimas, descanso que a veces temía podía considerarse condenablemente egoísta. ¡Hay tanto por hacer en el mundo, en beneficio de los enfermos y abandonados; de los pobres, y de los no tan pobres, prójimos a quienes afligen carencias no sólo materiales! Tanta gente necesitada y ansiosa por recibir una ayuda, un apoyo, tal vez simplemente una palabra de quienes no padecen esas angustias, y pueden y deben proporcionarles esos consuelos, que permitirse disponer de tiempo para actividades personales, en procura de satisfacciones tan gratificantes como intransferibles, parece casi un pecado. Su confesor la ha tranquilizado varias veces al respecto, asegurándole que hasta el mandato de caridad 'Amarás a tu prójimo tanto como a ti mismo' tiene límites. Un cristiano común no está obligado a hacer más de lo que buenamente puede sin desmesurado esfuerzo; no a todos les es concedido el privilegio del anonadamiento total en aras del bien de los hermanos; eso es cosa de santos... Y así, ahora Ernestina se permite disfrutar de estas pequeñas debilidades matutinas, apenas empañadas con la sombra del resto de alguno de aquellos escrúpulos. Cuando el

tiempo lo permite, también le gusta quedarse por las tardes arreglando las plantas del jardín, escarbando la tierra y ensuciándose las manos como cuando eran chicas y pasaban las vacaciones en la estancia. Después, suele sentarse en la galería, para ver como el día va apagándose lentamente, y como aparecen las primeras estrellas. Allí reza completos sus rosarios, y agradece a Dios y a la Santísima Virgen la serenidad de estos atardeceres en la vieja casona, preservada casi milagrosamente en una ciudad y en un barrio donde en los últimos tiempos el progreso y la piqueta no se muestran demasiado repetuosos del silencio, la tradición, la nostalgia y algunos otros valores aparentemente perimidos, pero que para Ernestina Aldao siguen teniendo plena vigencia.

Todavía no ha vuelto el verano. Recién es una fría mañana de principios de septiembre, y Ernestina se demora en la cama, aunque hoy no reza. Está pensando en ella, y en su hermana, tan diferentes. Después de muerta mamá, tras aquel festejo con el noble italiano que terminó resultando un vulgar cazafortunas, que cínica, y prudente, y afortunadamente se escapó cuando confirmó que el patrimonio de su festejada era mucho menor que lo que él había imaginado, Adela cambió: dejó de frecuentar la familia, de compartir amistades y paseos con Ernestina, hasta de ir a misa,

Ernestina abrió los postigos. Mientras se lavaba, pensó que ya no eran ricas. A pesar de que en la casa hace tiempo que no se reciben diarios; de que ninguna de ellas habla - o entiende - de política; de que han podido vivir, como lo piensan y suelen

señalarlo ellas mismas *'al margen de TODO'* - un poco porque lo intentaron, un poco porque les fue concedido - los cambios sociales, económicos y políticos de los últimos tiempos las han afectado en una medida que ya no es posible disimular. -Nos están tragando - juzga Adela de parientes, abogados, asesores y autoridades, con una temeridad y una crudeza que espantan a Ernestina, que ni aun con pruebas irrefutables se atrevería a emitir tan duros juicios, un tanto temerarios, para calificar a gente tan distinguida, a personas - al menos en apariencia - tan respetables. Preocupada por la dura lucha diaria para salvar su alma, Ernestina tiene poco tiempo para pensar en las cosas terrenas. Al fin de cuentas, siempre Dios provee, como dice - poniendo los ojos en blanco - una monja amiga suya, directora de un asilo, permanentemente acosado por un presupuesto insuficiente. A la larga, siempre Dios provee...

Ahora que para las Aldao las cosas se han puesto realmente mal (tan mal como han oído decir están para casi todo el mundo; ahora que las pocas rentas de lo que queda del campo - administrado por el hermano a quien casi nunca ven - no permiten comprar sin pensarlo dos veces y nunca fuera de las liquidaciones, un tapado nuevo o una cartera bonita que reemplace a la actual, ya tan usada y tan fuera de moda), aparece este señor Mendilaharzu para prestar ese dinerito que permitirá tirar unos meses más. Dios siempre provee, aunque en el momento de firmar la escritura con que gravan la casa, la hipoteca, como la minimizan el señor Mendilaharzu y el escribano

autorizante, que con su simpatía intenta aventar los temores, y presentimientos que Ernestina comparte, pero que sólo Adela - a veces; casi siempre... siempre, pobre querida, tan inoportuna y fuera de lugar - exterioriza con un suspiro en una reflexión siniestra: -Firmemos. Total. Otra estafa. La última. Asumámoslo: por fin, la sogá al cuello.

Desde la esquina se volvió para observar la casa, como si no la conociera de memoria. Se la ve sólida, casi imponente, pero quienes la habitan saben que hay humedad en algunas paredes; que otras necesitan pintura, o el urgente cambio del empapelado; arreglos largamente postergados, que tal vez ahora sean posibles, gracias a este préstamo tan descomedidamente descalificado por Adela.

A pesar de que estos proyectos podían considerarse optimistas, se sintió invadida por una vaga angustia, y apuró el paso, para llegar cuanto antes a la iglesia, donde las imágenes, los cánticos y la lectura de los textos sagrados la confortarían, permitiéndole sentirse más protegida y a salvo del mundo y de sus acechanzas, que después de todo, lo dice el catecismo, es uno de los tres enemigos del alma.

II

Como todas las mañanas, a las seis y media, sonó el despertador en el dormitorio de Ernestina Aldao. En el cuarto de al lado, su hermana menor, Adela, se revolvió en la gran cama de

bronce con ángeles y guirnaldas. ¡Que manía ésta de Ernestina: levantarse para ir a misa al amanecer, para pasar después el resto del día *'haciendo nada'*! Alguna vez, Adela se preguntó si desde el punto de vista de un hipotético crítico, puesto a juzgar la vida de la gente, toda la agitación de su existencia - tan diferente, gracias a Dios, de la de Ernestina - no podía ser juzgada tan inútil como la de la ardilla de la fábula que Mademoiselle les leía en el baby's -room: *'¿tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, ¿son de alguna utilidad ?'*

Felizmente, el analista con quien estuvo saliendo durante las últimas semanas, le ayudó a comprender con claridad que todos los hombres, desde aquel lejano Ludovico Visconti - de quien pudo tal vez estar realmente enamorada - hasta el reciente, paciente, germánico y por ahora duradero Hans Krüger - con quien podría haberse casado, sino fuera por los escrúpulos que ambos novios padecían ante la necesidad de consultar acerca de la viabilidad del proyecto a la crónicamente enferma mujer del alemán; toda esa confusión de caras, y nombres, y voces que han desfilado a lo largo de los años por la vida de Adela Aldao; todos esos hombres, inclusive el analista, que - con muy escaso sentido de la ética - habiendo advertido la simpática y por él mal interpretada receptividad de Adela ante sus intentos de acercamiento, no se privó de tirarse algún muy explícito lance con ella; todas las conferencias, visitas y canastas a que

asiste con más que religiosa regularidad, han cumplido y cumplen la importante función de confirmarle la siempre escurridiza certeza de que está verdaderamente viva. En jerga psicoanalítica, 'le han servido' o 'le sirven'... Si algo, o alguien puede ser un motivo-para-existir, sirve... aunque no tenga raíces profundas, aunque no sea demasiado auténtico; aunque resulte efímero. Y no hay que hacerse mas preguntas. ¡Ah! ¡El psicoanálisis...! ¡Qué liberatorio...! ¡Cómo ayuda a vivir el psicoanálisis...! Aunque ahora, que la relación con el analista está atravesando una etapa borrascosa, habrá que ver como se puede hacer para vivir sin las sesiones... Quizás, Adela no debió conceder tanto como para que la relación paciente/profesional entrara en crisis y se deteriorara. Habrá que reconocer que no le faltaba cierta razón a Mechita Salaver, cuando decía: - Hay que cuidarse de mezclar los tantos.

De todos modos, un clavo saca otro clavo - decía la bisabuela. ¡Un clavo! Adela sonríe, divertida. ¿A quién se le podría ocurrir comparar a Patricio Duncan con un clavo? Claro. Aunque es mejor no dejar que la imaginación vuele demasiado. Por el momento, la relación con Patricio se ha limitado a unas pocas frases casi anodinas, intercambiadas - casi todas - ante un mundo de gente, pero Adela sospecha que ya puede estar corriendo entre sus amistades algún comentario, halagador y malévolo, motivado por el resplandor que alguien pudo haber captado en su mirada;

porque más de uno se habrá dado cuenta de que ella se detuvo medio minuto más de lo prudente a conversar con el muchacho que podría ser su hijo. Si se hubiera casado con el falso duque de Viconti, Adela podría hoy ser madre de chicos tan grandes como Patricio. De todos modos, él es mayor de edad, y ella no tiene que rendir cuentas a nadie. Pronto será vieja, hace tiempo que no pasa nada importante en su vida, y la tierna experiencia que piensa puede compartir con el muchacho podría ser la última que se le conceda. Lo conoció en casa de los Paulitchef, esos ucranianos tan raros, pero que saben reunir gente interesante. Cuando ella llegó, él estaba tocando el piano. Una insólita presencia juvenil entre tanta gente mayor. Conversaron, descubrieron gustos y temores comunes. El segundo sábado, él dijo: -Vine, nada más que porque quería verla de nuevo.- Y al despedirse, cuando ella partía, él - tímidamente primero; perentorio, después - exigió una cita.

Chirria la puerta del jardín. Ernestina, Ernestina... Empezar el día tan temprano, solamente para dejarlo transcurrir hasta que llegue la hora de ir a la cama de nuevo, sola. Adela sonrió, ante el contradictorio paralelo, un poco indecente. Y sensualmente, se arrebuja en las mantas y volvió a entregarse al sueño, para abreviar cuanto fuera posible el tiempo que faltaba para la hora de encontrarse con Patricio.

III

El sacerdote recitaba el Kyrie. Por primera vez, en años, había llegado tarde. La campanilla del Sanctus la tomó distraída, y la de la Elevación le hizo tomar conciencia de que estaba nuevamente lejos del templo y del oficio. ¿Quién hubiera dicho que un incidente tan banal como el de la tarde anterior la afectaría tanto? Una ráfaga inesperada que da vuelta el paraguas, del cual, al fin y al cabo, podría haber prescindido, para una incierta llovizna... ¿Destino, como diría Adela, o Dios, siempre Providente, que concede sin que se le pida, y cuando menos se espera? ¡Qué idea, haber llevado paraguas por cuatro gotas locas! Un caballero, maduro y correctísimo, que ayuda a una señorita seria, mayor, en dificultades... Después, un té en la confitería de Cabildo, mientras pasa el súbito chaparrón.

No le ha contado nada de esto a Adela. Habría sido una ocasión para hablar de algo diferente de los temas que proponen las novelas de la televisión (que Adela no mira), o los lances de la baraja (cuyo dramatismo Ernestina desconoce), pero se calló por vergüenza. Temió que Adela encontrase mal que ella hubiera aceptado la invitación de un perfecto desconocido - ¡ay, tan

perfecto!, se burló de sí misma... - O, peor aún: que Adela advirtiese cuánto le impresionaba sentirse protagonista de una casi romántica aventura, que tal vez Adela - tanto más experimentada en esos trances - consideraría un acontecimiento corriente, prosaico o trivial.

El sacerdote toma la comunión, y Ernestina lo acompaña mentalmente: -Señor, yo no soy digna... Repetidas día tras día, las palabras han asumido una rigidez de fórmula, pero Ernestina siente que hoy, para ella, han recobrado su significado literal. Pero, ¿por qué se siente aún más indigna que otras veces? ¿Qué hubo de malo en el casual encuentro de la tarde anterior? ¿Qué tiene de pecaminoso, el hecho de haber aceptado verse de nuevo con aquel hombre, en la misma vieja confitería, esta tarde, a la misma hora?

Cuando casi como obedeciendo a un reflejo adquirido en años de rutina, su cuerpo se irguió para unirse a la procesión de los comulgantes, un escrúpulo la retuvo. No es digna. Está sola, lejos de la Hostia, de los otros feligreses, de la iglesia... Mutilada, como si hubiera perdido una parte de su ser.

IV

Aquella tarde fue larga para las Aldao. A mediodía, dos horas antes de lo acostumbrado, Ernestina encendió el televisor y

al no estar todavía en pantalla los programas conocidos, usó - quizás por primera vez en su vida - el selector automático de canales y se entretuvo un buen rato haciendo zapping. Cuando advirtió que la abuela lesbiana y adúltera, invitada de honor en el reality show conducido por una prestigiosa vedette discutía en su aturdida cabeza con la conocida ecónoma (actualmente, diputada) sobre un improbable terrorismo croata en las más bien insólitas olimpiadas de Rwanda/Camerún - decidió que sería mejor recostarse para estar - por lo menos - corporalmente *descansada* a la hora de la cita. Adela - hecha un ovillo en un sillón de la sala -no consigue meterse en el último best- seller de Sidney Sheldon que le han prestado. A las cinco menos cuarto, Adela se bañó y empezó a arreglarse. No tardó más ni menos que otras veces, aunque hoy le molestaba como nunca la imagen del espejo, que le recordaba cuanto tiempo había pasado desde cuando se demoraba - entonces con placer - frente a este mismo espejo, en la época de sus salidas con Ludovico.

Una hora más tarde, Ernestina se encerró en el cuarto de baño. Como de costumbre, se había duchado antes de mediodía; ahora, se trataba de... *decorarse*, para salir. Dos veces se sombreó los ojos con el lápiz de Adela - y otras tantas se los despintó. Intentó dar al pelo un aspecto menos severo, y sólo consiguió verse despeinada y deprolija. Se puso el trajecito menos viejo, y el mejor tapado, y pensó pedir el collar, herencia

de mamá, última alhaja que Adela guarda en el cajón de la cómoda, entre las fantasías y boletas de empeño que han ido reemplazando a las joyas de la familia. Cuando vio que Adela tenía puesto el collar, desistió - casi con alivio - y contenta de que su hermana - demasiado preocupada por su propio atuendo - no prestara atención a su insólito, recién adquirido y patéticamente poco logrado afán de coquetería.

V

Llegó demasiado temprano, y se sintió ridícula. -En la mujer, la impuntualidad es un encanto más - decía mamá, que había llegado a la iglesia, noventa minutos después de la hora fijada para su casamiento. Ernestina está incómoda, como si no supiera donde poner las manos, o donde fijar la vista. Pidió un té, que se enfrió sin que ella lo probara.

Había un reloj grande en la pared del fondo. No tenía más que girar un poco la cabeza, y sabría la hora, pero se dominó una y otra vez, entregada - inconcientemente - a la inquieta voluptuosidad de la espera. Por fin se volvió: las siete y veinticinco. La primera debilidad consintió las siguientes, y el paso del tiempo se hizo aún más lento. Constató que eran las siete y cuarenta y dos, cuando oyó la voz que tartamudeaba una excusa.

Ernestina sonreía mientras pensaba: - No tiene que darse cuenta de que estaba ansiosa.- Y arriesgó una pequeña mentira: - Llegué hace dos minutos. Miraba la hora porque también yo me retrasé. Tenía miedo de que se hubiera hecho demasiado tarde y usted se hubiese cansado de esperar.

VI

Patricio aguarda frente a un cenicero lleno de colillas y un vaso vacío. Se levanta cuando ve a Adela, toma la mano que ella le extiende, y - con la soltura que tienen los jóvenes de hoy para un saludo que cuando Adela era joven hubiera parecido excesivamente familiar, hasta un poco atrevido - se las arregla para besarla en la mejilla.

-Viniste.

-¿Por qué no iba a venir?

Ella podría haberle contestado: -Porque te diste cuenta de que soy demasiado vieja para vos -, pero prefirió decir:

-Porque podrías haber pensado que sos demasiado joven para darte cita con mujeres de vida equívoca.

Él sonríe, y su sonrisa es auténticamente angelical.

-¿Hace mucho que esperás?

-Más de media hora.

-Fuiste puntual.

-Sí. Me interesa lo que va a pasar.

Él ha dicho casi todo. El silencio de Adela, el gesto que ella no ha podido reprimir, le dan a él la seguridad de que ella entiende y consiente.

-Vamos - dijo Patricio - Aquí cerca hay un hotel.

Ella no había imaginado eso. Sus aventuras tuvieron escenarios privados y discretísimos: departamentos de soltero de señores que pueden permitirse esos lujos; casas de amigas comprensivas, que no preguntan demasiado.

-Podés estar tranquila. Ahí nunca pasa nada. No hay que mostrar documentos, y de afuera, ni te das cuenta de la clase de hotel que es.

Adela piensa, enternecida, que él está en todo. Adivina sus pensamientos, calma sus temores... Un grupo de muchachones, tirados en la vereda, un poco borrachos de cerveza, jaranea, y uno de ellos lanza una risotada provocadora.

-Dijeron algo de un chico y una vieja, ¿no? - pregunta ella, masoquista.

-No oí nada - dice él - Pero si lo hubieran dicho: ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

VII

Ella se vestía lentamente, y él la miraba, semienvuelto en las sábanas, corrupto y bello como un dios griego.

-¿Me ayudás a abrocharme el collar?

Ella estaba sentada al borde de la cama. Él se incorporó, y rozó con su pecho la espalda de la mujer.

-No. Ya debe estar amaneciendo. Esta tarde. Mañana...

Él la besó en el cuello y le acarició los pechos. Luego, con la misma voz ronca y suave que usaba para el amor, dijo:

-¡Qué lindo collar! Me gustaría regalarle uno como ése a mi mamá. Mañana cumple años, y como de costumbre, no tengo un puto sope. ¿Cuándo voy a poder comprarle una cosa así?

La mano de Adela se crispó sobre la joya. Él advirtió el gesto, y él también comprendió.

-No tenés que tomarlo así. Solamente dije que era lindo - Y agregó, como si no le importara: - Seguro que debés tener muchas cosas como ésa en tu casa.

Ella pensó decirle que no; que las cosas como ésa se habían ido, una a una, porque hubo que pagar impuestos, enfermedades, entierros y sucesiones... Pensó contarle lo que ella imaginó podría significar esa noche en su vida, pasada, finalmente, en un hotel por horas... pero supo que no valía la pena; que la actitud mas inteligente, casi elegante, sería mostrarse moderna, realista, informada:

-¿Tengo que pagarte algo?

Por un segundo, él se hizo el ofendido, pero enseguida comprendió que tal vez todavía podría salvar algo:

-Y bueno... Si me ayudás a pagar el hotel. Ya te dije. Ando medio cortado.

Tirarle el dinero a la cara - en un gesto un poco melodramático - le hubiera permitido retirarse de allí con cierta sensación de dignidad recuperada, pero como no había previsto ese desenlace... En la cartera no tenía más que unas monedas y unos billetes de mínimo valor, y tuvo que decir, un poco sofocada: - Ahora no tengo plata, pero si volvemos a vernos, te lo voy a devolver.

No vio - no quiso ver - la cara que puso él. De alguna manera encontró la puerta de la habitación, y un corredor, y por fin, la calle. Caminó extraviada. Tuvo que esquivar el baldazo de un gallego en camiseta, que iniciaba el lavado de su vereda. Un tachero la insultó, porque ella no lo había visto y lo obligó a una brusca maniobra para no atropellarla. Se fue serenando, pero se sentía vacía y sola. Vieja. Un pequeño movimiento de gente atrajo su atención. Mujeres vestidas de oscuro y unos pocos hombres entraban en el Carmelo. Debía ser la hora de la primera misa. Sin pensar en lo que hacía, autómata, se mezcló con los fieles y entró en la iglesia. Desde su hornacina sobre el pórtico, la Virgen con el Niño en brazos, parecía mirarla.

VIII

Petizo, un poco gordo, coloradote, y con cierto acento que lo hacía vulgar. Era la perfecta contrafigura de lo que Ernestina - de jovencita- imaginaba como el Príncipe Azul, pero estaba cómoda con él. La simplicidad del hombre ahogó las suspicacias que la inquietaron durante horas. Y no le pareció mal que la invitara a caminar, ya que el tiempo había mejorado, y la tarde se había puesto tan linda. Cuando pasaron delante de uno de los cines nuevos, él le preguntó si los conocía y si había visto la película, y entraron porque ella contestó que aunque había estado ya en las salas, no había visto la película, y que también a ella una amiga le había comentado que era una película muy buena.

Él se portó muy bien en el cine, aunque ella durante los primeros minutos estuvo pensando que él podría querer aprovechar la penumbra de la sala para portarse mal, y cuando salieron del cine - tarde, porque la película fue muy larga - él la invitó a comer, o a tomar algo; si no una comida formal, por lo menos una taza de chocolate para entrar en calor, porque había refrescado bastante. Ella rehusó, y entonces llegó la pregunta que Ernestina había esperado y temido todo el tiempo:

-¿Quiere que vayamos un momento a mi casa?

La respuesta brotó con una facilidad que la asombró:

-Sí. ¿Por qué no?

Ernestina se ha pasado el día analizando y comparando; su fe, la conducta de Adela - tan censurable según criterios cuya autoridad Ernestina no ha cuestionado hasta hoy; el mandato de castidad; sus renunciamentos, la vida de su hermana, en apariencia tanto más rica y más intensa que la suya. Por una vez, se le ha dado a Ernestina la posibilidad de un cambio. No sabe si éste será el camino adecuado, pero es el que se le presenta, y lo toma.

-Tengo unos discos antiguos, de la época de la guerra. Y más viejos. De Caruso, de Tito Schippa. Quiero que los escuche.

Tomaron un taxi. Él dio una dirección que podía ser en Nuñez o en Villa Urquiza. Ernestina se preguntó si la aventura que estaba permitiéndose no sería un poco peligrosa. Él seguía hablando, incansable, como lo había hecho en la confitería, mientras caminaban, y hasta en el cine.

En un barquinazo, pareció que él buscaba la mano de Ernestina en la oscuridad; ahora hablaba en voz más baja, más íntima. Ella oía las palabras como una melopea remota, confusa, pero entendió su sentido general. Él está solo; adivina que ella también está sola; está seguro de que pueden proporcionarse mutua compañía...

El auto dobló en una esquina y aminoró la marcha. - El chalecito de dos pisos, a la derecha, en la mitad de la otra cuadra - indicó el. Ahora la mano del hombre aferraba francamente

la de Ernestina, que se preocupaba más por lo que pensaba tendría que suceder un rato después que por el contacto físico actual.

Casi se habían detenido frente a la casa, en la cual se veían dos ventanas iluminadas, cuando el hombre gritó:

-¡Seguí!; Seguí! ¡No parés!

Había soltado la mano de Ernestina, y se encogía en un rincón.

-Perdóneme - murmuró, cuando se hubieron alejado una o dos cuadras. - Mi mujer debe haber vuelto. Es muy celosa. Ella no entendería.

La invadió una mezcla de frustración y paz. Le pareció que Alguien - desde un plano diferente del donde ellos estaban - se reía de ella, indulgente y comprensivo.

-¿Qué quiere que hagamos? - gimió él.

Ella ha recobrado su aplomo. Vuelve a ser la señorita Ernestina Aldao, que por un momento había dejado de existir, y ahora, un *conocido* pone a su disposición un auto para que no tenga que volver a casa por sus propios medios, a semejante hora. Pronto van a ser las doce.

-Vamos a Belgrano. A casa - Estuvo a punto de dar la dirección, pero calló a tiempo. Y casi sus últimas palabras de la noche fueron: -En Juramento y Crámer, por favor - para agregar luego, cuando llegaron al lugar indicado: -Aquí está bien. Gracias por todo. Adiós.

IX

Al mediodía, cuando se encontraron en la cocina, Ernestina temió que Adela preguntara porqué no habia ido a misa esa mañana, pero se tranquilizó cuando su hermana le dijo:

-¿Sabés? Anoche no vine a dormir. Me entretuve en el centro hasta muy tarde. Cuando volvía para aquí, de pasada, me metí en el Carmelo. Un día de estos, a lo mejor te acompaño a oír misa.

Esa noche, Ernestina volvió a poner el despertador para que sonara a las seis y media. Hasta ahora, Adela no ha vuelto a decir nada de ir a misa con ella, pero Ernestina espera que alguna noche Adela no tenga conferencia, yoga ni canasta, se acueste temprano y pueda levantarse a las seis y media para ir juntas a misa. Mientras espera, sigue yendo siempre, según sea invierno o verano, a misa de siete y media o a misa de siete, a rogar por la salud de los enfermos, por la conversión de los pecadores, por la paz del mundo y por la salvación de su alma que - lo confirmó recientemente - a semejanza de la del resto de la gente, no está exenta de padecer tentaciones.

LA MUERTE DE VERÓNICA SWANSON

Comprendo que la muerte de Verónica Swanson no le haya dado frío ni calor a casi nadie en el mundo. Cuando pasa el momento del apogeo, esa gloria fugaz que una artista de cine, o un político, o un escritor y hasta un perro pueden llegar a conocer alguna vez, esa artista de cine, o ese escritor, o ese perro - si usted me lo permite - vuelven a hundirse en la masiva mediocridad de la gente cualunqúe. O de los animales cualunqúe, en el caso del perro.

Y entonces, ahí ya a nadie le importa nada de la muerte de la actriz, de la del perro o de la del escriba, que de repente se encuentran a la hora del tránsito, no digamos sin un sope en el bolsillo, o en la Caja de Ahorros; o en el plazo fijo, o cambiado en verdes, para estar prudentemente a cubierto y a tono con los tiempos; o sin un hueso enterrado en el patio del fondo, en el caso del perro - sino ni siquiera con un alguien a su lado que sufra con ellos un cachito; que derrame una lágrima para despedirlos de sus respectivas existencias. Confidencialmente y entre nosotros, le confieso que yo - que al principio no le había tenido ninguna simpatía a la tal Verónica - fui y soy, entre todos los de mi familia, quien más la extraña. Por eso, me he permitido abordarla.

Para ser franco, no puedo asegurar que la Verónica tuviese de verdad todo el pedigree que algunos le atribuían. Usted sabe

como es la gente en esto de revestir de virtudes - o de defectos, según el caso - a quienes en algún momento, por irracionales motivos, deciden convertir en sus ídolos, o en chivos emisarios de sus frustraciones y resentimientos, sus Nemeses, como se las llama en lenguaje culto. Esto lo aprendí de mi primo Gaspar, que hizo hasta el primer año de Psicología y Letras, y que sabía un kilo de estas cosas. Yo sólo agregaré que cuando la Verónica llegó a casa - cuando la recogimos en casa, para ser más exactos - poco quedaba en ella de lo que alguna vez pudo tener de brillo y de prestancia. Mi madre decía que su mirada - la de Verónica, se entiende - trasuntaba todo el dolor y el quebranto (no sé si me estoy confundiendo con la letra de un tango)... Bueno, todo el dolor y el sufrimiento que habrían caído sobre ella desde que se precipitó de la posición rutilante (*rutilante*, decía mi madre, muy lectora de las revistas que llamaban especializadas, parecidas a las que hoy se consumen bajo el nombre de revistas del corazón), posición rutilante - repito - que en su irrecuperable pasado la Verónica debió detentar.

Poco entiendo de perros y de actrices; algo, de política (de la de antes, porque de la de ahora, y de economía, como usted: ni papa), y no tengo muchas letras, así es que le ruego me disculpe si por ahí meto un disparate, pero parece que hace unos años hubo una actriz, una tal Verónica Lake, que se peinaba

tapándose un ojo, dijo yo si quedaría como un pirata... Y pienso que habrá sido por lo del ojo tapado que le pusieron el apelativo a esta Verónica, porque ella también tenía algo así como un mechón de pelo que medio le tapaba un ojo.

Le decía que a mí, de entrada, no me cayó muy bien esta Verónica, porque siempre pensé que cada uno tiene que saber estar en su lugar y que - en todo caso - cada uno es '*el arquitecto de su propio destino*', como decía un verso que nos enseñaban en cuarto grado, creo que era de Amado Nervo; y si a ella se la veía así, tan fané..., por algo habrá sido que había llegado a ese estado. Pero después, de a poquito, a lo largo de todos esos años que vivió en casa, la Verónica me fue ganando, como a mi madre y a mis hermanas se las había ganado desde un principio. Si a veces me pregunto si no fue por ella que empecé a entender y aceptar algunas de esas cosas que hacen y dicen (o dicen que hacen, o dicen que tendrían que hacer) la gente que va a las iglesias y todo lo demás. Fíjese que yo - que siempre fui un poco librepensador y medio comefrailes, como era toda la gente decente de mi tiempo - llegué a hacerme amigo del cura de mi barrio, casi diría por intermediación de la Verónica. Ella le empezó a cuzquear al cura (cuzquear es un verbo que no sé si lo habrá inventado mi madre porque en el diccionario no está; un sinónimo de coquetear, pero un poco más duro, que se refiere a ese accionar de algunas mujeres que con tal de atrapar a un

hombre, lo provocan, sin medir ni poco ni mucho los límites que marcan el buen gusto, la decencia y el sentido común; verdaderamente, la Vero era un poco demasiado dada, y había que estar sujetándola para que no se nos fuera atrás del primer desconocido que le dedicaba una mirada). Bueno... Digamos que ella y el cura simpatizaron, y había que ver como se ponía el fraile, como se derretía y le hacía arrumacos, cuando la muy loca se le acercaba, moviéndole la cola y medio como sonriéndole. Hay que reconocer que estos curitas jóvenes y modernos, le están dando otra cara a la iglesia, como dice mi sobrina Consolación, agnóstica como yo, pero más dispuesta a aceptarlos cuando ellos se muestran así, como si dijéramos, más humanos. Las veces que estuve presente, los dos haciéndose fiestas, o mirándose como si quisieran comerse entre ellos, no tuve más remedio que hacerme el sota y saludar a este cuervo, aunque más no fuera para no quedar como un grosero. Después, en el salón para familias del Centro Comunitario, donde (en casa, al principio, no quisieron creerlo), el cura le dio entrada a la Verónica, empecé a cruzar alguna palabra con él. Cuando no estaban las viejas beatas, que le tenían bronca a la pobre y se hubieran escandalizado si la veían en estos jueguitos, vi como el cura permitía que ella se le sentara en la falda, habría que decir mejor, en la sotana, y después de besuquearlo, hacía como que se le dormía encima. Allí, como digo, en el Centro

Parroquial - adonde entré para no dejarla sola con él - a fuerza de chinchón y dominó, patada viene, patada va, el buenazo de don Agustín (perdóneme, no sé si será una falta de respeto, o más bien de cortesía, pero nunca pude decidirme a llamarlo Padre... Si es casi un pendejo que podría ser mi nieto) medio me estaba convenciendo de que lo de la religión podría no estar tan mal, si no hubiera tanto hipócrita que se refugia en ella para tapar sus canalladas; que el Padrenuestro es un tratadito de moral individual y cívica tan válido como si lo hubiera dictado, no hace casi dos mil años uno de quien se decía podría ser el Hijo de Dios, sino como si ahora, prácticamente en nuestros días, lo hubiera formulado en alguno de sus libros don Saint Simon, o don Agustín P. Justo, o lo hubiera incluido en alguno de sus discursos don Hipólito que - digan lo que digan - para mí le faltó un chiquito así para ser socialista.

Seguro que sin proponérselo, la Verónica vino así a ayudar al Padre - perdón, al cura - en su tarea misional, porque a fuerza de mirar a la Verónica (que ahora se había puesto linda, con esos ojazos que ni aún en sus primeros tiempos con nosotros, tan flaca y tan apaleada, no perdieron esa mirada dulce y picarona, y a la vez tan resignada, que de verdad despertaba no sé qué indefinible sentimiento de ternura), a uno se le metía en la carne aquello de perdonar las deudas - que según el cura amigo mío no se refiere a los pesos nacionales, australes o lo

que prefiera, para estar a tono con la época, sino a las morales. Si ella - después de haber andado quien sabe por qué andurriales, estaba rehaciendo su vida - no había porqué andar metiéndose a revolver las comos y los porqués de sus anteriores extravíos. Si Verónica llegó a casa en ese estado por culpas propias (que la calle le tiraba, pobrecita, no se puede negar) o víctima de maldades ajenas, nadie tenía derecho de pedirle cuentas, y no tenía utilidad ni sentido andar averiguando las causas que la habían llevado a ese punto.

Pero como de costumbre, me estoy yendo por las ramas, y no llego al planteo que quiero formularle. La cuestión es que - como digo - la Verónica murió. Mi madre ya no está, y si bien mis hermanas no andan a los gritos por la casa, lamentándose, la ausencia de Verónica se nota. Y eso que era tan callada, que ni se la oía. Aunque eso de ser callada era uno de sus méritos: como ya lo habrá notado, soy bastante conversador. Me viene de familia. En casa, lo que siempre faltó fueron orejas que escucharan, que temas y lengua para hablar, hemos tenido y tenemos de sobra.

Verónica, siempre silenciosa y con su mirada, a veces triste, nos escuchaba a todos. Era la compañera ideal para nosotros, que tenemos esta modalidad de ser tan charlatanes. Ahora que se ha muerto, hasta yo, que se lo he confesado, fui el más reacio a concederle mi afecto, siento que tenemos que

encontrar quien la reemplace. Me llamó la atención usted, que tiene las orejas tan grandes. Perdóneme: con el mayor de los respetos, creo que usted sería una muy buena sustituta.

Hasta los perros de la calle pueden tener un pedigree; ya le conté lo que se decía de la Verónica. De paso para casa, le vamos a preguntar al de la veterinaria de qué raza es usted. Después, vamos a ver la cuestión del nombre; se lo van a poner mis hermanas, que tienen más chispa que yo para eso. Eso sí, el apellido será igual al de la otra: Swanson. Mi mamá me explicó que era el de una actriz del cine mudo. Del cine mudo, ¿entiende? Es un apellido que les va bien a todos los perros que recogemos en casa, porque ni un ladrido se les permite. Ni un ladrido. En casa, los únicos que ladramos... perdón, que hablamos, somos nosotros. ¿Estamos?

DE ACTRICES

Ella - la seductora de tantas y tantas películas - está vestida de blanco. De pie, los largos brazos extendidos, apoya las manos en el alféizar del balcón que da sobre el mar, ajena a cuanto pasa en el gran salón iluminado. Me acerco, tímidamente. Podría pedirle un autógrafo - sería lo previsible y convencional - pero la idea me repugna: en esta circunstancia, un acto tan banal. (No colecciono fetiches; en algún lugar de mi casa, hay media docena de firmas logradas en algún festival cinematográfico hace cuarenta años - o cuarenta siglos - y jamás les concedí la menor importancia).

Querría... No sé. ¿Comunicarme con ella? ¿Conocer su secreto? Quizás, participarle mis sueños, que una vez tuvieron que ver con Ella, cuando hace una vida la veía en el cine de mi pueblo, y me enamoraba, sin importarme que mi madre me dijese que Ella - la Actriz - era ya una mujer cuando ella - mi madre - iba a la escuela primaria.

-Señora - murmuro, venciendo mi inhibición, pero ella no me oye. Con esfuerzo, consigo aumentar el volumen: -¡Señora! Por favor...

Ella se vuelve, pero nuestras miradas no se cruzan. Desde el fondo de las cuencas de su calavera, dos ojos invisibles se niegan a mirarme.

EN EL ASCENSOR

- Hoy tiene uno, doctor - me dijo Ramón, con hispánica sonrisa.

- Era hora de que los arreglaran - contesté.

- Sólo el de servicio, doctor - me aclaró con otra sonrisa, la de pedir disculpas. - Para los otros se necesitan unas piezas que están *en falta*. Si la semana que viene las consiguen...

- ¿Podremos tenerlos a todos en orden alguna vez? - suspiré. Y me enojé: - Hace dos semanas que hago los escaleras cuatro veces por día. Están siempre los tres descompuestos cuando los necesito.

El gallego arqueó una ceja, y esbozo un gesto ambiguo, supongo que de impotente prescindencia. El simple acto de apretar un botón me tranquilizó como el mejor de los sedantes. Podía disfrutar de la agradable sensación de sentirme elevado no por la fuerza de mis piernas, sino por el Poder de la Inteligencia que inventó los ascensores.

Al verme llegar, mi mujer comentó: - Llegás menos muerto que de costumbre. - El ascensor funciona - informé con el tono que podría haber utilizado para anunciar: - Nos sacamos la

lotería - La noticia no pareció afectar demasiado a Flavia. Castrada por la rutina de la casa y el cuidado del bebé, con el diario a la puerta cada mañana y el canasto de provisiones que puede pedir por teléfono al supermercado, sobreprotegida por mi amor diligente y siempre alerta, pienso que la pobre ha sufrido cierta atrofia en su potencia vital, en su capacidad de lucha y hasta quizás en su sensibilidad. Su casi indiferencia ante la novedad me lleva a pensar que no aprecia en su justa medida las incomodidades, fastidios y riesgos que un hombre afronta cotidianamente para cumplir con el deber de velar por su familia. No me enojo. No es mi estilo. La culpa de que Flavia actúe como actúa, es mía. Yo la he moldeado: con mi exceso de amor, de solicitud, de comprensión...

No es hora de autocríticas. Un ascensor funciona, y yo me he servido de él. Mientras Flavia pone la mesa y abre una lata de caballa al natural - no en aceite, porque nos cuidamos del colesterol - miro el río desde el balcón (creo que por primera vez en los cinco meses que llevamos viviendo en nuestro nuevo nido), y pienso que después de todo no fue tan mala la idea de comprar este departamento, casi modesto pero con una vista panorámica espectacular, aunque haya tenido que duplicar mis horas de trabajo en la calle... Ya lo disfrutaré cuando haya terminado de pagar las cuotas (ciento noventa y ocho, de monto

variable según la fluctuación del dólar en la plaza de Tanganika, con más un interés ajustable quincenalmente - pero pagadero mensualmente - , con tasa a determinar a criterio de la entidad acreedora, Banco de la República Abstracta de Zanzawasi).

Estábamos de buen humor. Durante el almuerzo, hasta hablamos de la posibilidad de salir la noche siguiente, a bailar o a ver algún espectáculo, si alguna de las abuelas estaba dispuesta a cumplir su guardia para cuidar al bebé.

- Si querés ir al teatro o al cine, podés elegir el programa, pero eso sí, nada denso. (A mi mujer le encantan esas películas raras, europeas, y el teatro de contenido psicológico o social.) - Siento la cabeza frágil, como si fuera a estallar en cualquier momento.

- Tendrías que ver a un analista - dijo Flavia.

La miro con digna expresión de vago reproche, y callo. Flavia ha empezado a analizarse hace un mes y medio, y a pesar de que a veces me parece notarla un poco distante (no puedo evitar atribuir ese desapego a la mala influencia que sobre ella parece ejercer el analista), ella sostiene que el doctor Feodordostoiwsky ha dado justo con la horma de su zapato mental.

- Si yo me despertara gritando o mugiendo noche por medio y me olvidara dos veces por semana el portafolios en la oficina, y

guardara los expedientes en la heladera como alguien que yo conozco - me dijo con cierta dureza - no me resistiría tanto y me permitiría recibir ayuda de un buen profesional-. Pobrecita. Creo que ese ruso maligno, seguramente fugitivo de la perestroika, de la glasnot, de la mafia postsoviética o de lo que diablo se haya impuesto por fin en esos países extraños y afortunadamente lejanos, le está lavando el cerebro. Los rusos heredototalitarios deben saber de eso, mucho y bien. En cuanto disponga de un poco de tiempo, voy a poner a estudiar seriamente el modo de contrarrestar sus técnicas nefandas.

- Lo discutimos después, mi amor - dije, porque en ese momento sentía que la vida era hermosa, y no tenía ganas de pelear. Tomé el último trago de café, besé a mi mujer, y corrí hacia la puerta cuando ella me detuvo:

- ¿Vas a al Municipalidad?

- Sí, mi amor.

- ¿No llevás 'Ayestarán Víctor Manuel: autorización para cambio de color en etiquetas de chocolates amargos y/o con maní'?

- Lo llevo. Prometí que lo vería antes de que empezara la feria. Es cierto que faltan todavía cuatro semanas para fin de año, pero ya se sabe que veinte días antes y treinta y cinco días después de la feria, en tribunales no pasa nada. Además,

hoy vence el plazo para pedir anulación de la revocación de la confirmación de la denegatoria en el juicio de la ex-D.G.I., hoy A.F.I.P. contra ese asilo de ancianos que liquidaron mal sus quebrantos del año pasado, aparecen como deudores impositivos, y por lo tanto corremos el riesgo de que lo clausuren y tiren los viejos a la calle.

Ella me entrega un expediente con una sonrisa: - Está fresquito. Lo encontré en la heladera; en la gaveta de la fruta.

(Esa mañana, me había emocionado lo que supuse una tierna atención de mi mujer para conmigo: había una manzana en mi portafolios. Conmocionado y eufórico por mi ascensión mecanizada, se me había olvidado agradecerse... pero ahora, ante la duda acerca de la causa por la cual había disfrutado de aquel segundo, naturista desayuno, preferí callar. Volví a besarla, metí a 'Ayestarán Víctor...' en el cartapacio, y salí al palier).

-Si tomás un taxi, relajáte y no hagas un escándalo como el que hiciste el otro día, hasta que no estés seguro de que efectivamente te están secuestrando - me recomendó. Su preocupación, aunque superflua, me enternece. Apreté el botón para llamar el ascensor. Una lucecita roja indicaba que el aparato había recibido el llamado, y acudía, dócil. Lo oí detenerse, tras la puerta maciza de caja de seguridad bancaria,

un poco hermética para mi gusto. Amo los viejos ascensores, abiertos, con sus cajas que parecen encajes metálicos, y sus rejas trabajadas, como el de nuestro viejo departamento en el Once... Gentil y *automático* - la boluda de la inmobiliaria se pavoneaba, señalando esa característica como si fuese una gran novedad - abrió su sólida puerta y esperó a que yo entrara en él.

A las tres menos cuarto tengo que estar en Mesa de Entradas de la nueva Subsecretaría de Alimentos Dulces y Afines, sección Chocolates. A través de su segundo Subsecretario, el Director de la recientemente creada División de Chocolates Amargos, nombrado como consecuencia de la racionalización de personal efectuada después de las últimas elecciones municipales, prometió hacerme un lugar en su agenda para que yo pueda explicarle personalmente el asunto. 'Escoba nueva barre bien', comentó mi socio, citando a su abuela española y refranera, cuando le comenté la novedad. El Subsecretario me dijo que me recibiría fuera de hora, para evitarme la cola; no puedo evitar pensar si no será también para hablar con mayor comodidad de una eventual coima.

-Son las dos menos veinte - dijo Flavia. - No entiendo porqué no hacés como todo el mundo, picás algo en el centro, y

te evitás la angustia de estas corridas absurdas de cada mediodía.

-Soy clásico en mis gustos y costumbres. Es una de las claves de mi encanto. Ni vos ni mi hijo podrán decir que antepongo mis intereses profesionales al amor que les debo - contesté, antes de tirarle un besito con la punta de los dedos, y oprimí un botón donde se ve un rotundo 0, en lugar del casi romántico P.B. que lucía el viejo ascensor de jaula de nuestra casa anterior. La puerta se cerró, haciendo desaparecer de mi vista la tierna imagen de Flavia con el niño en brazos.

El progreso es el progreso. Y no podemos mostrarnos cavernarios, negándonos a él, aunque algunos de sus aspectos no nos resulten simpáticos. Por ejemplo, esta tapa... (- ¿Por qué digo tapa..? ¿Por qué de pronto tuve la sensación de estar en un ataúd...? ¿Será porque ayer mi secretaria - a quien tuve que despedir por eso - me trató de vampiro chupasangre? - La tapa.. Rectifico: la puerta se cerró y comenzó el descenso. Números luminosos, modernos y cibernéticos, se encienden y se apagan a nuestro paso: quince, catorce, trece... Número de mal agüero. Siempre que paso por el piso trece, pienso que el ascensor podría desprenderse y caer. Los americanos, que algo saben de estas cosas, en sus edificios evitan el piso 13: saltan directamente del doce al catorce, pero ellos son primer mundo.

Lo mismo, en las habitaciones de los hoteles: no existe el cuarto numero 13, creo que justamente ése era el título de un polic... Pero: ¿qué pasa? Hasta ahora íbamos bien, pero esto está perdiendo velocidad. Está perd.. Vamos... Una fuercita más. Si ya habíamos pasado el piso del peligro... No vamos a quedarnos entre dos pisos. Nos quedamos. Nos que-damos... Entre el doce y el que no debí haber nombrado. Me baña un sudor frío... Pero... No puede pasarme nada. Nada. Seamos lógicos. No se sabe de nadie que haya muerto en un ascensor. Creo... Creo, sí: creo que en minas y en derrumbes, sí; pero en ascensores, no. Creo que no. Nunca, nadie. Pero no sé si estoy seguro. Para todo hay una primera vez, como dicen los imbéciles. Oigo gritos. Alguien está en peligro. Pide auxilio. La casa se está incendiando, y yo aquí, encerrado. En todas partes hay carteles que advierten: 'No usar los ascensores en caso de incendio'. ¿Cómo no lo pensé...? Toco el timbre de alarma. Quizás, aún en medio del pánico, alguien lo escuche... Los gritos son cada vez más desesperados. ¡Pobre hombre...! O tal vez ¡pobre mujer! Chilla de un modo que ni siquiera puedo distinguir el sexo. Debe ser un hombre. Siempre somos los más expuestos. No. Es una mujer. Las mujeres se autodominan menos. Toco el timbre de alarma. - ¡Sáquenme de aquí! - dice ese pobre histérico. O esa pobre histérica. - ¡Sáquenme de aquí! Estoy en el ascensor - ¡Pobre tipo! Él también se ha quedado encerrado en un ascensor.

Pero si Ramón me ha dicho que éste es el único ascensor que funciona... Y conmigo no hay nadie. ¿Quién grita? Oigo otra voz. Me parece conocida. Tiene acento gallego. Es Ramón. ¿Por qué grita? También él está en peligro... ¡Socorro..! ¡ Que vengan a salvarnos...! A mí, que me muero... Pero... ¡Dios mío! Si soy yo el que grita. ¡ Qué papelón! ¿ Qué pensarán de mí los vecinos? Tengo que distraerme. Pensar en otra cosa. Puedo leer el expediente. Lo puse en el portafolios. Seguro que lo puse en el portafolios. ¿Dónde está el portafolios? Aquí está el portafolios, pero no puedo sacar el expediente. Tengo una sola mano. ¿Dónde está mi otra mano? ¡Aaaah! ¡Aquí..! Aprieto el timbre de alarma. Pero el timbre de alarma está ocupado; hay otro dedo sobre él. ¿Quién aprieta el timbre de alarma? ¡Saque ese dedo! ¿De quién es ese dedo que no me deja poner mi dedo en el timbre de alarma? Mío. Es mío. Es mi dedo. Estoy apretando el timbre de alarma, y no quiero soltarlo... ¡Gallego maldito! Estará durmiendo la siesta, como si estuviéramos en su maldita aldea gallega de donde nunca debió haber salido... En la próxima reunión de consorcio, ya me van a oír. Este ascensor está vibrando todo. ¿O es que soy yo, que estoy dando saltos, y son mis saltos los que lo están haciendo vibrar? ¡Me espera un Juez! ¡Me espera el Intendente! ¡Me espera el Presidente de la República! ¡Que me saquen...! Voy a escribir a los diarios, voy a

ir a un programa de televisión, voy a escribir a las Naciones Unidas, y a la OTAN...

Oigo otra voz, además de la mía:

-Cálmese, doctor, que ya lo saco.

Tiene acento gallego. Es Ramón. Ramón, viejo. Me ha oído. Para Navidad, voy a darle una buena propina. Me calmo. Me relajo. Me amo. Todo es bello. La vida es bella. Me relajo. Me relajo, como me aconseja Flavia, siempre tan equilibrada. De nuevo dueño de mí, concedo: -Está todo bien, Ramón. Tómese su tiempo-.

-Enseguida está, doctor - murmura la voz gallega, casi confidencial - Puede usted ya dejar de tocar la alarma - sugiere. Y en voz aún más baja: - Han salido todos los vecinos, y hasta está viniendo gente de los edificios cercanos. No apriete más el timbre, doctor. Y no siga gritando.

Con cierta dificultad, retiro el dedo que parece soldado al botón rojo. De pronto, me asalta otra angustia:

-¡Ramón! ¡Ramón!

-Sí, doctor.

-Mi mujer. Dígale a mi mujer que estoy bien, que no se preocupe. Que no me ha pasado nada.

Mi pobre Flavia. Allí estará, con el nene en brazos, junto a la puerta del ascensor, esperando mi liberación. Me inunda una profunda ternura. Quiero defenderlos de todos los Males que amenazan al Hombre no bien traspone los umbrales del Hogar. Si no fuera por mi maldito sentido de responsabilidad profesional me quedaría en casa, a disfrutar de la familia que Dios me ha permitido constituir. Nos tenderíamos los tres en nuestra gran cama Luis XVIII, y desde el dormitorio lleno de sol, dejaríamos que nuestra mirada se perdiera en el río lejano que alguien - creo que Borges o Lugones - llamó el río color de león.

A propósito. Flavia me pidió que le comprara un libro. Me parece que me dijo la última novela de Borges. ¿O estaré equivocado? ¿Quién me habló de la última novela de Borges? Seguro que no fue Flavia. Flavia lee mucho, siempre está más actualizada que yo en esos terrenos, pero lee poca literatura argentina. Sin embargo, alguien muy importante *HABLÓ* de la Última NOVELA de Borges. En fin... Puedo preguntarle ahora, porque voy a subir a casa un momento. Puedo permitírmelo. ¡Al diablo con los chocolates de Ayestarán! ¡Que esperen Ayestarán y sus chocolates! Si mi hijo está despierto, voy a jugar con él. Los chicos de hoy crecen muy huérfanos de cariño, con las terribles consecuencias que leemos en los diarios y vemos en los

noticieros de la TV. Violentos, drogadictos, ladrones y asaltantes, aun provenientes de familias como la de uno. Soy culpable de no conceder a mi hijo todo el tiempo que merece. Tengo que consultar a la pediatra si no será todavía demasiado chico para llevarlo a la cancha. Nadie podrá reprocharme ser un fanático: hasta este minuto, no se me había ocurrido la posibilidad de llevar a Fabricito a la cancha, antes de que cumpliera el año, pero estas horas de encierro me han hecho valorar cuanto significan en mi vida él, y Flavia, y mi casa, y la Libertad...

El ascensor se ha puesto en marcha, lenta y un poco espasmódicamente. Se detiene. La puerta - hasta hace un instante, implacable, inamovible - cede a la suave presión de mis dedos... Estoy libre. Pero, ¿qué es toda esta gente que me rodea? -Permiso. Permiso. - No veo a Flavia en medio de esta multitud. Claro: es la hora del reality show por el canal de cable, y ella - por eso está siempre tan bien informada - no se lo pierde por nada del mundo. Tiene razón. Total, aquí ya no pasa naranja. El palier está lleno de imbéciles que han salido a curiosear. ¿No tendrán nada más importante que hacer? Por eso el país anda como anda. Si cada uno se ocupara de lo que debe... El hall de entrada y la vereda están también llenos de gente. Me miran con curiosidad, quizás hasta sobradamente. Quisiera ver

como hubieran reaccionado ellos en un caso semejante. Maldita idiosincracia porteña. Todos '*siempre listos*' - como los boy scouts - para la observación y la crítica; ninguno para realizar un acto positivo.

El aire fresco de la calle me hace reflexionar, y surge el autoreproche: -Me voy, apurado como siempre, sin una palabra de consuelo que tranquilice a mi mujer.

Me detengo junto al portero eléctrico, y toco el timbre de nuestro departamento. Me contesta la voz de Flavia, tal vez un poco impaciente:

-¿Quién es?

-Yo, mi vida. Estoy bien.

-Sí. Me imagino - contesta ella, escueta y precisa, tan distinta de mí... Cuando alguna vez me atrevo a reclamar por lo poco que aporta a nuestro diálogo, me contesta: - Para decir estupideces como las que vos decís todo el día, es preferible el silencio - Es muy graciosa, y tiene mucho sentido del humor. Esta vez, sin embargo, se permite lo que podría interpretarse como un reproche, quizás afectada por el mal momento que sabe he pasado: - Con tus gritos, despertaste al nene.

Es verdad. Lo oigo llorar. La ternura me ahoga:

- Te prometo que vuelvo temprano. En cuanto me desocupe del Ministerio, paso por el estudio, alzo unos expedientes y me vengo a pasar la tarde con ustedes.

-Bueno - dice Flavia, quizás escéptica -Tratá de estar aquí a las nueve. Acordáte que invitaste a Lucas a comer aquí.

Lucas. ¡Mi viejo y querido Lucas! ¡Qué raro que Flavia no me haya dicho antes que Lucas viene a comer! ¿O me lo habrá dicho? Se me hace tarde. Taxi...¡Taxi! Por suerte, un taxi. -Al centro, por donde podamos ir más rápido.

II

Llegó a las once menos cinco. Comprendo que la pobre Flavia esté harta de él. Me lo ha dicho: -Lo unico bueno que saqué de mi matrimonio, fue conocerte.

Después de años de no vernos, nos cruzamos en la calle, por casualidad, y el boludo se me viene encima y cargoso como siempre: -Me casé. Tenés que venir a ver el pisito que me compré cerca de Libertador- Habrá notado en mí algún esbozo de resistencia, porque ataca por otro flanco: - Si no te da felicidad compartir unas copas con tu amigo de la infancia, veni para que por lo menos pueda presentarte a mi señora, que cocina

como los dioses y parece una madona de Rafael. Acepté. Por debilidad, pero no tuve de qué arrepentirme. No sé cómo cocinarán los dioses, ni quién es ese Rafael de la madona a quien él se refirió (me parece que hay una boutique con ese nombre en uno de esos shoppings chetos por donde uno alguna vez pasea: debe ser algún modisto, pariente del cantante) - pero Flavia era... Bueno. No hay palabras para describirla. Como dicen los pibes de ahora, está re-re, que es como decíamos nosotros cuando éramos pibes...(¿hace ya *tanto* tiempo?): -Está de diez. De entrada no más, hubo entre ella y yo una comunicación, un *rappaport*, como me dijo cuando le conté de este asunto a un amigo arquitecto y judío que justamente se llama así, y que es buena gente, a pesar de todo... -Si esto pasaba hace veinte años y Antonioni los hubiera conocido - dice Rappaport - se hubiera pegado un tiro y no habría filmado nada de lo que filmó. (Para la agenda electrónica: 'averiguar quién es este Antonioni'; a Flavia, a veces, antes y después del acto, le gusta hablar de cine).

En otro tiempo, el tarado tenía la obsesión de la lealtad. Aunque el planteo era prematuro, porque en esa época los dos estábamos más bien en la edad de ... Bueno: ya se sabe... Todo el mundo, quien más quien menos, aunque... De verdad, yo, nunca; pero él, seguro que todavía... Digo, era

prematureo porque ninguno de los dos tenía mujer, ni siquiera una noviecita, y de tanto en tanto el chabón reflexionaba: -Yo no sería capaz de ponerle los cuernos a un amigo. No se me pasaría por la cabeza la idea de acostarme con una mujer que fuera tuya- Supongo que se esperaba un compromiso análogo de mi parte, pero... Nunca me gustó jurar en vano, ni comprometerme al pedo, y en todo caso: al boncha, nunca lo consideré un amigo. Además, como decía mi tío, el que me llevó por primera vez con una mina, y que - que Dios lo tenga en su gloria - murió no hace mucho, dicen que de una sobredosis de viagra, por andar jodiendo sin haberse dado cuenta de que ya era hora de llamarse a sosiego: -'Para tocar la guitarra, hace falta tener uñas, y el que las tiene y no las usa, es un pavo '- Si yo estuviera casado... Bue...De Manolo, es de quien menos temería una cosa así, no sólo por ese compromiso que él asumió sin que nadie se lo pidiera, sino porque no creo que en su vida, sea capaz de conseguirse una mujer, si no es como hizo con la pobre Flavia, con la que pasó por el registro civil y por el altar, creo que porque había intereses de por medio. Esas historias de familia, esos arreglos que nunca sabemos quién hace, y que terminan cagando la vida de la gente. Como en los tiempos de mi tíobisabuelo don Florencio, el escritor, un título de doctor, la yuxtaposición de dos apellidos comunes y silvestres que crean la apariencia de un apellido compuesto, la titularidad de un pedacito de campo,

pesan. Todavía hay madres ambiciosas y mandonas, que creyendo asegurarles el futuro a las hijas, las queman, cuando las presionan para que se dejen entregar a infelices como éste. La pobre Flavia no pudo - o no supo o no quiso - negarse con la suficiente energía. Ella no tiene la culpa. Si yo estuviera casado, no dejaría que mi mujer se aburriera como el chabón ha dejado que se aburra la pobre pendeja, que si hace lo que hace no es porque sea puta sino porque al fin de cuentas, pobre mina, hay que entenderla... Atada a un infeliz, y con lo bien que está... Inteligente como es, se da cuenta de que si no hiciera lo que hacemos, estaría cometiendo una especie de suicidio, un autodesperdicio, como ella misma me explicó.

Y es una estupenda mujer, qué embromar; un ' boccato di cardinale', como hubiera dicho mi tío de ella si la hubiera conocido, tirado al neurótico éste que hasta se ha tragado lo del analista, cuando es él quien tendría que hacerse tratar. ¡Flavia con una analista...! ¡Pobre de ellos...! El analista, cuyas visitas justifican tres salidas por semana, es un servidor, que sabe lo que necesita una mujer para sentirse mujer/mujer. El boncha sí que está hecho un loco suelto, sobretodo después de lo del domingo en el yate... Claro que fue una salvajada de mi parte ordenarle esa maniobra, sabiendo que en su vida había estado en el río... Cuando lo sacamos del agua,

tenía un no-sé-qué, que hacía pensar en un pescado; en un pescado, que es un pez muerto... con esa piel blanca, lechosa, adonde nunca dio el sol. No sabe nadar, como tampoco nunca hizo tenis, ni pesas, ni esgrima... Ni siquiera se arribaba al potrero de al lado de la escuela en aquellos tiempos, cuando nadie se negaba a un picadito... Y quiere que nos consideremos *amigos*; si ni siquiera lo veo como un *semejante*...

Por Manolo conocí a Flavia. Manolo es *NADA*, pero eso demuestra que a veces, hasta la *nada* sirve para algo; ahora mismo, repasar las distintas formas de su estupidez, me ayuda a pasar el tiempo. Estoy en el ascensor, encerrado entre el piso doce y el piso trece. Soy víctima de un hecho fortuito, semejante al que esta tarde victimizó al boludo. O ayer, porque según veo en mi cronómetro, ya son las dos de la mañana. Y ¿qué se supone que debo hacer? ¿Ponerme a gritar como un desaforado, para que corra la voz de que en el piso veinticinco de esta imponente torre, no sólo vive un demente sino que las visitas que recibe están tan locas como él? De ninguna manera. Decoro, buen gusto, autocontrol, hombría, espíritu deportivo. Dignidad. El contraste realzará aún más mis méritos ante Flavia. En algún momento, alguien se dará cuenta de que el ascensor está descompuesto, vendrán a arreglarlo, se abrirá la puerta, y saldré, elegante y sereno. En el peor de los casos, no va a

hacerme mal dormir una noche en el ascensor. Será una nueva experiencia. Pero si pensamos en nuevas experiencias... Se me ocurre que uno de los pocos deportes que todavía no he intentado es el vuelo espacial. Puedo imaginar que estoy en una cápsula suspendida en el espacio... O que flota en el mar, mientras espero, impávido, que vengan a rescatarme, como si fuera uno de esos chiflados que se dejan mandar a la luna, a Marte o a Saturno, seguramente sólo por el placer de poder fanfarronear al regreso. Yo podría ser el Primer Astronauta Argentino. Creo no estar equivocado; no hubo hasta ahora ningún otro... O en todo caso... El primer Ascensornauta...El Primer Ascensornauta Universal... Podría ser una nueva disciplina, y yo, su precursor. Debería empezar marcando una marca importante; por ejemplo, Máximo Tiempo Encerrado en Ascensor sin Pedir Auxilio. Los muchachos del gimnasio se van a morir de envidia. Emulando a los Héroes del espacio, estoy inventando un nuevo deporte. ¡Y es argentino! Espero que no vengan a interrumpirme. Quiero batir el récord de Permanencia Pacífica en Ascensor.

III

-Regalo del cielo, Ramón - comentó el doctor Manuel López Gómez, siempre circunspecto, pero permitiéndose una ligera

euforia. -Funciona el ascensor principal, después de dos semanas con ninguno.

- -De todos modos es el único, doctor - farfulló el gallego -
A los otros, no van a mirarlos hasta fin de mes. Mañana es el Día del Arreglador de Ascensores; después, vienen dos días sanguches. El 24 de diciembre, Navidad, el sábado y el domingo; despues, otros dos días sanguches, y el 31 y el 1. El gremio de Electricistas y afines propuso adherirse a la feria judicial, porque no ven la razón porque han de ser ellos, los electricistas, menos que los abogados... (El doctor López Gómez prefirió ignorar el casi agresivo y laboralmente poco solidario resentimiento que traicionaba la actitud de Ramón, argentino nativo, bisnieto de un refugiado de la guerra civil española, que conservaba mejor el acento que la ideología socializante de su ancestro) - ... y después, si se produce el paro de los Transportistas Urbanos, los arregladores de ascensores podrían decidir plegarse también, por analogía. Por el momento, lo están estudiando, a ver si les corresponde adherir o no. Y nosotros, como encargados de casa de familia, a la espera, para poder plantear nuestras reivindicaciones. En cuanto tengamos oportunidad, reclamaremos nuestro turno...

Manolo subió pensativo. Flavia, su mujer estaba de mal humor: - Hace días que no vas al analista, querida - dijo él, porque quería mostrarse solidario.

-Estará de vacaciones - contestó ella, secamente. Y agregó, casi gimoteando: - He llamado varias veces al consultorio, y me contesta la máquina.

Manolo, afecioso, trató de consolarla. Sólo ella podría contarnos si los cuidados de su marido suplieron eficazmente los que solía proporcionarle el analista ausente.

IV

Quince días después, dos ascensores funcionaban alegremente, y Manolo - feliz - alternaba el uso de uno u otro, para subir y para bajar. Cuando una mañana tuvo que compartir uno de ellos con el repartidor de soda, hasta se permitió exhibir su fastidio ante Ramón:

-Si la gente no tiene la soda y el periódico a la puerta, protesta. Y el otro día, hubo que llamar al CIPEC para que atendiera al repartidor del supermercado, que tuvo una lipotimia mientras bajaba del diecisiete, adonde había llegado - con los canastos llenos - por la escalera. No tengo más remedio que dejar usar los ascensores principales a los proveedores, doctor

- se justificó el enecargado. -Todavía no he conseguido que vengan de la casa de ascensores para poner en marcha el de servicio, el montacargas automático; ése, donde usted se quedó encerrado ¿recuerda? - preguntó redundante y malévolo.

V

En 'Purgatorio Tropical', el recientemente inaugurado pub de Recoleta, dos chicas de cabelleras rasta comentaban con cierta tristeza: -Es increíble que un hombre que conoció todos los peligros; que una vez - me contaron - hasta cruzó en monopatín esa montaña grande que hay en Europa, el Himalaya... - ...y el Riachuelo a nado... - agregó la otra. Lo vi yo. Fue como un desafío, una protesta por la desidia ecológica de... - No me la nombrés - la interrumpió la primera - Fue mi amiga, hasta que descubrí su total inoperancia. Hasta había votado por ella en las elecciones internas del partido, pero... Hablemos de Lucas; él es el tema. Lo comenta el país. Una figura Nacional que haya venido a terminar así. Estoy tan impresionada, que aunque a veces llego a casa muerta, subo a pie para no

tomar el ascensor. Yo digo - y arrastró la ye y redondeó la o, como para enfatizar la sugerencia - que habrá sido un infarto. A los deportistas se les suele dilatar el corazón. Me lo dijo mi tío, que se recibió de médico y da clase en la facu.

- Yo estuve charlando con Monono Altube - retrucó la otra - que además de ser un regio y un divino, también es médico o algo así, y que estuvo en la autopsia. Me contó que no podían determinar con precisión la causa de la muerte porque ya estaba en un estado que...(La más rubia dibujó en el aire un gesto donde se mezclaban el pudor y la repugnancia, y bajó la voz hasta que fue un murumullo confidencial:) - Por no sé qué síntomas o detalles que no se animaron a poner en el informe, porque más de uno dijo que si ponían eso no iba a faltar quien dijera que era un disparate, o que querían tapar quien sabe que otra cosa inconfesable - alguno dijo que les parecía que había muerto de i-na-ni-ción.

- - ¿De inanición? - preguntó la otra, dubitativa. Eso quiere decir... ¿de no comer? ¿ De hambre..? ¿Luquín Barros Arteaga muerto de hambre? Ni me lo digas. Ni que fuera un homeless, de esos que ahora se ven tanto. No te creo, no te creo, no te creo.

- Y cambiando de tema: - ¡Uuuuy! ¡Mirá, boluda: quién llegó! Juanjito Peña Mendoza. ¿No lo has oído cantar en francés,

acompañándose con la guitarra? Te juro que es lo más... Y cómo juega al rugby... Después de la muerte de Lucas, es el único chabón que vale la pena en Baires.

- - Vamos a saludarlo - dijo la más rubia.
- -Vamo, boluda - aprobó la otra, cariñosamente.
- Y las dos se acercaron al bar, donde Juanjito tomaba el primer whisky de la noche.

SOLILOQUIO DE UN TORTURADOR BISOÑO

-No.Nunca.

-¿De veras? ¿Nunca?

-De veras. Nunca.

-De veras, nunca, mi teniente primero.

-De veras nunca, mi teniente primero.

- (Bueno. Así está mejor. Parece que vamos aprendiendo. Puede que ya estés verdaderamente domado. Es increíble. Ya. Casi desde el vamos. También puede ser astucia. Ha comprendido como es el juego, y quiere ser más vivo que yo. Trata de engañarme. Finge que ya está sometido, para complacerme. Y seguirá la lucha: el querrá adelantarse a mis deseos. Ganarme de mano. Yo intentaré conocer la verdad como la conoce él mismo; como si yo fuera él, o por lo menos, como si yo estuviera dentro de él.

No es fácil llegar a la verdad. ¿Cómo saber con certeza lo que sucede dentro de otro, simplemente hablando con él? Aunque se lo vea reír, llorar, suplicar, hacer el amor... Lo que está - relativamente - a nuestro alcance no es más que el exterior, la apariencia. Ha repetido mis palabras con aparente docilidad. Con eso, basta por el momento. Parece uno de esos reclutas a quienes, a fuerza de cuerpo a tierra y carrera march, se les arranca hasta la última célula de civil que traían consigo, y se

les hace entender que ya no tienen voluntad propia, que son como una cosa. Menos que una cosa. Una mierda.

Él no es un recluta; mucho menos, un soldado. Aunque ellos se dicen soldados; quizás, hasta creen que son soldados. Quieren que se los considere como si fueran soldados. Me han contado que algunos, al principio, hasta exigen que se los trate según los términos de la Convención de Ginebra. Exigen... al principio, cuando recién los detienen. Después, casi enseguida, entienden. Y es entonces cuando algunos empiezan a hablar. Con otros, las cosas son más complicadas: son más duros, más tercos o más ignorantes. A lo mejor, algunos no hablan porque verdaderamente no tienen nada que decir. Esos son los más desgraciados. Los otros, lo que sufren, lo sufren por algo; en cambio, los inocentes...

A veces me pregunto cómo procedería si de pronto supiera, o *sintiera* que por algún motivo es inútil seguir preguntando; por ejemplo, porque el tipo a quien estoy interrogando no tiene nada que ver. Daría parte a mi superior, y en teoría, habría que liberar al preso de inmediato. Pero no es tan sencillo soltar a un tipo que ya ha sido interrogado, a lo mejor un poco severamente, o si ha identificado a alguno de nosotros, o si tiene idea del lugar donde ha estado detenido. Todo esto es reservado. Top secret. No me parece que se pueda pedirle

disculpas por el mal rato pasado y dejarlo ir, con el riesgo de que después ande hablando por ahí, con periodistas y políticos, siempre dispuestos a atacarnos. No sé si los compañeros que están en esto desde hace más tiempo que yo se plantearán también estas cuestiones. Estamos en un trabajo duro, para el que se necesita tener estómago, pero todo sea por la paz, por la libertad, por la democracia. Por la forma de vida que desea para nuestro país la inmensa mayoría de nuestros compatriotas. Además, acabar con la subversión - como sintetiza el coronel nuestra misión - no tiene porqué significar necesariamente *matar* a todos los detenidos. Puede haber un inocente entre los sospechosos... Tal vez, entre los culpables, alguno puede recuperarse. En este país no estamos acostumbrados a la sangre. Ellos empezaron derramándola, y nos han empujado a esto, pero no vamos a darles el gusto de que nos vean convertidos en criminales. No somos nazis. Esa historia de la familia de moshes que hicieron destrozar por los perros, uno a uno, a pasos de aquí... No. Inventos de los diarios extranjeros. Los alemanes harían mejor en mirar un poco para atrás, en su propia historia. Aquí no hay racismo. Si no, que lo digan los bolitas, y los urugua, y los paraguas, que - haciéndose los tontos y tomándonos por tontos - nos invaden, y los dejamos estar aquí, donde viven mejor que en sus países de origen, y hasta los llamamos hermanos. Si lo que publicó ese diario de Hamburgo fue verdad,

algún motivo habría... O será que se les fue la mano a los muchachos. Es como en todo: cuando se empieza... Capaz que a ellos - los alemanes - les pasó lo mismo. No es fácil evitar los desbordes; mantenerse dentro de los límites. Además, siempre, en todas partes, hay algún degenerado. Estamos todos metidos en una tarea sucia, pero alguien tenía que hacerla. Hemos dado palabra de cumplirla, y una vez que se da la palabra, no es de hombres echarse atrás. - - - -

No es de hombres, o por lo menos no es de caballeros. Cuando conocí a Perlita, la hija de la señora Ruth, me pareció tan linda que le dije a la mamá que cuando fuera grande iba a casarme con ella. Pero ahora tengo una primita, Mariana, y mi abuela - ¿o fue mi tía Maruja? - dice que más bien tendría que casarme con mi prima, porque es *más como uno*. Ya no tengo ganas de casarme con Perlita, y he ido hasta la relojería del papá de Perlita para decírselo a la señora Ruth. Me parece que de verdad, con mi prima Mariana, todo va a ser más fácil. Entre la gente de la familia hay más *familiaridad*, que es una palabra un poco difícil pero que aquí me parece que viene bien; es como decir que hay más confianza. Si me caso con Mariana, nadie va a poder criticar y decir que no es lo bastante distinguida como para emparentarse con nosotros; si ya somos de la familia... Y si como me han dicho los chicos del colegio, para casarse con

alguien hay que desnudarse adelante de la otra persona con quien uno se casa, entonces no voy a tener tanta vergüenza de hacerlo delante de Mariana, porque el otro día, cuando vino a casa, se volcó encima el helado de frutilla, y la mamá la metió en la bañera cuando yo me estaba bañando, diciendo que no importaba que me viera desnudo, porque total éramos primos. Es un lío encontrar gente que pueda emparentarse con nosotros. Por eso, la tía Lía y la tía Mecha se han quedado solteras. La mamá de Perlita se ha enojado muchísimo, y me ha dicho que no soy un caballero; que estoy rompiendo una promesa, y le dejo a la nena sin novio; que en una de éstas se va a quedar soltera, como mis tías. En realidad, no sé si de verdad se enojó mucho, o si me estaba farreando, porque me parece que se reía un poco con los ojos. Al fin de cuentas, no tendría que estar muy enojada: todavía somos muy chicos, y falta un montón para que tengamos edad de casarnos. En cualquier momento, puede aparecer otro chico que le diga a Perlita que quiere casarse con ella, y todo queda arreglado, ¿no?

Cuando les conté a mis tías lo que había dicho de ellas la señora Ruth, me dijeron que no les importaba no tener novio, que no estaban apuradas para casarse porque a los veintiocho años todavía tienen mucho tiempo para decidirse. Tengo que preguntarle a mami cual de las dos tiene veintiocho años, porque

mellizas no son. En el cine, cuando fuimos con mi abuela - que como a mí, le gustan las películas nacionales, porque así uno no tiene el trabajo de leer los letreros abajo como cuando son norteamericanas - vi una película que se llamaba 'Soñar no cuesta nada', donde había unas mellizas que eran igualitas, y por eso todo el mundo las confundía. Pero mis tías no son mellizas, no se parecen en nada. En casa, ellas siempre dicen que son más chicas que mamá, pero a mí me parece que son más viejas. Mi abuelo dice que van a seguir siendo más chicas que mamá hasta que se consigan un gil que se case con ellas. No sé lo que es un gil, pero hay una adivinanza muy zonza que dice 'Pérez anda, gil camina, tonto es quien no adivina'. Es una idiotez. Hasta yo, que a veces no soy muy rápido para esas cosas, me di cuenta de que había que contestar: el perejil. Yo digo, ¿quién será ese Gil que tiene que venir a casarse con las dos...? ¿La gente se casa con más de una persona? Sí. Me parece que sí. O que no... No sé. Tengo que preguntar. Por ahora, el abuelo dice que mientras las tías no se casen, van a seguir siendo más chicas que mamá. Mamá dice que tiene quince años, pero si ellas tienen veintiocho... veintiocho es más que quince... Me hago un lío. Voy a tener que pedirle a mamá que me explique. Todavía no entiendo muy bien lo de los números, y a lo mejor estoy equivocado.

A las tías les pregunté si se podían casar dos mujeres, por ejemplo, ellas dos, una con la otra. Me dijeron que no. Que quién saldría a trabajar para mantener la casa. En mi familia, las mujeres no salen a trabajar, pero hay mujeres que salen a trabajar afuera de sus casas. La mujer que viene a lavar la ropa, y Eladia, que cocina... aunque Eladia duerme en casa, porque es sin retiro. En cambio, Sarita - la que limpia adentro - es con retiro, y no duerme en casa, y se va a su casa, que es un rancho horrible en el barrio de atrás del arroyo. Sí. Hay mujeres que salen de su casa para trabajar: mi profesora de piano, y las maestras de la escuela adonde voy a ir el año que viene. ¡Ah! Y las empleadas de la Grandes Tiendas, adonde tanto me gusta ir con mamá. Las empleadas me sientan arriba del mostrador, y me dejan oler los jabones y los perfumes, mientras mamá anda haciendo sus compras.

¿Y los hombres? ¿Podrán dos hombres casarse entre ellos? Ahí no habría el problema del trabajo que hay con las mujeres. Uno podría ir a trabajar, y el otro se quedaría en la casa con los chicos. Así los chicos verían siempre un papá. Al mío, yo no lo veo casi nunca. Cuando él llega del trabajo, casi siempre ya me han acostado. Esto de si se pueden casar dos hombres, no se lo he preguntado a mis tías. Y tampoco a mi papá. No sé porqué, me da como un poco de vergüenza. ¿Será porque tengo

miedo de que me diga de nuevo lo que me dice siempre, que hago preguntas idiotas, como si fuera un retardado?

- - -

Está dormido. O atontado. Después de haber pasado cuatro o cinco días con la cabeza metida en esa capucha, es lógico que la luz le moleste. Está asustado. Tiene que estar asustado. Al primer golpe de vista, me pareció una pendejita, con ese pelito largo, y sin barba ni pelos en el pecho. Es un chiquilín. Ni siquiera ha estado nunca con una mujer. En eso, no miente. ¿Para qué iba a mentir? Yo no soy su confesor. Las cosas que haga un tipo con su pito, me tienen sin cuidado. El otro día, oí que uno pedía 'perdon, perdón', y oí que el mayor le decía 'No soy Dios para perdonar a nadie'. Me gustó la contestación. Si alguna vez alguno me pide perdón, yo también voy a contestar así.

Con el pendejito éste, todavía somos amigos: el interrogatorio no ha comenzado. No estoy faltando a mi deber. La demora, la expectativa, también sirven para el ablande.

A veces me pregunto si es correcto que un oficial del Ejército se preste para un trabajo de esta naturaleza, que es más bien cosa de policía. Ellos están más acostumbrados a tratar con la escoria. Es su oficio, limpiar la sociedad de basura; pero nosotros... El ejército... Parece como si uno se

contaminara metiéndose en esto. Tal vez, en otro momento me hubiera negado, pero el coronel me tocó en el momento justo. Y eso que él no sabía nada. ¡Qué iba a saber! ¡Qué se iba a imaginar que tiene una sobrina puta y depravada, y que el boludo de su sobrino estaba enterándose en ese momento - y estaba confirmando en ese momento - algo que desde mucho tiempo antes sospechaba...

Pero a lo mejor, en realidad eso no tuvo nada que ver. Se acepta por disciplina; por sentido del deber, porque no se puede aparecer ante los ojos de un superior como un cobarde maricón. Las circunstancias personales no influyeron para nada, aunque... Ellos saben. Estudian para conocer a la gente. Saben como es uno, como se siente en un momento determinado. El coronel sabía que yo necesitaba sacudirme la abulia, liberar mi energía... Sentirme útil. Contribuir de algún modo para que el equilibrio alterado, el or-densub-ver-tido, recobrasesu-nor-ma-lidad.

El curso de capacitación - breve, intenso, exigido - pasó como un sueño. Mientras tanto, seguí - sigo - con Mariana. No se puede hacer otra cosa. No se debe escandalizar. No se puede mancillar la dignidad de la institución por la inconducta de uno de sus miembros. Sigo. Me callo. Aquí, en este lugar, puedo por lo menos hacer algo, aunque más no sea REVERNTARALGUNODESTOS

HIJOS DE PUTA, que habrá andado poniendo bombas y matando gente inocente. Como vos, putito... Como vos, hijo de puta.

No. ¡Qué ibas a andar poniendo bombas vos, si sos un nenito de mamá...! Lo chuparon nada más que porque encontraron su nombre en una agenda que estaba tirada en una casa que allanaron. Podés estar tranquilo. Hasta el coronel piensa que no tenés mucho que ver. Y el coronel sabe. Me dijo: -Para su debut, le doy un asunto fácil. Casi seguramente no hay nada, pero no podemos descartar ninguna posibilidad, pasar nada por alto. Lo apura un poco, y si las respuestas son más o menos aceptables, lo dejamos ir.

Tuviste suerte, pibe. Si caes en otras manos, quién sabe que salvajada te hacen... Estás bajo mi responsabilidad. Tengo que cuidarte. Evitar que te traten demasiado mal inútilmente. Me hacés acordar un poco a un amigo mío. Claro, cuando él y yo éramos más jóvenes, cuando teníamos la edad que vos tenés ahora. Si sos una criatura... ¿No te digo que el coronel hasta estaba pensando en largarte? Quedáte tranquilo. Todos estamos dispuestos a ayudarte. Yo, el primero. Tengo muy en claro que debo ser... que SOY un instrumento del Orden y de la Justicia.

- - -

Desde que era chico, me gustaban los vigilantes. Y más todavía, Superman, y Batman y Robin, y Bonzo, el Hombre de

Hierro, que peleaban por las buenas causas, y eran fuertes, con esos físicos que parecía se pasaban la vida haciendo gimnasia o levantando pesas. En el mundo de las historietas, casi no había mujeres. Estaba Carmen, la novia de Flash Gordon, que sólo servía para que él, Flash, tuviera que ir a rescatarla cada vez que ella se ponía en peligro, casi siempre por su propia estupidez. Me habría gustado ser como Flash Gordon, pero mi mundo, con mamá, mis abuelas, las tías, la señora Ruth, y Perlita, y Mariana, y las vendedoras de las Grandes Tiendas era muy distinto del suyo. A lo sumo, pensaba, podría llegar a ser policía, como el novio de Tránsito, mi niñera. El uniforme de policía no me gusta tanto como el de Flash Gordon, pero podría ser un substituto más o menos aceptable... En todo caso, es mucho más posible llegar a ser policía que héroe de historieta.

Cuando fui más grande, empezamos a venir a la capital para las vacaciones. Me llevaron varias veces a ver los desfiles militares y los cambios de guardia en la Casa de Gobierno. Descubrí entonces que los uniformes de los hombres del ejército eran mucho más lindos y vistosos que los de los policías. En esa época, en casa de mi otra abuela, conocí a un tío abuelo cura - que después llegó a ser obispo - y un tío segundo - que también era tío de Mariana - y que hoy es mi coronel.

Nunca entendí porqué algunas veces mi papá, cuando hablaba de mí, decía: - Este chico seguramente va a ser obispo -. Mi mamá, en cambio, decía que yo era muy inteligente y tenía que llegar a ser Presidente de la República. Cuando ella decía eso, mi papá siempre se reía - aunque a mí me parece que no estaba contento - y le contestaba :- Hací que siga la carrera militar. En este país, como en todo país latinoamericano - el último grado del escalafón de los militares es el Sillón Presidencial.

A mi, llegar ser Presidente de la República, no me interesaba para nada. A lo mejor, para hacer echar abajo todos esos ranchos y casas viejas que afeaban el pueblo, pero por lo demás... Claro que entre ser militar y ser obispo... ¿Para qué quería yo andar disfrazado con esas polleras que ni siquiera dejan saber si son hombres o si son mujeres, como dice mi papá? Los pocos obispos que conocí - mi tío abuelo, que alguna vez apareció por el pueblo para tomar chocolate con mamá y con las tías; el que nos confirmó, a mis hermanas y a mí - eran viejos y tenían olor a humedad y a naftalina. Era mejor ser militar. Podría ponerme un lindo uniforme y algún día - aunque ya en ese tiempo me daba cuenta de que la realidad poco o nada tiene que ver con las historietas - podría llegar a convertirme en un Invencible Justiciero, parecido a Flash Gordon o a Batman, aunque no fuera exactamente como ellos.

- - -

¿Tenés miedo? ¿Me tenés miedo? Si todavía no te hice nada. Todavía no le he hecho nada a nadie. Es la primera vez. Vos sos *mi primera vez*. Me siento, más o menos como la primera vez que me llevaron a coger con una mina. Parece miedo, pero no es miedo. Es como... quizás... una especie de inseguridad, porque tenés que hacer algo que nunca has hecho antes, y tenés que hacerlo bien. Tengo las botas recién lustradas por el asistente; puedo encender un cigarrillo, sentarme, mirarte, mandarme a mudar de este sótano en donde - OR-de-NÉ - nos dejarán solos por una hora.

Vos estás casi en pelotas, atado como un salame, esposado boca abajo en esa camilla por la que pasaron tantos. Como vos ahora, habrán querido irse y no pudieron irse. Estamos en posiciones muy distintas, pero creo que experimentamos sensaciones semejantes. No. No es eso lo que pienso. Las sensaciones que experimento tienen que ver con vos, y las que vos experimentás tienen que ver conmigo. Tal vez unas y otras no son demasiado parecidas, pero nos relacionan.

Esto es como un juego. Como en el fútbol, los lugares se asignan según las habilidades de cada uno. A lo mejor te gustaría ser centreforward, pero el que manda piensa que estarías mejor en el arco, y tenés que estar en el arco. Cada

uno tiene que conformarse con lo que le toca. A veces, la vida te compensa: te da, de otra manera, quizás un poco tarde, lo que pensaste no ibas a ligar nunca. Ahora tengo mi lindo uniforme de soldado, y hago de Policía, de Justiciero, que seguramente fue siempre mi verdadera vocación. Un policía y un militar no son la misma cosa, aunque los dos vistan uniforme. Los policías se corrompen, hacen la vista gorda ante barbaridades que pasan debajo de sus mismas narices. Se codean con fulleros, con tratantes de blancas, con mafiosos... La primera vez que me encamé con un mina, fue con la mujer de un policía: la hacía trabajar de puta. Sólo con la gente de mucha confianza, con los amigos, para que la cosa no trascendiera. Yo no lo conocía, pero Jacinto era amigo de él.

Los militares somos diferentes. Sabemos qué es el honor. Los próceres - muchos de ellos - murieron gloriosamente, algunos, hasta en el campo de batalla, pero eso es como en un juego de naipes; se te da o no se te da. Hay que tener la oportunidad de una jugada brillante en el último momento de la vida. Si el destino no te la concede... Bueno, a veces tenés la posibilidad de inventártela. Tampoco es fácil vivir con gloria en este podrido mundo, comprometiéndonos en situaciones que nos superan; asumiendo responsabilidades que no comprendemos, que no podemos manejar... - De carne somos - decía mi tío abuelo el

obispo, entre taza y taza de chocolate. Recién ahora - creo - estoy empezado a entender lo que quería decir el viejo zorro.

No me gustan las putas. Sé que para algunos puede resultar excitante usar la vagina por la que han pasado un montón de pitos ajenos. Me lo explico Jacinto. Es una especie de transferencia, más o menos semejante a la que experimentan quienes espían lo que otros están haciendo en la cama, como hacíamos nosotros aquella primera vez, en la casa del policía. Es una manera de excitarse, de gozar doblemente, como si uno fuera dos personas al mismo tiempo. Jacinto sabe un montón de estas cosas.

¿Qué me estás mirando, putito? Me estás mirando. Nos estamos mirando, y me sostenés la mirada. Parece cuando me miro a mí mismo, en el espejo. ¿Te gustaría saber en qué estoy pensando? Casi diría que te admiro. Hay que ser valiente; hay que tener cojones para - estando como estás - mirarme así, como desafiándome. Hay que tener cojones.

-¿Tenés cojones? A ver... Sí; tenés cojones. ¿Te duelen si te los aprieto un poquito...? Vamos. No pueden doler tanto. Si no estoy apretando casi nada. Apenas un poquito más que como me gusta me los aprieten las minas cuando estamos en la cama... Pero es cierto que vos no sabés nada de cama, ni de mujeres, ni de terrorismo, ni de represión. Sos un angelito puro. Habrá que

enseñarte. ¿Te gustaría tener una mina para vos? Puedo hacer que te traigan una. O varias, para que elijas. O para que te las hagas a todas, si te da el cuero. Hay unas cuantas encerradas aquí, como estás encerrado vos. Podrías hacer con ellas lo que te diera la gana. Ellas no van a tener muchas ocasiones de andar contando por ahí lo que vos les harías, si yo te diera permiso, si yo te dejara...

Algunas están embarazadas, y de esas, muchas ni siquiera saben quien es el padre del crío que llevan adentro. No se los hicimos nosotros, a todas. Puede ser que haya por ahí alguna a la que los muchachos, jodiendo, pero - en general - no saben quién es el padre, porque no les importaba con quien cogían. Todas eran de todos. Lo explicó el coronel: en esos grupos, las mujeres se comparten. Parece que eso crea ciertos vínculos, ciertos compromisos. Son como animales. Me hacen pensar en las jaurías que andan por los campos, cada vez más grandes y más mestizas, a medida que las hembras van pariendo, servidas una y otra vez por cualquiera de los machos, a lo mejor hasta por alguno de sus propios cachorros.

El coronel nos decía que eso no es de cristianos; que es una demostración de que son anormales, pero a mí la cosa no me parece tan grave. Siempre había oído que si hay un tercero mirando, no lo podés hacer bien, y sin embargo, con Jacinto, nos

mandábamos cada encamada, cuando él conseguía alguna mina que aceptaba ir a la cama con los dos al mismo tiempo. Yo digo que con esa gente sería más o menos lo mismo. Y Jacinto decía que así se sellaba una amistad; que era una especie de rito aceptado y practicado por no sé qué pueblo antiguo. No los judíos, claro, porque éstos eran diferentes. Siempre fueron y siguen siendo diferentes. A ellos les debemos muchos de nuestros males, aunque ahora no me acuerdo bien cuáles. Jacinto sabe muchas cosas; tengo que reconocer que es casi un intelectual, aunque a mí esa palabra no me gusta. No sé quien decía que cuando la oía, se llevaba la mano a la cartuchera.

¿Serías capaz de hacerte a una mina mientras yo te miro? No. Seguramente, no. Para hacer esas cosas, hay que tener ganas y me parece que vos... ¿Será que no te gustan las mujeres? A lo mejor es eso. Sí, señor. Capaz que no te gustan las mujeres. A ver si nos resulta que el joven es una mariquita degenerada. A lo mejor, no más. Con esa carita tan linda, que parece una nena.

En mi pueblo había uno como vos, uno al que no le gustaban las mujeres. Un putito. También era cadete, pero en una farmacia. Una vez, uno de los muchachos le hizo creer que quería estar con él, y se fueron a una casa abandonada. Ahí los esperaban los demás. Le dieron una paliza al putito que casi lo matan. En realidad, yo no le tenía bronca. Más bien, un poco de

lástima, y más todavía, después, cuando supe lo que le habían hecho. Yo no fui, aunque me invitaron. No fui, y si hubiera ido, no habría hecho ninguna de las salvajadas que le hicieron. Decían que hasta le metieron una botella en el culo, pero yo, eso, no sé si es cierto, porque no me quedé a ver. Sé que estuvo unos cuantos días en el hospital, pero no se investigó mucho porque ¿quién se iba a comprometer saliendo a defender a una marica casi proletaria, como dijo Jacinto? Los muchachos que estuvieron en la joda eran todos de familia, gente bien, que hicieron lo que hicieron sin pensarlo mucho, sin premeditación, casi jugando. Además, el puto no habló, yo digo que por miedo a que se la dieran de nuevo, aunque no sé quien me dijo que él pensaba que el que lo había llevado a la casa lo quería de veras, y no había tenido nada que ver con lo que pasó después, y que por eso, para no comprometerlo, era que él se callaba.

¡Qué cosa, no! ¡Que lealtad, en un tipo así...! La gente siempre te da sorpresas.

En realidad, si voy a ser sincero, creo que no me importó tanto el saber que Mariana me había hecho los cuernos. Ni siquiera estoy seguro de que me tomara de sorpresa cuando me lo dijo. Cuando hubo que pedir la autorización reglamentaria para casarnos, el Ejército no hizo la menor objeción respecto de su persona. Sin embargo, en ese momento, yo ya empezaba a sentir

que era preferible que no nos casáramos. Pero: ¿quién se lo dice a la familia, a los amigos, a los superiores - de los cuales, algunos también son parientes - cuando todo el mundo está esperando que por fin se concrete en sagrado matrimonio ese noviazgo que - como un juego - empezó en la infancia?

Cuando Mariana llegó a ser una jovencita - yo ya estaba en el Colegio, y ya se podía empezar a tomar un poco más en serio aquello del noviazgo - noté en ella formas de pensar, o de obrar, que me parecieron no eran las adecuadas en quien tendría que ser un día la mujer de un militar. No puedo citar hechos concretos. Era su manera de reírse, y los secreteos con las amigas; el amor por las novelas, y por el cine, y por el baile, y por la música... A veces, hasta llegué a pensar que hubiera sido más lógico que fuera novia de Jacinto, que también era primo de Mariana, pero por la otra rama, porque a él le gustaban, entendía más de esas cosas. Me chocaba el que ella me concediera - quizás demasiado fácilmente - algún beso; que se dejase apretar por mí cuando bailábamos, sin resitir siquiera un poco, por pudor, por delicadeza, por guardar las apariencias, como quien dice. Tuve la debilidad de aceptar que tal vez fuera yo quien estaba desubicado; siempre estuve dispuesto a escuchar sugerencias u opiniones en materia de hembras y de sexo - que al

final resulta son la misma cosa - porque sabía que siempre había sido medio pavo en esos asuntos.

Recién a las doce años, cuando encontré en la mesa de luz de mi padre un libro ilustrado que se llamaba 'El amor conyugal', me enteré de cómo se hacían los chicos. Me sorprendió y me chocó un poco. No es que hasta ese momento yo hubiera creído en cigüeñas y repollos, pero no me había imaginado que las cosas eran así. Hubo detalles que ni aun después de la fugaz y clandestina lectura del libro se me aclararon, especialmente los que tenían que ver con la participación de la mujer. Pude - sin demasiado esfuerzo - representarme a mi padre en la actitud potente, agresiva, dominadora, semejante a la del discóbolo, a la del fauno o a la de los gladiadores que en pequeñas réplicas de mármol blanco había traído mi abuelo de su viaje por Europa; personajes a quienes relacionaba - quizás incoherentemente - con mis viejos amigos, Batman, Robin, Flash Gordon, que nunca merecieron el honor - que sí les cupo a estos hermosos recién llegados - de alojarse en la vitrina dorada de la sala de mi abuela, frente a la cual pasé muchas veces, deteniéndome largos minutos para contemplarlos, mientras trataba de desentrañar su misterio, el enigma del cual nadie me había hablado.

En cambio, nunca logré imaginarme a mi madre - que pasaba horas al piano, tocando vales de Chopin, o que reprendía,

severa, superior y lejana, a las muchachas de servicio cuando se entretenían con los novios en el zaguán - nunca pude imaginarla haciendo, o permitiendo que mi padre hiciera con ella alguno de esos actos que según el libro son necesarios para que un nene se forme en la panza de una mujer. Me parecía que el sexo - con aquella innegable implicancia de violencia que sugerían aquellos textos y aquellas fotos - el dominio físico de un ser sobre otro; la efusión de sangre - debían ser una actividad exclusivamente masculina, como el fútbol, el rugby o las peleas a trompadas o cuerpo a cuerpo que se armaban casi todos los días en los recreos o a la salida de la escuela.

Las mujeres protestan si uno vuelve de la cancha sucio o con la ropa desgarrada; no entienden que se pueda estar feliz con el tabique de la nariz roto por el puñetazo que te dio uno a quien no por eso vas a dejar de considerar tu amigo. Ellas no entienden de rugby, ni de fútbol ni de peleas a la salida de la escuela, ni de sexo. Posiblemente se prestan a eso para cumplir con 'la obligación de perpetuar la especie', como decía la maestra de quinto grado en la clase de Ciencias Naturales. Mientras la mujer duerme, el hombre ha de aprovechar de ese sueño para realizar en ella todos esos actos que yo nunca me atrevería a realizar en Mi/Mujer, cuando me case, si ella estuviese despierta, y conciente, viéndome, observándome... Son

actos sucios, torpes, groseros, muy diferentes de las actitudes que mamá, la abuela y las tías decían un caballero bien educado debe asumir ante una mujer.

Primero supe, solo, que el sexo también podía ser fuente de placer. Después, cuando me hice amigo de Jacinto, él me enseñó que también hay mujeres que gozan con el sexo. Conocí a varias. No eran como la mujer del policía, que se dejaba hacer por plata, y ponía cara de aburrida cuando uno estaba con ella. Tampoco se parecían a mamá, o a Mariana, o a las tías, aunque algunas eran de familias tan buenas como la nuestra. Algunas, hasta eran medio parientes de nosotros. Jacinto dice que son *ninfómanas*. Es una manera fina, casi científica de llamar a las que cualquier otro llamaría calentonas. Esas minas no tenían ningún tipo de problema. Hacían cualquier cosa. Estaban siempre dispuestas para todo. Generalmente - siempre - las conseguía Jacinto, que siempre ha tenido más relaciones, y es más vivo que yo para arreglar esas cosas.

Cuando alguna vez me confesaba - es difícil abandonar los hábitos que le han creado a uno en la infancia - el cura me decía que esos juegos que inventaba Jacinto - las camas redondas y todo lo demás - eran pecados mucho más graves que los que podía cometer a solas, o a solas con sólo otra persona. Quizás habrá sido por eso, a fuerza de oírsele decir al cura, que

después empezó a hinchar también con lo de la pureza y la santidad del matrimonio, que en los últimos meses traté de no salir tanto con Jacinto, y hasta rechacé una propuesta suya de asociarnos e irnos a trabajar a los Estados Unidos. El cura hizo lo suyo, y tal vez también la idea de que tendría que dejar el Ejército, pero quizás sobre todo el hecho de que ya se estaba hablando bastante en serio de nuestro casamiento... Sí; creo que cuando Jacinto me habló de ese negocio, hasta teníamos fijada la fecha... Todo eso contribuyó para que yo no aceptara aquella posibilidad. Y por eso, putito, estoy hoy ahora aquí, con vos...

¿Te calienta que te hable de mi matrimonio? ¿De la noche de bodas? Son temas que excitan las mentes de los pelotuditos de tu edad. Seguramente, habrás pensado más de una vez cómo será una noche de bodas...¿Qué sentirá una mujer cuando la desvirgan...? ¿Cómo tiene que actuar un tipo que se va a acostar por primera vez con una mina que - se supone - es la primera vez que se va a acostar con un tipo? Todo el mundo dice que hay que actuar con mucha delicadeza, para que ella no se asuste, para que no sufra demasiado. ¿Ves como es cierto lo que pensábamos hace un rato? Una noche de bodas y esto en lo que estamos nosotros, vos y yo, se parecen bastante. Las dos situaciones son una primera/vez.

No fue fácil. Las primeras veces, las cosas nunca son fáciles. Mirá con vos: doy vueltas y vueltas. Pienso cosas,

pienso decirte cosas, y no termino de decidirme. Tengo la cabeza llena... La otra vez, todo anduvo bastante bien: la iglesia, con sus luces y sus flores; el cura, que no habló demasiado; los compañeros que desenvainaron sus sables y los cruzaron para formar esa galería por donde Mariana y yo llegamos a la fiesta. Cuando nos dejaron solos, en la pieza del hotel, yo estaba excitado y un poco nervioso, pero totalmetne lúcido: recordaba que debía ser a la vez enérgico y sutil; fuerte, pero delicado. Tenía que vigilar que ella no se sintiera incómoda.

Pero Mariana no estaba incómoda. Al contrario, parecía contenta. Empezó a desvestirse, casi diría que feliz. Y eso aumentó mi malestar. No era lo que yo esperaba de ella. Se lo dije y se rió - Estoy contenta de estar con vos - me dijo, y vino a abrazarme.

No sé qué me pasaba. Nunca antes me había sucedido. No era que no tuviese ganas de acostarme con ella. Si no la hubiera considerado deseable, no me habría casado. Tal vez fuera verdad aquello que alguien - quizás el cura - me había dicho una vez; que cuando uno se acostumbra a cierta clase de mujeres, a cierta forma de vivir el sexo, le cuesta mucho adaptarse a prácticas más comunes, más convencionales. Me pareció que ella se impacientaba; quizás hayan sido sólo imaginaciones mías...Los segundos no transcurrían; eran eternos. Me daba cuenta de que

todo esto era bastante diferente de lo que estábamos acostumbrados a hacer con Jacinto, y no sé por qué ni de qué manera, quizás para explicar mis vacilaciones, para justificarme con ella, recuerdo que dije algo acerca de él.

Fue un momento confuso. Es como si me faltaran pedacitos de la memoria. La recuerdo, la veo, gritándome, pero no la oigo. Quizás porque en realidad, ella no gritaba; más bien me parece que me lo decía entre dientes: - Yo lo sabía. Todos me lo decían. Son una pareja de maricones que no saben hacer nada si no lo hacen juntos.

No sé cómo se atrevió a decir eso. Si hay dos tipos que nada tienen de maricones, éstos somos Jacinto y yo. Tuve ganas de pegarle, por él y por mí. Y lo hubiera hecho, a pesar de todas las enseñanzas de mi abuela y de las tías acerca de cómo debe comportarse un hombre con una mujer, pero ella seguía hablando. Me decía que aunque fuera cierto que ni a él ni a mí nos gustaban de veras las mujeres, él era mejor que yo, porque por lo menos nunca había hablado de casarse, y cuando había estado con ella - porque ella había estado coqueteándole, provocándolo, para ver si era verdad lo que sospechaba - él pudo hacer lo que yo no podía hacer en ese momento.

No sé si era verdad lo que dijo, pero fue una suerte que me lo dijera. En medio de la sorpresa y de la bronca, sentí de

pronto que *podía*. Ahora tenía ganas de tenerla, de hacerle sentir que yo no era un maricón. Quería que pudiera comparar - como hacían nuestras viejas amigas *ninfómanas* - cuál de los dos lo hacía mejor; cuál de los dos le gustaba más.

Creo que hasta conseguí que gozara, pero eso no me importaba mucho. Aunque Jacinto estaba lejos - se había ido a Estados Unidos unas semanas antes - fue como si estuviera con nosotros. Lo tuve conmigo toda la noche de mi casamiento... Y es como si estuviera conmigo cada vez que me monto encima de ella. Es una compensación. Yo podría estar ahora en los Estados Unidos, con Jacinto, pero para eso tendría que haber dejado el Ejército, suspender mi casamiento, faltar a la palabra empeñada. Ella parece que no se da cuenta de que la detesto. Me es útil, pero no entiende de qué manera, para qué la utilizo; ella todavía no ha comprendido que el sexo no es cosa de mujeres.

En fin: cada uno tiene que conformarse con lo que le toca, ¿no?

Y a vos.. ¿qué es lo que te toca? Estarte ahí, entre adormecido y despierto, esperando. Tendríamos que empezar, pero hay que tener cuidado. La primera vez, no es fácil. Hay que proceder con delicadeza, hasta con ternura. Sos jovencito, y lindo. A muchas pibas, seguramente, les encantaría encamarse con vos, pero es cierto... Me dijiste que nunca te encamaste con

ninguna. Bueno, podrían bailar, charlar, hablar de política y de cultura, ésas cosas de las que entienden, esas cosas que les resultan tan interesantes a la gente como ustedes... ¿Tenés frío? Habrá que abrigarte un poco. No tengo con que cubrirte. Cubrirte... ¿Sabés a qué le dicen *cubrir* en el campo? ¿No lo adivinás? El toro cubre a la vaca, y el caballo a la yegua... Y el toro, a veces, cuando está muy caliente, cubre a algún novillo distraído... ¿No te gustaría que yo te cubriera? No te resistas. No te muevas tanto, porque es inútil. Ponemos la radio fuerte. Aquí se acostumbra, es bien sabido. Van a pensar que ya empecé a interrogarte. Y no te estoy interrogando. No me interesan tus respuestas. Ni al coronel le interesan tus respuestas. Está casi seguro de que no sabés nada. No vale la pena que hablés. Por eso, te pongo este pañuelito entre los dientes. No tenés necesidad de hablar... Con un gesto... Con una actitud... con un movimiento tuyo, me voy a dar cuenta de si te gusta o no te gusta... Te voy a conocer... Estoy dentro de vos... Conociéndote, como dice la Biblia... No te resistas. Ya sé que es tu primera vez. Por eso te cuesta. Para mí, con un machito, también es la primera vez... y no lo estoy haciendo tan mal, ¿no te parece? Lástima que no esté Jacinto para mostrarle que no lo hago tan mal... Y eso que para mí, de esta forma, con un machito, también es la primera vez...

- - -

Bueno. Ya está. Ya está. Te portaste bien. Justo como me había imaginado... La proporción justa; primero, resistencia, después, abandono, cuando te diste cuenta de que no podías impedirlo. ¿Te gustó? ¿Te gustaría que lo hiciéramos de nuevo? Creo que a mí me gustaría, pero me parece que no vamos a tener tiempo. En un ratito van a venir a buscarte. Voy a tener que informar que no dijiste nada, a pesar de que yo hice todo lo posible para hacerte hablar. A lo mejor, algún otro quiere seguir interrogándote. ¡Quién sabe en que manos te ponen...! Lindo pibe... Con esa melenita de pendeja, esa melenita que YO no deje que te cortaran. ¿Vos crees que a los reclutas o a los presos se los rapa porque sí? Bueno, se dice - en principio - que es por higiene, para que no junten piojos, pero no es sólo por eso: también es parte de la técnica. ¿No te has fijado lo que parecen los rapados? Se ponen puro ojo, se les alarga la nariz; parecen más flacos y más débiles... Zombis... Si se vieran en un espejo, se asustarían de su aspecto, pero no hacen falta los espejos. El resultado se consigue lo mismo: viéndose unos a otros, pueden imaginarse lo horribles que están y empiezan a desmoronarse.

Yo fui bueno con vos. No dejé que te cortaran el pelo, para que no te convirtieras en un monigote antiestético. Sé que

algunos de los jefes se han calentado con las borregas a quienes tuvieron que interrogar. Algunas, ahora están trabajando con nosotros. A otras, las han sacado de este quilombo, y hasta les han puesto departamento. ¡Lástima que no seas una piba! Así, todo habría sido más fácil.

¿Te gustaría que yo te pusiera un departamento? Lamentablemente, no puedo hacerlo. Eso lo hacen los oficiales superiores, los que tienen sueldos que les permiten darse esos lujos. Siempre fue así. Mi tío, el coronel, desde hace años tiene una querida, y le paga el departamento. Yo la conocí. Es mucho más linda y más joven que la mujer verdadera. Una noche, me invitaron a jugar al póker con ellos en el bulín.

Nosotros no podemos hacerlo. A un oficial joven - aún con los cuatro mangos de plus que pueden tirarte por algún trabajito extra - apenas le alcanza para vivir. Imaginate: de recién casado, hay que poner la casa; prepararse para cuando vengan los pibes... Porque vamos a tener pibes: tres. No vaya a pensar la gente que uno es impotente. Vos podés dar fe de que no es así. Lástima que no pueda conservarte. A ratos, te parecés a Jacinto, cuando era más joven. Lástima que ahora no me queda otra salida que jugar al submarino con vos. No puedo arriesgarme. Suponete que de veras dejan que te vayas. Suponete que un día u otro, porque sí, se te da por acordarte de lo que hace un ratito te

hizo tu teniente primero. Yo no lo veo tan mal. Muchos lo hacen. Sería explicable. Pudo hasta ser un medio para forzar una confesión. Aunque vos y yo sabemos que no es así, hay gente que piensa que en estas jodas es lo mismo que jugués un papel u otro; meten a todos en el mismo paquete... Y yo no puedo permitir que haya algún mal entendido. Por mis superiores, por las Instituciones. Por mi mujer y por el matrimonio, que aunque no es lo mismo que el Ejército, es también una Institución. Imaginate que un día mi mujer lo supiera, con toda la mierda que ya se revolvió con el asunto de Jacinto. Tengo que tener tres pibes con ella, y todavía tengo que hacérselos. Tengo que hacérselos, si ella me deja...

Cuando en el curso nos explicaron lo del submarino, me pareció una huevada: meterle la cara a un pobre cristo en una palangana con un poco de agua, ¿qué le va a hacer? Un poco de tos, un pequeño ahogo, como cuando uno - nadando - traga agua sin querer. Pero parece que es efectivo; me contaron que algunos se quebraron totalmente; denunciaron hasta a la madre, con tal de que no les volvieran a hundir la cabeza. Parece mentira, pero dicen que con el submarino se quedan más que con la electricidad. El coronel siempre dice que hay que tener cuidado, pero sabe que a veces hay accidentes. Es difícil ponerse límites, cuando el trabajo se hace con pasión, como debe ser.

Además, si uno de los jefes dijo que si se consigue una confesión; si se atrapa un pez gordo, no importaba liquidar a noventa y nueve perejiles. Él también los llamó perejiles. 'Pérez anda, gil camina...' De ahí viene que me hace gracia lo que dijo el coronel. Es así, como dice él: no se puede andar con tantas contemplaciones. Ellos lo saben, y lo tienen en cuenta. Por eso, en general, no hacen demasiados problemas cuando se produce algún accidente. El coronel es comprensivo. Sabe que si a alguien se le va la mano con alguno, tiene que respaldarlo. Para eso somos sus subordinados. Yo, con vos, hice lo que pude. Si en un momento me excedí... Bueno, vos - con tu actitud - me llevaste a eso.

 Aquí está el balde. Un balde, una palangana. Vamos a jugar al submarino, chiquito. No te resistas. No te va a gustar tanto como lo de hace un rato, pero ¿qué vamos a hacer? Prontito, prontito, que no nos queda mucho tiempo... Antes de que vuelvan los muchachos...)

EL CACIQUE

- No es casual que hayas estacionado aquí - dijo - Hace cuatrocientos años yo reinaba sobre todo lo que ves, y éste fue, precisamente, el lugar de mi otra muerte. Podría dejar que siguieras viviendo cómodamente ciego, como vive tranquila y cómoda la mayoría de la gente, pero a veces me vencen la lucidez y esta manía de ser honesto conmigo mismo, y hasta con los demás, cuando los demás me lo permiten.

Me ofreció un cigarrillo, que rechacé con una frasecita tonta y ajena que alguna vez me pareció ingeniosa - 'vicios chicos, no' - y creí ver, a la luz temblorosa del encendedor, que en su cara se helaba una sonrisa, no sé si amarga o sobradora.

Nos conocimos en el Nacional, pero no éramos amigos. Nos habíamos encontrado una hora antes, a la salida del cine, y compartíamos el tedio de un sábado a la noche en el pueblo que había sido nuestro y que ya empezaba a parecernos extraño. Yo estudiaba derecho en La Plata; él, ingeniería en Buenos Aires. No nos habíamos visto en los dos o tres últimos años. Tomamos café en el bar del Club Social; dimos vueltas en el auto de mi padre, buscando inútilmente una aventura que nos permitiera desahogarnos de algunas semanas de abstinencia en esta ciudad chata, donde la única alternativa fuera de la profesional con la

que años atrás habíamos debutado (como lo habían hecho los muchachos de varias generaciones, y que hoy - coincidimos - estaría más bien para la jubilación), sería un par de negritas de barrio, que se hubiera acercado al centro con intenciones análogas a las nuestras. Pero ese sábado las calles estaban vacías. Habíamos dado ya varias vueltas, y los temas de conversación parecían agotarse, cuando Enrique casi me ordenó: -Llévame al camino. Quiero ver la noche.

'El cacique' es un montecito medio salvaje de plátanos e higuerillas, adonde la gente del pueblo suele ir los fines de semana a hacer asados, a siete u ocho kilómetros del paso a nivel por donde ya no pasan trenes. Allí me detuve; en ese momento, Enrique me preguntaba si había leído a Proust. Le dije que no, y empezó a divagar.

- Hasta mucho después de la época de la colonia; casi hasta que los gringos nos invadieron con sus chacras, este lugar era conocido como 'el lugar donde murió el cacique' - me informó. La pereza de la memoria, el afán pudoroso de borrar hechos tristes, que algunos podrían considerar vergonzosos o desagradables, quizás simplemente la apatía o la indiferencia por tesoros cuya riqueza no todos valoran, abreviaron el nombre, preservado sólo en parte por el capricho folklorizante de algún burócrata de Vialidad, que es - creo - la repartición que actualmente debería

velar por la conservación de este pequeño reservorio botánico e histórico. Hubo realmente un cacique que murió aquí. Conozco la historia, porque yo fuí ese cacique.

(Vi en el cielo un punto luminoso que se desplazaba. Me habían contado que a eso de los dos de la mañana, las noches despejadas, desde el decampado, se podía ver el paso del satélite artificial, una novedad en aquellos años. Estuve a punto de señalárselo, pero creí adivinar tras el tono - frívolo o ampuloso - una dolorosa ansiedad por trasmitirme algo; callé, y el siguió hablando).

- Yo era el Hijo del Jefe, y entre mis prerrogativas se contaba elegir entre los hombres o las mujeres de la tribu, quien debía ser mi Compañero, transitorio o definitivo, mi modelo o mi espejo, casi mi otro yo. Las costumbres eran bastante libres, y aunque se estilaba la monogamia, no eran mal vistas las amistades sentimentales de dos chicas, o de dos muchachos. O que el Jefe o alguno de los de su sangre se dignase honrar a alguna de las parejas de la chusma tomando alguna vez a alguno de sus miembros. Yo prefería conservarme casto, porque creíamos que la castidad nos hacía invulnerables al veneno y a la flecha. Era ambicioso, y más que los placeres de la carne, anhelaba la voluptuosidad del Poder. Soñaba con que algún día llegaría a ser el Jefe, no de una diminuta tribu o de un

miserable pueblo nómade como era el nuestro, sino el Príncipe de un Gran Imperio que reuniría bajo mi férula a todos los hombres y mujeres de nuestro continente.

- Había cumplido recién mis veinte años, y el mundo que conocía parecía estar hecho a la justa medida de mis ambiciones, cuando nos llegaron noticias de que unos hombres nuevos, de tez pálida y extrañas vestiduras, se habían asentado a orillas del río que llamábamos Puma, porque sus aguas tienen el color del animal que según una antigua leyenda parió el río en medio de una espantosa tormenta en el principio de los tiempos; que desde allí, esos hombres enviaban expediciones aguas arriba, expediciones que mancillaban nuestra tierra con fuertes y factorías, para hacerse dueños de ellas; que tenían armas poderosas y desconocidas, que con gran ruido y humo mataban a aquellos de los nuestros que se atrevían a hacerles frente y desafiarlos.
- Mi padre estaba viejo y casi ciego, y si bien había delegado en ambiciosos aduladores muchas de sus facultades, se había reservado el monopolio de lo religioso y el diálogo con la Divinidad. En una ceremonia sangrienta - en la cual fueron sacrificados tres niños, tres doncellas y tres jóvenes guerreros - el Dios le reveló que nuestra raza se extinguiría en poco tiempo, y que los hombres de tez pálida serían los

artífices de nuestra destrucción. Mi padre me participó aquellas siniestas profecías, y me ordenó que me aprestara a reemplazarlo, ya que el Dios quería que él muriese allí, junto a un puñado de sus hombres, escogidos por su virtud y su bravura, que debían cubrir nuestra retirada. Me mandó que condujera a nuestra gente hacia las tierras frías, donde la pampa asciende en gigantescas escaleras hacia el cielo, para que allí - más cerca de nuestros dioses - implorásemos su protección y pudiésemos - tal vez - preservar alguno de nuestros tesoros.

Obedecí. Nadie hubiera soñado entre los nuestros desoir la voz de los mayores, aunque mi alma joven, todavía sedienta de grandeza, hubiese preferido la muerte gloriosa en el campo de batalla. Me despedí de mi padre, sabiendo que no volveríamos a vernos, y siguiendo el camino del sol, imagen de nuestro Dios, conduje a los míos hacia el poniente. Cuando llegamos a un valle donde los árboles nos regalaban sus frutos; el aire era dulce y el agua cristalina, mandé que nos detuviésemos. Y pedí a mi hermano menor - a quien tanto quería, y que se parecía a mí como una gota de sangre se parece a otra gota de sangre - que velara por nuestra gente, y que me esperara allí treinta noches, el doble de las que había durado nuestra marcha. Y le dije que si en ese lapso no tenía noticias de mi padre o de mí, se

considerara el nuevo Jefe, y dispusiese según se lo aconsejaban su instinto y su prudencia, si es que el Dios, ante las nuevas circunstancias, había perdido la Palabra o - veleidoso - había decidido callar. Lo abracé y partí, sin despedirme de nadie, ni aún de la mujer que entonces era mi esposa, cuyo vientre había empezado a redondearse, y durante varios días, desanduve el camino, rabiosamente solo.

En un cañadón encontré el cuerpo de mi padre y los de sus guerreros, despedazados por las alimañas, blanqueando los huesos que - más duros que la carne - se resistían a desaparecer. Grité. Un grito como para que a muchos días de distancia, mi hermano y el pueblo que sería suyo, pudieran oírme, y saber que habían perdido ya dos Jefes, y que la hora de mi hermano había llegado. Me asombró saber que ese grito - que era también mi despedida - lo arrancaba más que el dolor de ver a mi padre muerto y a nuestra raza en agonía, una angustia nueva, anhelosa e inefable. Bullía en mí una recién nacida voluntad de encontrarme con aquellos Hombres Nuevos - con uno de ellos, por lo menos - desafiar la llama que ese encuentro seguramente encendería, y ser destruido por ella, si ése era mi Destino.

Seguí mi marcha hacia el río que nunca había visto y que ya no podía estar lejos. Pasé - sin comprender su significado - junto a una docena de palos cruzados clavados en la tierra que

se veía recientemente removida, y mi corazón volvió a estremecerse de dolor y espanto, sin comprender qué provocaba en él esas terribles emociones. Al día siguiente, estaba aquí. Más allá de esos árboles que todavía vemos, divisé un caserío como los hijos de esta tierra no habrían levantado: era un poblado de los extranjeros.

Escondido en un pajonal, aceché sus movimientos. Los vi meterse en el arroyo, y acarrear agua; encender sus fuegos; discutir y cruzar esas largas varas de metal que hoy llamamos espadas. Al caer la tarde, recordé por última vez a mi hermano y a su gente, que estarían viendo esta misma puesta de sol muchas jornadas hacia el oeste, y volví a desear - hasta ahogarme casi con el fervor de ese deseo - el contacto, la comunicación con alguno de aquellos seres. -Nos miraremos a los ojos - pensaba - y nos entenderemos. Quien se me acerque será como un reflejo mío, seguramente el Hijo de algún Gran Jefe, que siente, desea y sueña lo mismo que sueño y deseo yo.

Una quizás engañosa clarividencia me llevó a dudar del éxito de mi aspiración; ¿quién sabe no habría sido otro el desenlace de mi historia, si yo hubiese conservado la esperanza...?

Era una noche clara. Era este mismo cielo que estamos viendo ahora. Sólo faltaba ese satélite que vimos pasar hace un

momento, del cual no me hablaste porque temías distraerme de mi sueño. A la luz de la luna, vi una sombra que se desprendía de la empalizada. Llamé a aquel hombre con la voz silenciosa de mi mente, y estoy seguro de que él me oyó, porque se encaminó sin vacilar hacia el lugar donde yo esperaba. Se detuvo muy cerca de mí, y pude ver su mirada, dulce y serena. Te dije que era una noche clara, casi un atardecer, donde todavía se podían apreciar esos detalles. Pensé que no había porqué temer; que entre nosotros no cabía el silencio, y aparté las hojas que me ocultaban, extendiendo los brazos hacia él en un gesto de amor o de amistad. Él llevó la mano a su costado, y un segundo después, la sacó bruscamente hacia mí. Un líquido espeso humedeció mi pecho. No recuerdo dolor; el que venía gozando, enervó el provocado por la espada.

Caí de rodillas. Luego - enseguida - todo mi cuerpo se abandono a la tierra, como si ella hubiese sido un inmenso vientre, maternal y tibio. Alcancé a murmurar una palabra. A veces pienso que habrá entendido lo que quise decirle, porque apoyó la mano sobre mi pecho, y fue con esa sensación de contacto piadoso y tierno la última que percibí antes de internarme en la noche absoluta.

Recuerdo su cara: se parecía a la tuya, aunque él era pálido y rubio, como vos sos moreno. A veces juego con la idea

de que la historia puede encontrar placer en repetirse, permitiéndose ligeras modificaciones que se adecuen a modas y circunstancias. Con aquel español no pudimos establecer contacto porque carecíamos de un idioma común. Ahora, vos y yo hablamos un mismo idioma, pero no sé si tendremos la habilidad de pronunciar las palabras justas.

Enrique calló. Supongo que esperaba que yo dijese algo, pero callé también. Porque fue casi lo mismo que callar decir lo que dije con el tono más inocente que pude fabricar: - Si alguna vez toca tierra un plato volador y está tripulado, a lo mejor podés repetir con esos marcianos o venusinos tu intento de comunicación mental. Un compañero de facultad me contó que una vez concertó así una cita con los pasajeros de un O.V.N.I. que - decía - había estado sobrevolando dos o tres noches seguidas la estancia donde él estaba veraneando. La noche de la cita no se atrevió a ir, pero jura que a la hora indicada se vieron luces y chisporroteos en el rincón del campo donde habían acordado el encuentro. Al día siguiente - siempre según él - encontraron que por ahí el pasto y varios postes del alambrado estaban chamuscados.

Nos quedamos en silencio, fumado. Después de un rato (que me pareció muy largo), Enrique dijo: - Si hubiera sentido la más mínima posibilidad de una respuesta, yo habría ido. Volvamos.

Lo dejé en el centro, frente al club. Nuestro pueblo no es tan chico como para que sea inevitable reencontrarse con la gente. Varios días después, cuando por fin me decidí a pasar por su casa, supe por su madre que a la mañana siguiente de aquel paseo, ese domingo en el cual habíamos planeado ir a nadar juntos, decidió que le convenía volver cuanto antes a Buenos Aires, para empezar a preparar una materia que pensaba dar en marzo; había tomado el último micro de la tarde.

Ese verano me puse de novio con una chica del pueblo. La semana que viene cumplimos diez años de casados. Creo que hoy se sabe con certeza que en Marte y en Venus no hay vida, por lo menos vida inteligente; Enrique no podrá hacer sus experimentos con marcianos ni con venusinos. Quizás, con algún viajero de Saturno... Después de aquella noche, no volví a hablar con él.

VARIACIONES

Plaza San Marcos. Venecia. Italia. La orquesta, en el café Florián - toca un vals de Strauss. Camareros de chaqueta roja, se fatigan entre las mesas repletas de turistas: café, gaseosas, vasos de whisky, cigarrillos. Vagabundeo cerca de la torre mentirosamente vieja en el paisaje antiguo. (La guía nos ha contado que no tiene cien años; que fue reconstruida a principios del siglo, guiándose por un grabado que mostraba la original, derrumbada por un terremoto). Paseo por las galerías que circundan la Piazza. Más tarde sabré que a esa hora precisa - las tres de la tarde - un terremoto ha sacudido la ciudad, que ha estremecido la plaza y sus alrededores; que ha cundido el pánico, pero yo no lo advierto. Al pie del palacio de los Dux, tengo el sentimiento (digo bien, elijo la palabra: es mucho más un sentimiento que una sensación; de ningún modo hablaría de una premonición) de que mi estada aquí es efímera; de que durará hasta que despierte.

Una mujer cuyo rostro no distingo se toma de mi brazo. Diría que no es un ser real, que es sólo la sombra de una mujer que me ha rozado, si no fuera porque he sentido su peso cuando, por un segundo, se apoyó en mí.

Murmuró a mi oído: - No es aquí. Todavía no es el momento, pero deseo tanto tenerte.

Mi sorpresa y curiosidad, pero sobretudo la sensual ansiedad que tiembla en la voz de la desconocida, hacen que me vuelva. Efectivamente, parece una sombra. La veo desprenderse de mí, y esfumarse - literalmente esfumarse - en el aire tibio y húmedo de la tarde.

Cuatro caballos de oro galopan en el aire, sobre el pórtico de la basílica.

Y no estoy soñando.

II

Buenos Aires. Plaza de Mayo. Palmeras aburridas en un marco histórico resabido: la Casa Rosada, el Cabildo, la Catedral; un poco más lejos, la torre con el reloj del Concejo Deliberante, que alguna vez supo marcar, petrificado, una sola hora, para algunos, dolorosa; para otros, liberatoria... Calor húmedo, pegajoso, de siesta de noviembre. Palomas. Palomas, como en Venecia.

El portafolios pesa. Me desplomo en un banco. Venciendo aprensiones, acepto una gaseosa de un vendedor ambulante. Lleva la bebida en una heladerita portátil, que cuelga del hombro. La

heladerita es colorada, como la gorra y la camisa no muy limpias del muchacho.

Una docena de japoneses sigue, dócilmente, al guía. Un grupo de soldados - ¿será lo que se llama un pelotón?- marcha a paso redoblado. El guía explica, en pésimo inglés con acento provinciano (descubro que se puede hablar en inglés con el inconfundible acento de los cordobeses) que en pocos minutos se producirá el cambio de guardia de la custodia del Presidente, los Granaderos a caballo. Los japoneses escuchan, respetuosos y atentos. Los soldados tienen las caras traspiradas y expresión de agotamiento. Hace calor, y visten sus buenos uniformes invernales de paño grueso.

Desde ese balcón, muchos anunciaron al pueblo dudosas glorias, cívicas y militares. (¿Se asomarían los Dux a sus balcones para chamuyarles boludeces a los vénetos?) Me acuerdo del cenicero que tengo a la derecha de la máquina de escribir y que ahora sólo uso para depositar broches y alfileres: con esto de que ya no quedan dudas de que el cigarrillo es cancerígeno... En el cenicero - argentinamente sustraído de la habitación donde no dormí más que una noche - dice: 'Albergo de la Torre. Venezia'. Así, Venezia con z, cosa que al principio me pareció un fea falta de ortografía, aunque sabía - ¿desde cuándo? - que así se escribe Venecia en italiano).

Un valsecito llega de alguna parte. Alguien se ha sentado a mi lado, con una radiecito portátil, de esas que tanto fastidiaban a quienes no las usábamos. El volumen es discreto, no ensordece, y la melodía es agradable: 'Voces de primavera' o 'Danubio Azul'. Siempre me cuesta distinguir uno del otro. Una voz murmura, ardiente: - No es el momento todavía, y tampoco es aquí... pero te deseo tanto.

Su vehemencia molesta y halaga. Recuerdo la vis grata de la que habla Ovidio. Me vuelvo para saber en quien depierto tan apasionada codicia. No veo cerca a nadie a quien pueda atribuir esas palabras. Sólo un vagabundo, que dormita una borrachera casi cataléptica. Asqueado, me levanto y me alejo. Una bandada de palomas levanta vuelo.

III

Marco Vansaco - Marco Vanasco Mayo, Consejero General sobre Temas Universales; Doctor Honoris Causa de la Universidad de Kerrutchekián; Gran Caballero de la Sacra Orden de San Pantaleón, el Isáurico - según la presuntuosa tarjeta que me infirió cuando nos presentaron hace unos años en una peña del Tortoni - dice ser noble. El Mayo - según él - es patronímico nobiliario que prudentemente minimiza, usándolo como un segundo apellido vulgar y silvestre, para no ir a contramano en este

país, donde - desde la malhadada resolución de la Asamblea del año XIII que suprimió los títulos de nobleza - 'no hay manera de saber a primera vista quienes somos o quienes no son'.

Me ha invitado a pasar unos días en 'Torre Rosada', establecimiento rural cuya propiedad atribuye a unos parientes suyos. - *Mi palacio, mi castillo, mi refugio* - lo llama, y le sirve - según él - para alejarse algunos fines de semana de la insufrible mediocridad de tanto porteño típico que debe soportar, de lunes a viernes, detrás del mostrador del banco donde no tiene más remedio que dilapidar muchas horas de su vida en pos del sueldo que imprescindiblemente necesita para sobrevivir en esta *mercantilizada sociedad postcapitalista*, como la califica, ronroneando pomposo y autocompasivo.

Aunque el campo no me gusta - como tampoco Vanasco - acepto. Pienso que la ola de calor que nos castiga será más soportable allí que en esta ciudad, bautizada con el nombre de Buenos Aires seguramente en un siniestro rapto de sarcástico buen humor por don Pedro de Mendoza.

Me equivoco. En 'Torre ...' hace más calor y hay más humedad; y además moscas, y tierra, y moscas y mosquitos... Y está conmigo Marco Vanasco.

La segunda tarde, en la galería, Vanasco me hace partícipe de sus más recientes inquietudes intelectuales:

- Atravieso un momento crucial de mi existencia. He descubierto que mi verdadera vocación es la música, no las letras, como lo había pensado hasta ahora. Me he puesto a trabajar en una partitura poco conocida de Strauss, de Johann - aclara confianzudo, como si fuera su amigo o su pariente. Intento unas variaciones sobre el tema que él llamó 'Ondas del Saltz'. Si logro concretarlas, las llamaré 'Ondas del Carcarañá'; como lo telúrico está de moda, ¿no te parece? Y podría proponérselo a un amigo que tengo en Cultura de la Municipalidad, a ver si consigue que incluyan éste, mi primer trabajo en la nueva disciplina que he decidido encarar, en el repertorio de la Sinfónica; te confieso que mi sueño es escuchar algún día mi obra en el Colón, único ámbito dentro del país, adecuado para la ejecución de una pieza de esa envergadura.

Las palomas se acercan a picotear unas migas en el veredón donde hemos estado mateado, bajo unas palmeras raquíticas, y un árbol de copa grande que - aunque tengo muy oído que el ombú no es un árbol - se me ocurre debe ser un ombú.

- - Hice mal en traerte - reflexiona Marco, rompiendo el inacabable silencio que había seguido a sus palabras. - Sos bicho de ciudad, y aquí te estás aburriendo. Si querés, nos volvemos ahora mismo, aprovechando la fresca.

No sé de qué fresca me habla. Cae el sol, y todavía parece brotar de la tierra un hálito sofocante. No obstante, agradezco (mentalmente) su clarividencia. Cargamos el auto, y partimos.

- No hemos llegado a la tranquera principal, cuando advierto que Marco maneja con una euforia que me preocupa. Recuerdo que durante las exasperantes horas en la galería, me llamó la atención su costumbre de alternar mates y whiskys, uno y uno.
 - Por mis ancestros ingleses, por mi naturaleza criolla - explicaba.
- - ¿Cuántos mates tomaste? - pregunto, creyendo que no se me nota la inquietud.
- - No te preocupés - contesta, perspicaz y sobrador. -Hace siglos que conozco este camino. Además, mientras estemos dentro de la estancia, no puede pasar nada.
- Y, suficiente, aprieta un poco más el acelerador.

Dos parejas de mensuales de a caballo, ahogados de polvo y de calor, arrian una tropilla por la banquina. En el cuadro, que podría firmar Molina Campos, me molesta - me parece incoherente - que los hombres beban gaseosas de latas que descartan, voleándolas por el aire; por un instante, pienso que vuelan como pájaros.

- - Tené cuidado cuando entremos en la ruta - le advierto. Con esta tierra, no se ve nada.
- - Pero que turista cobardón me has resultado - se burla. Me hacés acordar de una vieja que se desmayó de aprensión o de claustrofobia, al pasar de San Marcos al Palacio de alguno de mis antepasados, por el Puente de los Suspiros - Y de la guantera monotea una cinta que me entrega: - Ponéla en la casetera. La música tranquiliza.
- Aceleró. Nos metimos en la ruta, ciegos, en medio de la polvareda que levantaban los animales. Entre la bruma, creo distinguir otro absurdo: a pesar del calor, los jinetes - cuatro, sobre caballos increíblemente robustos, que parecen de bronce - se envuelven en gruesos ponchos colorados.
- Yo había puesto la música. Era - previsiblemente - un tema de Strauss. Como si estuviera grabada en la misma cinta, sin ninguna distorsión que indicara una interferencia o un acoplamiento, oí, limpiamente, una voz conocida que decía: - Por fin. Estaba cansándome de esperarte. En unos segundos, serás mío.

PARA GANARLE A MARTÍNEZ

Con Martínez tuvimos - ya ni me acuerdo bien por qué - una diferencia que resintió nuestras no muy estrechas relaciones, y dejamos de vernos. Supe después que había hecho malos acuerdos de mí, e inclusive que había manifestado me haría algún daño para vengarse. No me gustó la cosa, un poco porque me sentía inocente de sus imputaciones sin fundamento; otro poco porque a nadie - ni a usted ni a mí -le agrada sentirse objeto de un rencor poco racional.

Olvidé el asunto, pero hará cosa de un mes, soñé que mi auto nuevo, rojo, caía un poco por casualidad en el taller mecánico de Martínez, y que éste hacía en él ciertos arreglos que después ocasionaban un accidente no mortal, pero molesto. A la mañana siguiente, cuando iba a sacar el coche para ir a la oficina, me encontré con que tenía dos ruedas en llantas y la batería, que era nueva, totalmente descargada.

Unos quince días después, volví a soñar con Martínez. Ahora, lo veía incendiarme los archivos, y como consecuencia de la pérdida de una cantidad de documentación importante, yo me veía en dificultades con la policía, y finalmente hasta tenía que comparecer ante un juez. Al otro día, mi secretaria me esperaba con expresión preocupada. - Contador - me dice - los

balances tales y cuales, ¿los retiró usted? Anoche quedaron en la caja fuerte, de eso estoy segura, y ahora no los encuentro. Usted sabe que esa firma anda en dificultades, etc., etc... - En síntesis, un enorme fastidio para recuperar elementos, reconstruir planillas, justificarse ante los clientes. La sangre no llegó al río, pero Sonia - mi secretaria - y yo pasamos un fin de semana bastante horrible, para evitar que el lunes fuera horrible de verdad, y con consecuencias.

Anoche volví a soñar con Martínez. Estábamos en una quinta, a fines del siglo pasado. Ambos teníamos grandes bigotes, y estábamos muy abrigados, como si hiciese mucho frío. Ya me doy cuenta: era de madrugada. Él sonrió, con esa sonrisa taimada que ahora parecía habitual pero antes yo no había advertido, y me dijo: - Ahora van a traer las armas. La tuya no tendrá bala, y yo podría matarte cómodamente y sin mayores problemas ulteriores, porque ya se sabe como ven los jueces y hasta la gente común, una muerte en duelo.

Me desperté de golpe; alcancé a oír, sin embargo, la voz rabiosa de Martínez que gritaba: - Te escapaste, pero *aquí* vamos a encontrarnos otra vez. Y ésa será la definitiva.

Creo que la brusca interrupción de mi sueño fue una especie de milagro; que si no me hubiera despertado, no estaría aquí, reflexionando. Tengo que estar alerta, tomar precauciones, hacer

algo. Al cumplirse (¿es que realmente se cumplen?) en la realidad los absurdos atentados de los que soy objeto en mis sueños por parte de este loco, la repetición no es perfecta, ni mucho menos. Hay - a lo sumo - una identidad en el objeto (automóvil, expediente), y una analogía en los efectos (nefastos) que éste padece. Las circunstancias difieren enormemente. ¿Cómo prevenir todas las posibilidades de modo, en todos los tiempos, en todos los lugares? Esta vez, el objeto de la agresión soy yo mismo, pero no puedo ir a matar a Martínez en ejercicio de una defensa propia que ningún juez del mundo aceptaría como tal.

Es sábado. Voy a dormir la siesta. No es mi costumbre; Martínez lo sabe. No me estará esperando. Y si estoy antes que él en el mundo de los sueños, podré estudiar el terreno, evaluar las alternativas, ganarle de mano. Por si acaso, he puesto bajo la almohada el revólver que - lamentablemente - de un tiempo a esta parte me he acostumbrado a tener siempre conmigo.

- - - - -

LAMENTABLE ACCIDENTE: Ayer sábado, durante las primeras horas de la tarde, en ocasión de que el conocido comerciante de esta ciudad, don Aníbal Martínez, propietario del taller mecánico 'El carburador silencioso' volvía de una solitaria excursión de caza por la zona aledaña a nuestra laguna, perdió pie y cayó, con tan

mal fortuna que se disparó el arma que llevaba, y el proyectil se alojó en su corazón. Sus restos....(de Crónicas Sociales, 'LA VOZ DEL NORTE', San Cristóbal, 15 de marzo de 19..)

ANTIANÁLISIS

La campana de la Inmaculada da las seis. Apenas está aclarando. Deben ser las siete menos cuarto. Mi hijo se ha negado - se negaba- a intentar siquiera desarmar a los cuatro asaltantes que en medio de la noche nos atacan en el zaguán de mi casa - mi casa de soltero, mi casa de San Nicolás - a pesar de que practica tae-kwon-do que es un arte marcial cuyo nombre significa mano-pie-camino en coreano.

La campana ha sonado y debe estar llamando a misa de nueve. Entonces, son las nueve menos cuarto, o - a lo mejor - siguen siendo las siete menos cuarto. En el largo mostrador de un bar americano, mi hija y yo tomamos - ¿o es sólo mi hija quien toma? - una gigantesca copa de helado y frutas. (Ahora, sólo ahora, pienso que debe ser la copa que tomó su hermano el sábado a la noche en una pizzería nueva que han abierto en Corrientes, copa que 'era carísima, pero estaba muy buena', según declaró él, casi relamiéndose, no bien la hubo terminado.

A nuestro lado están sentados dos hombres jóvenes, de tez muy oscura, como si fueran hindúes o pakistaníes. También ellos han tomado copas de frutas y helados. Uno ha dejado la mitad de la suya abandonada; casi prolijamente al aire, casi como una pequeña muralla, su radiante interior de dorada crema de

vainilla. Arriba, como un diminuto cuello de armiño, la corona - ahora, la media corona - de blanco chantilly; en su centro, al borde de la mínima pendiente amarilla, una cereza confitada.

(Entre paréntesis, esa cereza confitada nunca ausente, es lo único que encuentro realmente tentador en estas complicadas arquitecturas gastronómicas, tan amenazantes de obesidades y arterioesclerosis).

El otro hindú (¿por qué será que ya estoy tan seguro de que es un hindú?) ha dejado algunos trocitos de fruta semihundidos en el helado derretido. No ha consumido hasta el último bocado, como exigía el viejo apremio paterno-maternal: - No dejés comida en el plato. Es la gracia de Dios. La comida no se tira. En otras partes, la gente se muere de hambre.

(No hace mucho, he descubierto que este mandamiento tiene difusión posiblemente universal. Un diario de Hong Kong le atribuye la culpa de que haya tantos chinos gordos. 'Nuestros padres - señala - nos acosaban desde niños: - 'Comer, comer... No dejar un solo grano de arroz en la escudilla. En la India se mueren de hambre'. Seguramente, esta memoria me hace otorgar al desconocido la nacionalidad del único país donde tal vez no se exija a los niños que dejen los platos vacíos, por solidaridad con pequeños de otras naciones; se me ocurre que no ha de haber

otro país donde la presencia del hambre sea más real; que ése debe ser el *país límite* en esta materia).

En el momento de levantarnos, mi hija, con un rápido movimiento que no puedo impedir, recoge de la copa más deteriorada un trocito de fruta y se lo come. La reprendo con un adjetivo que es de mi mujer y que yo raramente uso: -¡Hija! ¡Qué desaprensiva!

La habitación está en penumbra. Miro el reloj pulsera que está sobre la mesa de luz. Son las nueve y media.

Mi mujer da la razón a mi hijo. Hubiera sido un riesgo inútil enfrentar a los asaltantes. El diminuto cortaplumas que uno de ellos, el más próximo a nosotros, me mostró en la palma de su mano, podría ser - hábilmente utilizado - un arma inesperadamente mortal. Yo lo sé también, pero no quiero dar mi brazo a torcer. Reconozco que mi mujer tiene sentido común, pero no lo digo. Los chicos también son sanos y razonables. Las leyes de la herencia se han cumplido en el mejor de los sentidos.

Me levanto, me lavo la cara, me afeito. Desde el fondo del espejo que no refleja exactamente el cuarto de baño en donde estoy, se abre la puerta del armario, reflejo del armario que tengo a mi lado, y que - por el rabillo del ojo - confirmo permanece cerrado. Por la puerta que veo abierta en el espejo, asoma el basilisco de las fantasías de mi niñez, rechoncho, un

poco repugnante y casi simpático. El basilisco, que debía salir del huevo puesto por un gallo; un huevo cualquiera entre tantos huevos que se cascaban cada día para hacer la mayonesa que siempre se cortaba. La mayonesa que no se debe mirar fuerte - mirar fuerte con mirada de basilisco - porque se corta. La mayonesa se corta porque yo la miro fuerte. El basilisco mata con la mirada a todo aquél sobre quien pose sus ojos al salir del huevo. Yo rompo la cascarita para que salga el basilisco; el monstruo gordito de la mirada asesina. El monstruo gordito y simpático, como yo.

Me voy al analista. Cuando le cuente el sueño de los helados, va a preguntarme - no, no va a preguntarme; va a sugerirme - si no habrá sido un sueño en colores. Claro que era en colores, grandísimo idiota. ¿No le he hablado del helado de vainilla, tan amarillo? Y de la cereza... ¿Cómo puede una cereza ser una cereza si no es roja?

(Y el cortaplumas, mínimo, plateado y brillante, metálico y brillante en el marco gris verdoso de la mano muerta, casi muerta, del asaltante fantasma. Mano de carroña).

Ayer visité a mi amigo Rosen en su oficina. Es poeta, y sobrevive gracias a un cargo relativamente importante en la Administración Pública. Colecciona monedas, antiguas y extranjeras, y armas blancas. Me ha mostrado una moneda marroquí

de mil ochocientos treinta, de plata, con una estrella. Es la última que ha conseguido, y por lo tanto, y por el momento, su favorita.

Rosen - casi infantilmente orgulloso, deslumbrado y abstraído con su juguete nuevo - no advierte, no se preocupa, no se molesta, porque yo jugueteo con la daga que hace tiempo tiene sobre el escritorio. En algún tiempo, también fue su adquisición más reciente, y su preferida. En la empuñadura, tiene grabadas cruces svásticas. Cuando me la mostró la primera vez - infantil y orgulloso, como lo está ahora con la moneda - el objeto me sugirió atroces pesadillas de campos de exterminio y vidrieras rotas en noches tumultuosas y sangrientas. También ceremonias pacatas e incomprensibles en húmedas grutas tibetanas: nunca aprendí a distinguir el sentido favorable del nefasto en el giro de la cruz gamada. Sólo sé - lo leí en alguna parte, hice mío el concepto - que ellos eligieron el sentido perverso.

La secretaria llamó a mi amigo. El jefe quería verlo. Salieron juntos. Al rato, la chica volvió con las disculpas de Rosen: la entrevista con el jefe sería larga. Me pedía que volviese otra tarde, para continuar nuestra llorosa, inacabable charla, sobre la decadencia de los valores, hoy y aquí - como le gusta decir a él; en todo nuestro pobre planeta, como suelo rebatirle.

Me echo al bolsillo - me lo había echado antes de que entrara la chica... ¿ Me lo había echado antes? - el cortapapeles que siempre le había envidiado un poco. En realidad, no tenía la intención de quedármelo. Sería una broma - tal vez un poco pesada - para mi amigo coleccionista. En la próxima visita se lo devolveré, con algún comentario acerca de su infidelidad para con los viejos amores, desplazados de su interés por los más recientemente encontrados, en este caso la moneda marroquí.

No sé como esta puntiaguda chafalonería histórica está todavía en mi bolsillo. Claro, si lo pensé mientras me afeitaba: después del analista, me voy a visitar a Rosen y le devuelvo el cortapapeles. Aclarado el transitorio robo, seguramente tendrá algún comentario o alguna anécdota interesante para intercalar, como glosa del incidente. Me gusta escuchar a Rosen; sabe tantas cosas. Tiene tanta gracia para contar sus cuentos. La relación con él me gratifica. Así diría el analista. Lo detesto, pero he aprendido sus frases hechas; se me han pegado algunas de ellas, y las uso. Bastante me cuesta el tratamiento; es lógico que trate de quedarme con algo suyo, para compensar de alguna manera tanto dinero estúpidamente invertido. Aunque en casa me dicen que me hace bien; que desde que he aceptado este jueguito, estoy más tranquilo, menos agresivo...

Rosen es un ser agradable. Inteligente y sensible, como debe ser la gente para que me guste. Y con cierto sentido del humor.

Además - y esto es importante - no se imagina que sueño con helados de vainilla abandonados, y con pakistaníes, y con manos de carroña. Ni sospecha que soy yo quien ha tomado su siniestro *souvenir*.

En cambio el otro... El doctor, el analista... Me saca la plata, y me deja hablar; me hace hablar, de mí, de mis sueños, que son míos. Y me hace sentir - siempre - como si estuviera expuesto, desnudo, a su curiosidad, a su estudio, a su crítica...

Son las doce. No, son las dos. Suenan una campana, pero ya no es la de la Inmaculada. Estoy lejos de casa, a unas cuarenta cuadras, y a esta hora ya no hay misas. Aquí, no. Tal vez en España. España... Pienso en un campo español, en Soria. Un campo, un camposanto, y una leyenda de Becquer, que atormentó con su horror varias noches de mi infancia. Hablaré de esto con el analista; de los sueños - de los cuales, al fin de cuentas, uno no tiene culpa - y de la culpa de los grandes que hacen - o dejan - que los niños lean lo que no deberían leer, porque a pesar de sus valores literarios, lastima, lastima...

El Diablo se esconde detrás de unos ojos verdes. En un camposanto, en Soria... Nunca me había fijado que la secretaria del doctor tiene los ojos verdes. En la mesita de la sala de espera hay un montón de revistas viejas, revueltas. Alguien me ha dicho que los analistas no pueden tener sala de espera. Los pacientes no deben verse las caras, los unos a los otros. Todo es confidencial, misterioso, discreto, como los ceremonias tibetanas, como los pecados de los niños, como los sueños de los asesinos.

Ya no es una sala de espera. Es el consultorio del analista. No es una enfermera la de los ojos verdes. Es el Diablo.

No es ya el cortapapeles inofensivamente adormecido sobre el escritorio de Rosen. No soy yo, inofensivamente dormido, soñando con hindúes y con helados de vainilla. No es la sangre de un sacrificio ritual, ni la de un judío asesinado en el corazón del país más culto de Europa, unos pocos años después de terminada una guerra que tenía que terminar con todas las guerras...

Es la sangre de una desconocida la que mancha la hoja del cortaplumas, y los puños de mi camisa, y el escritorio, y el teléfono.

Hay gritos y corridas. Me empujan. Me gritan. Todos están enojados conmigo. Quieren quitarme algo que tengo en la mano, que no es mío. Es de mi amigo Rosen, y tengo que devolvérselo.

- Atacó al doctor - grita una voz de mujer, aguda.

No me despierto. No voy a despertarme. Pero abro los ojos y miro a la mujer que sigue gritando. Es la enfermera. Y no tiene los ojos verdes.

FRAGMENTO DE CONFESIÓN

- Y tiene que ser verdad no más, si lo dice el diario de Buenos Aires que me ha traído María Ventura, a lo mejor hasta con un poco de mala intención, para hacerme rabiar, y para poder comentar después con Virtudes y con Carmen Remigia que soy una zonza, y que ella se dió cuenta desde el principio, y que antes me hubiera abierto los ojos, si no fuera porque no quería salirse de su lugar, y hacer una imputación falsa, si no estaba completamente segura. Como que a una tia de ella, allá por los años veinte, le pasó algo parecido, y que de ahí le vino la desconfianza, y que por eso nunca le pasó a ella, ni le pasará algo parecido a lo que a mí me ha pasado. Y creo que más que por lo que me ha pasado, y por lo que me está pasando, y por lo que voy a tener que pasar, me molesta que sea justamente Maria Ventura - que nunca compra diarios - la que haya tenido que ver el avisito, y la que me lo haya traído, entre compungida y solidaria, que sé bien que nunca ha podido verme, aunque hace más de cincuenta años - ¡qué remedio cabe! - nos llamamos *amigas*.

Justamente Maria Ventura, que siempre era la más bruta de la escuela de las Álvarez, siempre arrodillada sobre los granos de maíz, porque no le entraban ni a garrote las tablas de multiplicar, ni siquiera la del dos, y que luego, de grande, más fea que un susto de medianoche, jamás pudo bailar una pieza en los bailes del club. Justamente Maria Ventura, la más fea y la más bruta, venir a dictarme cátedras a mí, que siempre la sobré en todo.

Hermosa, inteligente y rica, de buena familia... ¡Dios mío...! ¡Qué carga secreta para una mujer...! Lo que en otra parte pueden ser dones del cielo, aquí, en este San Cristóbal (y no digamos en el San Cristóbal de hace cincuenta años, el San Cristóbal de mis juventudes) constituyen un verdadero problema. ¿Dónde encontrar el hombre que merezca todo lo que una está aportando? Sí, sí, sí: a-por-tando, porque el matrimonio es una sociedad - algo de esto me explicó mi sobrino que es escribano - y en las sociedades, los socios aportan. Siempre he sido muy lúcida, y por eso, aun antes de saber eso de la sociedad y el matrimonio de labios tan autorizados; aun antes de tener sobrinos - que son, dicen, los hijos que da el diablo cuando uno no los tiene propios - yo había aceptado que aquí no me sería fácil casarme... Y con esa aceptación (y perdóneme la redundancia, pero esas otras palabras, las que empiezan con

resign..., no las acepto ni como verbo ni como sustantivo; no son para mí) Y con esa aceptación, digo, aceptaba todas sus consecuencias: la soledad; el ser la tía vieja, un poco la quinta pata de la mesa, para el tiempo que eso llegara...

Y llegó... O no llegó, porque creo que he sabido adaptarme bastante bien: salgo con mis amigas, me arreglo - creo que represento algunos años menos de los que tengo - juego a la canasta, leo... Y alguna vez, hasta doy algún pasito de baile, cuando en alguna fiesta familiar ponen algún disco más o menos decente, de los que se usaban en mi tiempo, porque un poco por dignidad, un poco por el reumatismo, no puedo salir a descoyuntarme con estos bailes que se usan ahora. De modo que nunca llegué a tener la sensación de haberme convertido en la quinta pata.

Y bueno... Así vino la cosa. En un fiesta de familia - ¿que mayor garantía de seriedad, padre? - se conoce a una persona de aspecto respetable, que conversa finamente, y que hace - lo confieso con un poco de rubor - que una se sienta muchos años más joven, y que al irse a dormir, se pregunte cómo será la vida *compartida* con otra persona. Después de todo, la cuestión no es tan descabellada: la de Perales de la Sierra, que se casó el año pasado - claro que los Perales de la Sierra no tienen un árbol (el genealógico, quiero decir), tan frondoso y

tan antiguo como el nuestro -, la Tota de la Sierra, como yo la llamo (porque lo de la paternidad del coronel Perales fue algo que se discutió mucho en la época de mi madre, que es quien me contaba esas cosas que usted desconoce porque no es de aquí, y además - pensándolo bien - en ese tiempo usted ni siquiera habría nacido); la Tota, es apenas un poco menor que yo. Y hasta en la familia tengo el ejemplo de mi prima Catita - claro que ella ya era viuda - que se casó con su novio de los quince años el día que ella cumplía setenta y cuatro. No es tan insólito. No me considero una deschavetada por haberme entusiasmado con el primero - o con el último, o con el que una piensa que puede ser el último - que le propone formalizar.

En realidad, nunca antes había pensado en casarme. La misma María Ventura - que me ha conocido de jovencita - podría confirmarle que no fue porque me faltara perro que me ladrara. Pero cuando una mujer está en buena posición, son muchos los sinvergüenzas que se le acercan con malas intenciones, aunque sea las de llevarla a una al altar y pasar el resto de la vida juntos, que en esos casos (los de los sinvergüenzas, quiero decir) son tan malas como cuando en otros casos sólo vienen a calentar sillas sin ninguna intención de casarse. Una ha visto ya tanto fracaso alrededor; tanta pareja mal avenida, tanto divorcio, que hasta llega a preguntarse si no vale más estar

sola y tranquila que tener que andar después con juicios y entre jueces, por el solo gusto de *compartir* (como ahora dicen que hay que hacer para estar bien) algún tiempo con alguien. Pero no sé adonde quería llegar... Me estoy embarullando. Bueno. De todos modos, que quede claro que no me casé porque no quise, y enterré a mis padres, y a varios cuñados, y hasta a algún sobrino, y no perdí por eso la serenidad ni el equilibrio, aunque tengo que admitir que la casa - en donde siempre me había sentido bien - empezó a parecerme un poco vieja, y demasiado grande, y muy vacía.

Tal vez por eso, cuando conocí a esta persona en un lugar respetable, padre - en casa de un pariente común, aunque lejano - y lo vi tan fino, y tan agradable, y me di cuenta de que estábamos empezando lo que en mi tiempo hubiéramos llamado un festejo... Bueno... Acepté la posibilidad, presté oídos; no busqué, no provoqué una situación. Creo que supe estar a la altura de mis años, que no son pocos. No diré que empecé a preparar un ajuar - hubiera sido ridículo, con tanta ropa como tengo sin estrenar - pero di pasos; asumí actitudes que casi me atrevería a calificar de comprometedoras. Hablé con mi otro sobrino, el martillero Errecalde, para que pusiera en venta la casa; empecé a aceptar las bromas de mis amigas, y la posibilidad de pasar mis últimos años en Buenos Aires, dejando

atrás mis muertos queridos que descansan, como usted padre bien lo sabe, en nuestro cementerio, en el cementerio del pueblo, quiero decir. Por fin, hasta mandé publicar las proclamas, y usted padre, que anduvo en eso, puede imaginar la vergüenza que me dio - como si fuera una chica de quince años - el escuchar mi nombre ligado al de él en plena misa de diez.

Y es cierto que a Maria Ventura siempre le cayó mal. Y que nadie la contradijo cuando largó aquellas barbaridades - que parece que eran ciertas - de que era un vivillo que no tenía donde caerse muerto, que el campo que decía le pertenecía o administraba no era de él, sino de unos parientes que le habian dado ahí refugio, por lástima; que tenía no sé qué enfermedad rara, que necesitaba atención permanente - con lo cual yo, que siempre he sido tan sana y tengo tanto horror a las enfermedades, tendría que convertirme en su enfermera hasta que se curara, cosa que a lo mejor no llegaba a suceder nunca... Que si después de tanto cambio y de tanto movimiento, tal vez ni siquiera me duraba mucho, porque parece que era bastante mayor que yo, aunque él nunca quiso confesarme la edad, y encima con ese mal, que aunque no fuera mortal, seguramente podía acortarle la vida...

En fin, que hice ojos ciegos y oídos sordos a todo lo malo que de él se podía ver u oír. Hasta se habló de que tenía hijos

- y esa fue María Ventura, que decía que la hermana de ella que es profesora en un colegio de Buenos Aires había tenido un alumno de ese nombre y ese apellido, que - convengamos padre, así, juntos, no son corrientes - pero no me importó. Los hijos son los hijos, se van de la casa y dejan a los padres solos, para intentar, si les queda aliento, hacer una nueva pareja; y con más razón si se trataba de un hijo natural que él por lástima le había reconocido a la madre en su lecho de muerte como me aclaró, cuando María, de puro metida, le exigió explicara esa casi inverosímil coincidencia... Bueno: era su derecho de hombre, mientras fue libre, hacer lo que quisiera, donde y con quien quisiera, y al final de cuentas, se había hecho responsable de su falta... Todo se lo aceptaba, todo se lo perdoné y se lo perdono... Hasta que se me haya muerto en mi casa, a las dos de la mañana, la primera y única noche - esto se lo juro, padre - que le permití que se quedara porque hacía un frío de los mil demonios y me daba no sé qué obligarlo a volverse hasta la estancia manejando ese Ford T destartado que decía usaba por tradición familiar y no porque era lo único que le permitían tomara prestado sus parientes ricos fuera del techo y la comida; con tanto frío, y su enfermedad, y sus años... A esa altura, la verdad, yo ya sabía que la estancia no era de él, porque me lo había confesado, lo mismo que lo de los hijos, que además del que había localizado la hermana de María Ventura,

tenia otros tres, todos ellos - me lo juró - fruto de locuras de su juventud. Y al fin de cuentas ha sido esto último - su muerte en mi casa, a una hora tan inconveniente - lo que ha venido a provocar en el pueblo el escándalo que usted sabe; un escándalo de una dimensión... y peor aún, de una naturaleza a la que no estoy acostumbrada, porque - como diría mi sobrina Mónica - 'No es mi estilo'. Fíjese, padre, que en los años que llevo confesándome con usted, jamás tuve que acusarme del más mínimo pecado de lujuria; ni un pensamiento... Y ahora...

Quizás me voy por las ramas, con tantos pecados de tanta otra gente que usted tendrá que escuchar, padre, y ya estoy viendo que se ha formado una buena cola, pero necesito descargarme; si no... Usted sabe que no soy de las que van a contar sus intimidades a esos médicos nuevos que se hacen llamar psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas. Estoy bien al tanto de que la iglesia estuvo siempre en contra de prácticas raras y supersticiosas, de curanderismos y brujerías. Creo estar bien informada en cuanto a eso, padre, y es por eso que vengo a contarle a usted estas cosas, que seguramente no son pecado pero que me hacen mal, y necesito descargarlas en alguien. Con quien si no con usted, que no va hablar con nadie de ellas, porque para algo se las estoy contando bajo secreto de confesión.

Por un instante de debilidad - y no de la carne, usted lo sabe - por haberme apiadado de ese pobre viejo que si no se moría en el diván de la sala se moría de frío en la calle, me encuentro, gratuitamente, en boca de todo el mundo. Y eso podría superarlo, y hacer como que no me importa, porque bueno... En el fondo, en el fondo - y esto, realmente no sé si es pecado de soberbia - en el fondo, no me importa. Con todo lo que hoy hacen todos, a la vista y paciencia de todos... Y además, no sé si eso también es soberbia o frivolidad, padre: este pequeño escándalo me ha dado la oportunidad de demostrarle a muchas que una todavía está en edad como para que le pasen algunas cosas.

Pero a lo que no me resigno (¡y la dije! ¡ y la dije!)... Y eso que sigo pensando que esa palabra no me cuadra, que no es para mí, pero bueno... Ya está dicha. Debo estar muy mal para pronunciarla, ¿no? Me resigno. Pero a lo que no me resigno, padre; o mejor, digamos 'lo que no aguanto', es lo del recortecito. Y que sea María Ventura, justamente María Ventura la que lo ha encontrado, y la que me lo haya hecho saber. Y sabido por ella, es como que ya lo sabe todo el pueblo. Ese aviso fúnebre que informa que la muerte de don Miguel Cervantino Shakespeare García Pérez (Q.E.P.D.), que con ese nombre, no hay dos en el mundo; fallecido *trágicamente* (personalmente, pienso que a pesar de lo que digan ustedes... bueno, perdón, la

iglesia, sobre la vida futura y todo eso, todas las muertes son más o menos trágicas, porque... a nadie le gusta morirse, ¿no?) ...en San Cristóbal, Provincia de Buenos Aires, como para que no quede lugar a dudas; que la muerte de ese Shakespeare Cervantino - Willie entre paréntesis, para más datos - la participen no sólo sus hijos Dante Petrarca, León Feodor, Emily Charlotte y Arcipreste Calderón, sus nietos y bisnietos, sino también su inconsolable esposa, doña María López de García Pérez. Es injusto y ridículo, ¿no? ¿Qué necesidad había de dar tanto detalle? Con haber puesto Miguel García Pérez; su viuda, María López de García Pérez hubiera sido suficiente, y todos - menos María Ventura, claro, que se hubiera perdido la oportunidad de este chusmetaje - estaríamos más contentos, ¿no le parece, padre?

HOMÚNCULUS

- A Faustino no le hubiera hecho ninguna gracia ver como está tratando sus cosas - desaprobó Eulalia.
- Era tan apegado a todo lo suyo - se lamentó Etelvina. - De todas sus pertenencias, la única que realmente apreciaba era ese espejo - gruñó Estefanía.
- Como las tres están vestidas de negro, siempre se expresan casi a coro, y nunca me atrevo a mirarlas de frente, apenas las distingo por el tono de sus voces; una es cínica y racional; otra, melancólica; la tercera, despiadada. Sin levantar la vista, seguí raspando cuidadosamente el azogue arrugado de puro antiguo, porque pensaba que en alguno de sus pliegues podía estar oculto. Como hablando conmigo mismo, me permití la réplica que la frase de Estefanía me había sugerido:, aunque ya casi adivinaba la respuesta con que alguna de ellas la descalificaría.
- Siempre pensé que si no se hubiese llamado Faustino, podría haberse llamado Narciso. Por lo menos, como segundo nombre - anadí, levantando un poco la cabeza y casi sonriendo, como para contemporizar.

-Es un juego de palabras tonto. Un alarde de mínima cultura de nivel escuela primaria - dictaminó, tal como yo lo había previsto, una de ellas, no puedo precisar cual.

- -Hoy encontraríamos muchos universitarios, y más de uno de quienes se autocalifican de intelectuales que ni siquiera entenderían el chiste - pensé, pero me abstuve de decírselo a las tres brujas que - imperturbables - seguían hilando.

- - -Está loco - murmuró Etelvina, que es que la que mejor soporto, porque es, de las tres, la única que tiene algún sentido del humor.

-Primero la biblioteca; después, el altar colonial; ahora, los enseres del dormitorio. Está destruyendo todo lo que heredó de su tío -refunfuñó Eulalia. -No tiene perdón - concluyó Estefanía. Pensé: -He aprendido a distinguirlas-, y salieron, majestuosas, creyendo que me dejaban solo.

Creyeron haberme dejado solo, pero yo - por fin- lo había encontrado. En un pliegue del azogue, ente éste y el cristal, junto al marco antiguo de madera tallada. Perfecto en su pequeñez, hubiera podido pararse en la cabeza de un alfiler, sin riesgo de perder pie por falta de espacio.

Como no encuentro mejor lugar en este cuarto de paredes acolchadas, deposito al Homúnculo en una costura suelta de la tapicería. Desde entonces, no he vuelto a aburrirme en mis largas

noches de insomnio. Cuando se apagan las luces de la casona y todo parece dormir, saco al hombrecito de su escondite, lo pongo sobre la uña de mi pulgar, y lo escucho contarme infinidad de historias: algunas, no todas, tienen que ver con mi tío y la secreta técnica que le permitió seguir siendo joven hasta su demorada muerte... Pero sobre eso, el Homúnculo me ha hecho prometer que nunca diré nada.

SUEÑO PARA REHENES

Europa, año mil novecientos y tantos. Muy al sur. O muy al norte. Rusia o Finlandia, casi Laponia. O uno de esos países, que alguna vez estuvieron detrás de una cortina de hierro. (Podría ser también el sudeste asiático, o una Teherán gris y polvorienta; quién sabe si no también nuestra Sudamérica, hoy, ayer, anteayer, cuando las guerra civiles, o las de la independencia, y aún antes, las de la conquista... Pero sé que la imagen de esta noche es europea, aunque nunca estuve en Finlandia ni en Rumania) Buen color general, aunque los verdes son marrones y la escasa claridad, por contraste, sugiere negro.

Cerramos la casa. Volvemos a la ciudad. No hay mucho tiempo. El tren va a partir. Quizás por eso, un poco de confusión. Alguien ha llevado las llaves de la casa que debe quedar cerrada a casa de los vecinos, para que ellos la cuiden mientras dure la ausencia de los patrones.

Yo - de todos los personajes el más ajeno a la historia - acompaño a una muchacha joven, tal vez la señorita de la casa; tal vez, una criada. Vamos a tratar de recuperar las llaves. Al menos una, pequeña, níquelada. Una insólita llave moderna, como las que hoy son de uso corriente, en un escenario casi teatral, cuarenta u ochenta años atrás.

La casa de los vecinos está al lado del cuartel. Para llegar a ella debemos transitar un largo pasadizo, un corredor de techo metálico a dos aguas, determinado por hojas de armas cuyas puntas se tocan sobre nuestras cabezas. Una humillante galería por la cual no podemos caminar erguidos. A su término, ya frente a la puerta que es nuestra meta, una reja nos corta el camino. Tras ella, divisamos las llaves, colgadas de un gancho clavado en la pared.

No estoy seguro de que la llave más importante esté allí, junto a las otras. Me arriesgo, lo intento, estiro mi brazo por entre los barrotes, y consigo asir el llavero, pero en ese momento un militar joven (o no tan joven: sé que tiene más de treinta años) nos grita. Está borracho. Tiene una gran mancha morada en la mejilla. Es un poco repulsivo.

Ordena, a gritos, que nos encierren. Los demás - ¿otros soldados? ¿sus subordinados? - saben que la orden es injusta, pero obedecen. Pasa un día, otro... Ha quedado establecido que debo permanecer en esta especie de campo o de prisión. El oficial de cara manchada está un poco arrepentido de habernos detenido. No creo que sea por solidaridad. Sospecho (¿adivino?) que teme alguna pequeña represalia burocrática o civil de nuestra parte, pero él piensa también que puede ser riesgoso o comprometedor dejarnos partir. Por mi parte, no quiero invocar

mi profesión, mi cargo, mi función, mis títulos... Sin embargo digo: - Soy hombre de leyes. Las he obedecido siempre. No creo haber hecho mal a nadie. - Pienso, sugiero, pero no lo expreso claramente (¿digo? ¿murmuro? ¿farfullo?... Quizás las ideas no alcanzan siquiera el nivel de conceptos...): - No tengo nada que ver con los problemas de ustedes. Soy un ser respetable. Un Hombre. Tengo cierta influencia en determinados círculos. Hasta hace unos días, se me respetaba. Exijo que se me devuelva la libertad.

Una muchacha alta, rubia, huesuda, un poco desgredada, antítesis de la exquisita morena, frágil, delicada, que comparte mi prisión, me pregunta: - ¿Qué lee?

-La Biblia -le contesto.

-Está bien - responde ella. Mi carcelera aprueba que yo lea la Biblia, pero comenta: - Lo que pasa es que a nosotros se nos hace cada vez más difícil soltarlos. Tenemos muchos problemas.

- Entonces, ¿no hay esperanzas? - preguntó mi compañera.

Parecía que la rubia iba a contestar algo, pero en ese momento sonó el teléfono. Como de costumbre, cuando el teléfono llama al amanecer, era una llamada equivocada.

No sé que fue de nosotros esa vez, porque no pude volver a dormirme esa mañana, ni he vuelto a soñar las mismas precisas circunstancias de ese sueño.

DEFINICIÓN DE DRINA

No sé porqué estoy tan seguro de que Drina es el Nombre. Lo oí alguna vez, seguramente en alguna película polaca o rusa. O lo habré leído en alguna novela de Tolstoy - a quien acabo de descubrir - o en alguna de Dostoiwesky, a quien tenía casi olvidado.

Me despierto cada mañana con este nombre chisporroteándome en la sien derecha, que es el lugar donde parecen estar escritas ciertas ideas brumosas que nacen en la noche y se fijan, tercamente, a veces por días y días, sin que pueda precisar de donde vienen, a que causa obedecen, que mensaje pretenden trasmitirme.

Dicen - he leído por ahí - que los enfermos de ciertas enfermedades no siempre obvias, saben que las padecen antes de que el médico - análisis y estudios de por medio -confirman que efectivamente son víctimas de ellas. De un modo análogo, sé que Drina significa o significará algo importante, quizás grave, posiblemente trágico. Me ha sucedido sufrir alguna idea más o menos fija, de contenido confuso e incierto origen, cuya génesis o sentido se me han revelado - muchas veces de un modo atroz - sólo mucho tiempo después.

Pienso - no sé si acertadamente - que el único modo de exorcizar esa amenaza es pensar que siempre ha de resolverse de la manera más terrible; como no somos clarividentes, como no tenemos la posibilidad de escudriñar el futuro, este razonamiento infantil sirve al menos para tranquilizarme: si nos convencemos, si estamos seguros de que algo horrible está por sucedernos, lo más posible es que eso no nos pase. He imaginado ya para Drina muchas caras y múltiples disfraces. Cuando siento piedad por ella (cuando casi no le temo), la he vestido con la ropa romántica y démodée de la Dama de las Camelias. Y también la he arropado con el negro sudario de la muerte.

Esta mañana - todavía dormía - llamó el teléfono, y cuando atendí, desde el otro lado de la línea, llegó una sola palabra, que sonó más como una presentación que como una pregunta: - Drina.

¡Qué velocidad tiene el pensamiento! Si tuviera que escribir, si tuviera que explicar verbalmente todo lo que pasó por mi mente en ese instante, necesitaría mucho más tiempo que los brevísimos segundos de mi silencio - anheloso y autodefensivo - que transcurren desde que oí la voz desconocida, que ahora repite: - Drina. Drina.

Corto la comunicación, porque no sé qué contestar.

- - - - -

Otra mañana - una hermosa mañana de abril del penúltimo año del siglo - encuentro estas líneas escritas hace cuatro o cinco años. Una vaga memoria de recientes lecturas periodísticas, me lleva a sospechar, a temer, a lamentar, a horrorizarme, porque siento que mis estúpidos esfuerzos de magia protectora no han dado resultado. Busco en el diccionario y aprendo por fin - después de tanto tiempo de conocer la palabra e ignorar su significado - cual es la definición de Drina: río de Yugoslavia, en la región de Bosnia, cerca de la provincia de Kosovo.